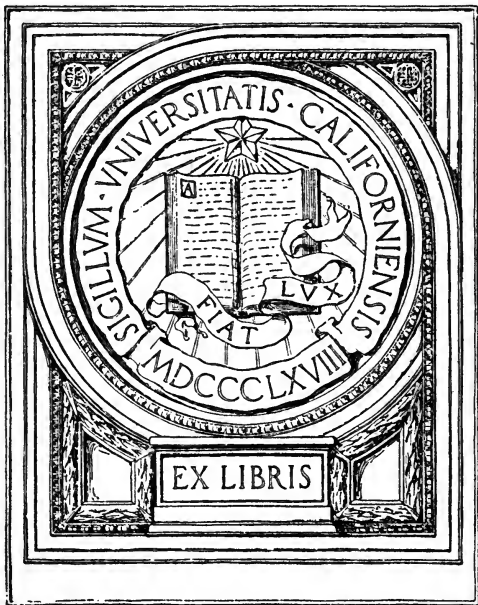
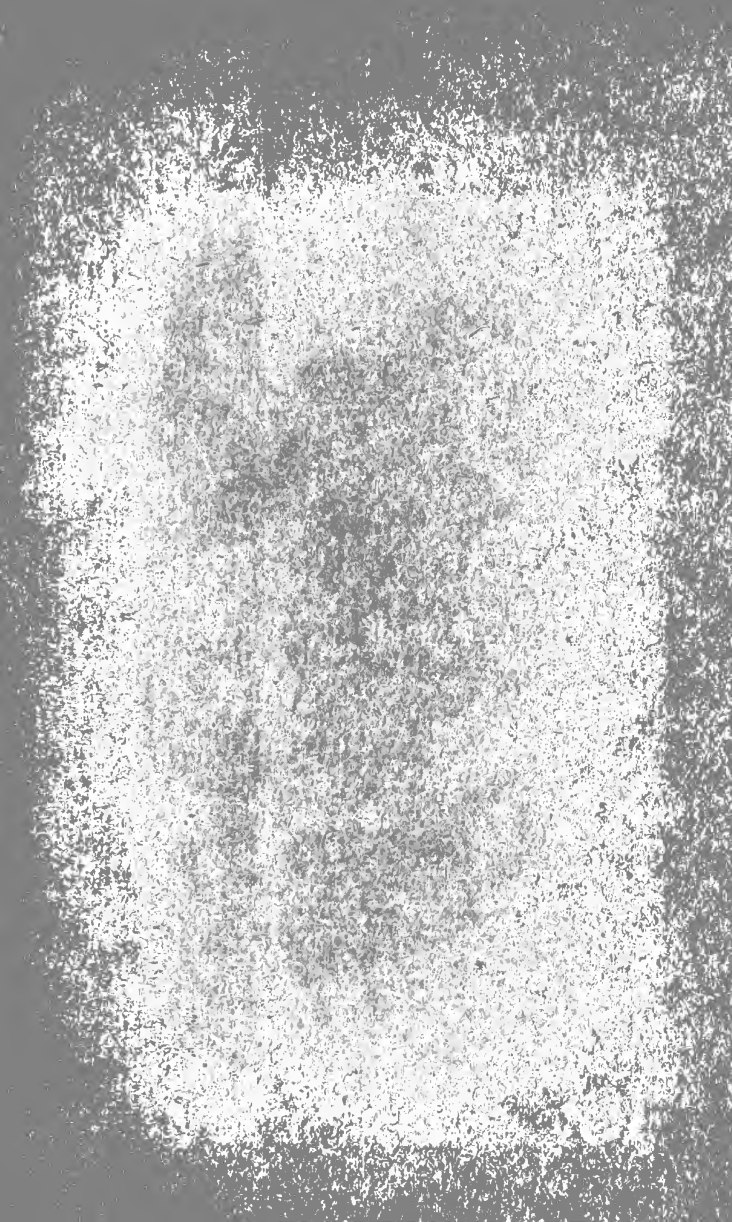
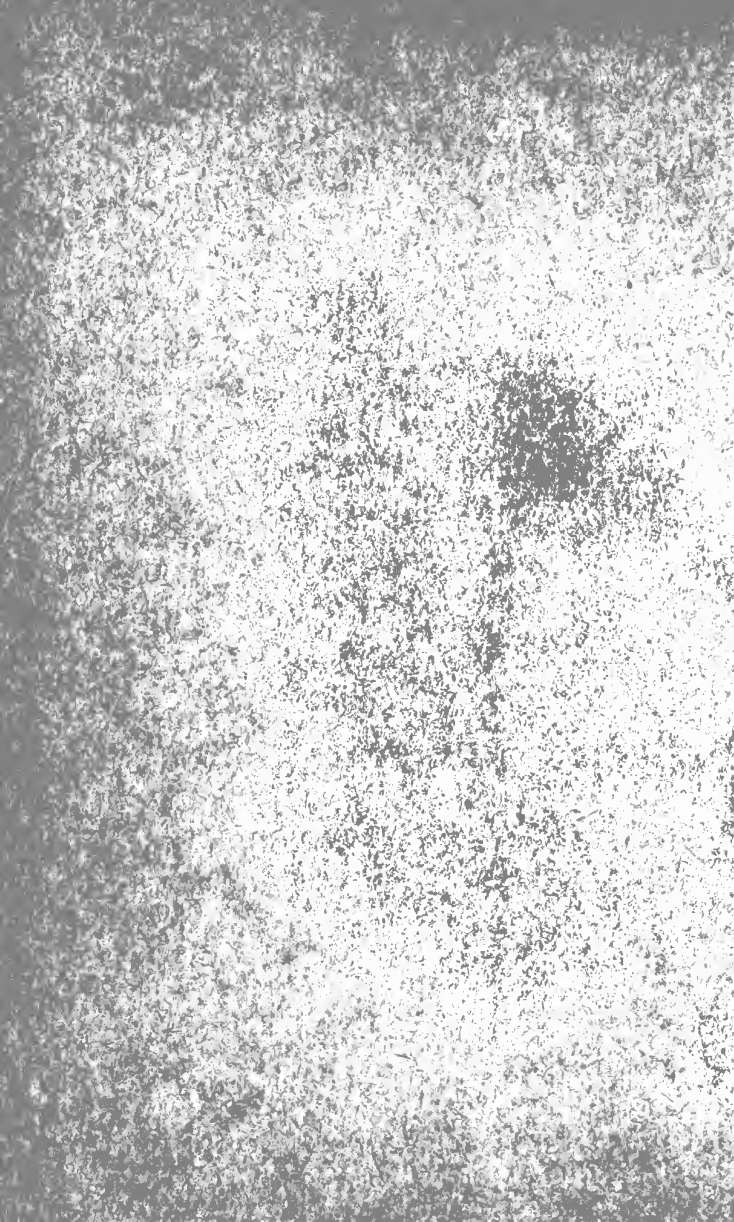


GIFT OF
J.C.CEBRIAN



EX LIBRIS





EDITORIAL-AMÉRICA

Director-propietario: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias (españoles e hispano-americanos).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

VIII

Biblioteca porvenir.

IX

La Novela para todos.

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

Imp. de A. G. Izquierdo.—Doctor Mata, 3.—Madrid.—Teléf. 16-12 M

LEYENDAS HISTÓRICAS DE AMÉRICA

SE HAN PUBLICADO:

- I.—*Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*, por Carlos Pereyra, 3,50 ptas.
- II.—*Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa*, por Carlos Pereyra, 3,00 ptas.
- III.—*Humboldt en América*, por Carlos Pereyra, 3,50 ptas.
- IV.—*El general Sucre*, por Carlos Pereyra, 3,50 ptas.
- V.—*La entrevista de Guayaquil*, por Ernesto de la Cruz, J. M. Goneaga, B. Mitre, Carlos A. Villanueva. Prólogo de R. Blanco-Fombona. 3,50 ptas.
- VI.—*Tejas. La primera desmembración de Méjico*, por Carlos Pereyra, 3,50 pesetas.
- VII.—*Ayacucho en Buenos Aires y Prevaricación de Rivadavia*, por Gabriel René-Moreno, 4,00 ptas.
- VIII.—*Apostillas a la Historia colombiana*, por Eduardo Posada, 3,50 ptas.
- IX.—*El Washington del Sur. Cuadros de la vida del Mariscal Antonio José de Sucre*, por B. Vicuña Mackena, 4,00 ptas.
- X.—*Leyendas del tiempo heroico. Episodios de la guerra de la independencia americana*, por Manuel J. Calle, 4,00 ptas.
- XI.—*Los últimos virreyes de Nueva Granada (Relación de mando del virrey don Francisco Montalvo y Noticias del virrey Sámano sobre la pérdida del Reino)*, por Francisco Montalvo y Juan Sámano, 3,50 ptas.
- XII.—*El Almirante don Manuel Blanco Encalada.—Correspondencia de Blanco Encalada y otros chilenos eminentes con el Libertador*, por Benjamín Vicuña Mackena, 3,50 ptas.
- XIII.—*Junín y Ayacucho*, por Daniel Florencio O'Leary, 4,00 ptas.
- XIV.—*Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay*, por Carlos Pereyra, 3,50 ptas.
- XV.—*Rosas y Thiers (La diplomacia europea en Río de la Plata)*, por Carlos Pereyra, 3,50 ptas.
- XVI.—*Bolívar y las repúblicas del Sur*, por Daniel Florencio O'Leary, 3,50 pesetas.
- XVII.—*Diario de un tipógrafo yanqui en Chile y Perú durante la guerra de la Independencia*, por Samuel Johnston. (Introducción de Armando Donoso), 3,50 ptas.
- XVIII.—*Gran Colombia y España*, por Daniel Florencio O'Leary, 4 ptas.
- XIX.—*Capítulos de la historia colonial de Venezuela*, por Aristides Rojas, 3,50 ptas.
- XX.—*El Consejo internacional de Panamá en 1826*, por Florencio O'Leary, 3,50 ptas.
- XXI.—*Leyendas históricas de América*, por Manuel J. Calle,

MANUEL J. CALLE

LEYENDAS HISTÓRICAS DE AMÉRICA

La Conquista.-La Colonia.-La
Independencia.--La República

EDITORIAL-AMÉRICA

MARTIN DE LOS HEROS, 83
MADRID

1978-1980-1981

E178

3

C3

1978-1980-1981
1978-1980-1981

G. E. P.

A la Señorita

María Piedad Castillo

*Respetuosamente, en testimonio de
un antiguo y fraternal afecto, dedi-
ca estas páginas*

El Autor

C

L. G. Gebrian

DICE EL AUTOR:

Debo a mi buen amigo el señor D. José A. Castillo, director y propietario de El Telégrafo, la composición de los artículos que forman el presente libreo y el pseudónimo de «Arturo» con que fueron publicados en las columnas de dicho periódico y han corrido buena o mala fortuna en la Prensa nacional y en la extranjera. Al recobrar mi modesta personalidad, le hago a él responsable de esta malandanza histórica y literaria y del extraño nombre con que me rebautizó en un momento de buen humor.

Escritas al escape las míseras LEYENDAS, sin más preparación que una rápida consulta a libros conocidísimos o el refresco de borrosos recuerdos, tienen—y yo así lo reconozco y declaro— todos los defectos que trae consigo la improvisación, además de los debidos a mi propia insuficiencia; muchas de ellas fueron entregadas al cajista cuartilla a cuartilla, a medida que las iba emborronando mi modesta pluma. En nada han

mejorado al pasar al libro, pues habiéndose aprovechado para formar éste la misma composición tipográfica del diario, salen tan malos como en el día de su concepción y factura.

Si es posible, sirva esto de excusa a mi atrevimiento. Como el público lector favorezca esta humilde edición, acaso en otra desaparecerán, hasta donde el autor pueda, los defectos y máculas tan plenamente reconocidos.

En este zurcido yo no he puesto mío sino el hilo, como el sastre del cuento, pues, según dejo dicho, los argumentos de casi todos los escritos que siguen los he sacado de libros que están al alcance de todos, poniendo a contribución a nuestros historiadores Velazco, Cevallos, Moncayo y González Suárez, entrando a saco con el derecho del matutero de pocos escrúpulos, en los historiadores de Indias, desde Garcilasso y Cieza de León, hasta Prescott y D. Sebastián Lorente, metiéndome con críticos como el malogrado Padre Cappa y consultando los viejos autores de cosas de América, cuyos olvidados manuscritos está exhumando en estos años una casa editorial española. Y si de estas obras me he aprovechado, no era hombre para respetar a los próceres de la Independencia que publicaron Memorias; y así los generales Páez, Urdaneta, Padilla, O'Leary, Villamil, el coronel Manuel Antonio López y otros, han caído dentro de los términos de mi rapaz jurisdicción, sin que escritores como

Larrazábal, D. Constancio Franco, etc., hubiesen logrado escapar de mis rebuscas.

Y así—también lo confieso y lo declaro terminantemente, ante la ciudad y el mundo, urbi et orbe—, este librito es el famosísimo nido de la abutarda; si cada autor quiere llevarse lo suyo, me quedo in albis.

¿Qué he puesto, entonces, mío? Nada: la forma, la cual tampoco es, a mi ver, cosa del otro jueves. Recomiendo el honrado procedimiento a los beduinos de nuestra republiquita literaria. El procedimiento en cuestión es éste: revolver libros; pillar un dato, ampliarlo con cualquiera figuración más o menos novelesca, que no altere sino antes bien haga resaltar la verdad histórica del cuadro, contar de otra manera hechos conocidos, y ahí tienen ustedes clavada una leyenda histórica.

Es por esto que me he reído de ciertos críticos inéditos que, confidencialmente, me han negado la posibilidad de tal o cual suceso. ¿Y a mí qué? ¡Allá se las tengan con el autor, no de las LEYENDAS, sino de las historias! Pondré un ejemplo: A propósito del artículo intitulado Al resplandor de la luna, viene un amigo y me dice:

—Eso no pasa, amigo mío. Conque, pilla un marido in fraganti a su mujer adúltera y su querido, y a la madre, a los chicos, al fraile, a las criadas y al demonio, y les incendia la casa; y en momento tan angustioso, cuando el tejado se

les venía encima a los culpables y cómplices, el amante se ha de poner a pedir la absolución, de rodillās... ¡Ca! ¡Tonterías!

— Pues yo me río, sí señor; porque el caso lo refiere el obispo González Suárez, con sus puntos y comas, en el tomo tal, página tantas, de su Historia general. ¿Y a mí qué?

Cosa más seria fué la que caritativamente intentó conmigo El Comercio, de Quita, al cual agradezco la reproducción de la mayor parte de estos artículos. ¿Pues no me acusó de plagio, diciendo que había copiado del general D. Luis Capella Toledo la primera de las leyendas de esta colección, intitulada Un matrimonio in extremis? Cúmpleme decir que el diario capitolino se condujo con hidalguía; pues explicadas las cosas, retiró su acusación y quedamos en paz. ¡Señor! Sólo la Biblia no puede escribirse de otra manera; y en cuanto a historia, sin ir más lejos, yo diría que Paralt, Restrepo y Larrazábal se copian páginas enteras sin que se les ocurra decir cuál es la madre de esos corderos...

Esto es lo principal que quería decir. Por lo demás, tentado estuve de poner una fe de erratas, apéndice obligado de toda publicación ecuatoriana, pero las tales erratas son tantas y tan grandes, que hacen difícil la formación de la lista de ellas; y si el lector no recompone construcciones vizcaínas debidas a cambios o añadidura de letras, no supe partes de la oración que el diablo

escamoteó en manos del autor o del cajista, si no adivina lo que se ha querido decir en algún párrafo cuya corrección se escapó en la angustiosa precipitud del diarismo, no habrá sino que echar el cuaderno al cajón de basuras, y esto habrán ganado tal vez autor, editor y lectores.

Y náda más... por ahora. A la bondad del público me encomiendo, que sólo abusando de ella pueden pasar adefesios como este libro y otros que se le parecen en el fondo, en la forma y en la intención.

M. J. C.

UN MATRIMONIO IN EXTREMIS

I

—¿Qué hago, Dios mío, qué hago? — exclamaba en la noche del 3 de Diciembre de 1824 un pequeño soldado vestido con el uniforme de los auxiliares argentinos de la División Lamar — . ¿Qué hago? ¿Por dónde me voy?... Esto no puede sufrirse ya... Pasen las penalidades de la marcha, a pie, cargado con el fusil y la mochila; pasen las hambres y las necesidades; ¡pero esto, Señor esto!... — Y al decirlo, se apretaba con ambas manos el vientre, lanzando al mismo tiempo una mirada de desesperación infinita al firmamento negro e indiferente.

El paisaje circundante era lóbrego: a la distancia se adivinaba la quebrada de *Gorpahuai-co*, donde el ejército expedicionario del general Sucre sufriera en ese mismo día un descalabro; y pocas cuadras más atrás se veían las luces de un campamento y escuchábanse los gritos de los centinelas y las pisadas de las vigilantes patrullas.

—No hay más remedio que el indicado. No estás en situación de resistir por más tiempo las fatigas de la campaña—le contestó un hombre, un oficial, que estaba a su lado—; y, además, dentro de pocos días esto va a hacerse público, y calcula tú sobre las dificultades del caso, el ridículo inmenso que sobre mí, sobre nosotros, va a caer. Sabes el plan: en un pueblo de éstos no ha de faltar un alma caritativa que te socorra. Después... veremos.

—¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué voy a hacer? Estamos caminando paralelamente al enemigo, y todo anuncia que habrá fiesta muy próximamente. Si una bala no me rompe antes la crisma, iré a unirme contigo, y entonces...

—¿Y entonces...?

—Y entonces, ¡qué diablo!, continuaremos la campaña hasta que podamos volver a nuestra tierra, y allí nueva vida.

—Pero, ¿por qué no me permites seguir contigo?

—¡Imposible! Ya ves... ¿De cuántos meses dices que...?

—De cinco. Aún podría.

—No, no; ni pensarlo. Allí, en esa aldehuela que vemos al frente, allí puedes salir de apuros.

—¿Sabes, Fulgencio, que eres un infame?

—¡Pstl... Conque...

—Sí, sí, me voy, pero óyeme: te juro que

nunca más me has de ver; te juro que sabré vengarme; te juro...

Y en tanto que el oficial le volvía la espalda bruscamente y se alejaba a grandes pasos, el pequeño soldado, arrojando el fusil y llorando convulsivamente se hundía en la sombra a todo correr, en dirección contraria del campamento.

Corrió... corrió hasta que pudo. A él se le figuraron leguas cuando no había recorrido todavía diez cuadras, anhelante y quejumbroso. De pronto, se detuvo espantado; a pocos pasos de distancia, avanzaba hacia él una patrulla. Esconderse, imposible; huir, ¿de qué modo? Estaba cogido.

—Le reconocieron.

—¡Hola! ¡Hola! Ya dimos con uno. ¿Eres espía o desertor?

—Un patriota, mi jefe: soy un patriota. ¿No ve que pertenezco al Ejército?

—¿Y qué andabas haciendo por aquí?

—Yo... mi... jefe.... me... paseaba...

—¿Conque te paseabas? ¡Indecente! ¡Ea! Amárrenmelo a éste, y vivitos al campamento... Ya te darán buen paseo.

II

Cuando, por hallarse legalmente incapacitado de dirigirlo, Bolívar confió el mando del Ejér-

cito Unido al general Sucre, entre otras cosas le dijo lo siguiente:

«Por lo mismo que su Ejército se compone de cuerpos de diferentes países, sea inexorable en lo que hace relación a la disciplina militar».

Y de mucha serenidad y destreza hubo menester el Generalísimo en aquella campaña suya que, comenzada bajo los peores auspicios, terminó gloriosamente en la llanura de Ayacucho.

El ánimo de las tropas estaba desmoralizado. Se carecía de todo—vestidos, vituallas y municiones de guerra—, y días hubo en que se aplacó el hambre con carne de mulas y de asnos y miseras tortas de salvado, casi incomibles.

Y no era esto sólo. Los indios, que sobre el campo de victoria se habían de declarar grandes patriotas, pocos días después pululaban alrededor del hambriento ejército, robando su escasa impedimenta y asesinando a los rezagados. El ejército del virrey Laserna, siempre a la vista, estaba listo a aprovecharse de la menor coyuntura, y el camino se hacía cada vez más fragoso y áspero por las quebraduras de la inclemente cordillera.

—¿Adónde iba el jefe? ¿Qué quería el jefe? Ignorábase el plan; se desconfiaba de todo; y lo único que se sabía era que en Corpahuayco quedó una de las únicas piezas de artillería con que se contaba, y multitud de elementos de

guerra; que la caballería no podía estar peor montada... y que no había pan...

Con tales motivos, las quejas eran a cada momento; si los soldados murmuraban, los oficiales y hasta los jefes criticaban en alta voz, y las deserciones eran cosa corriente.

Urgía la necesidad de hacer un castigo ejemplar, y cuando el caso de nuestro desertor se presentó el terreno no podía estar peor preparado para él.

III

En un ejército en campaña, en marcha, y frente al enemigo, no se andan los jefes en muchas dilaciones para castigar las faltas contra la disciplina, y la justicia militar en los días de la guerra de la Independencia era ejecutiva como un rayo.

Pocas horas después de aprehendido el mísero fugitivo de nuestro cuento, ya estaba ante un consejo de guerra, compuesto de dos colombianos, un argentino, un chileno y un peruano, bajo la presidencia del bravo coronel Arturo Sánders.

Pudo vérselo a la luz del sol de la mañana, que doraba las cumbres andinas y alegraba la llanura inmóvil.

Era un adolescente. Llevaba el sombrero metido hasta las orejas y aún se escapaban de él rizos negros que adornaban su gracioso sem-

blante. Las fatigas de la ruda caminata le habían enflaquecido un poco, y empretecídole la crudeza del clima de las alturas; pero sus redondas y llenas mejillas ardían con colores de rosa, y sobre sus labios gordezuelos y purpúricos no había un pelo de barba. Era una linda cara, demasiado femenina tal vez para un soldado de los tiempos heroicos.

Era pequeño, delgado y no llevaba airosamente el uniforme.

Presentóse desesperanzado y lánguido, contestando con voz débil a las preguntas de estilo.

—¿Es verdad que te desertabas?

—Sí, mi jefe; por mi propia, absoluta voluntad.

—¿Y por qué?

—Porque... porque... porque... Una oleada de rubor le cubrió el rostro infantil; y llevándose a él las manos, comprimió un sollozo.

—¡Cobarde!...

—¡Eh! No soy un cobarde; sino es que...

La voz se le atragantaba, y en los bellos, grandes y negros ojos se cuajaban dos lágrimas rebeldes.

Confeso el acusado, era innecesario perder más tiempo; y de pura fórmula se le oyó al defensor, capitán Vicente Gutiérrez de Piñerez, más tarde célebre general.

En un breve discurso alegó éste cuanto podía alegar: la juventud del reo, su inexperien-

cia, lo delicado de su constitución física, que le imposibilitaba para tan penoso servicio... ¡Música celestial! El desertor fué condenado a muerte, *némine discrepante*; ordenóse elevar la sentencia al conocimiento del General en Jefe, y el Consejo tuvo fin.

Sucre confirmó la sentencia, e impartió las disposiciones necesarias para que el reo fuese ejecutado sobre la marcha.

IV

En tanto que el Ejército entero forma el cuadro de muerte en el valle de Tambo Cangallo, el reo pide un confesor.

—Ahí está el capellán Padre Miguel García para asistirle en el trance supremo—. El infeliz cae a los pies del sacerdote, y la confesión comienza.

A los pocos momentos, el clérigo se levanta como sacudido por una descarga eléctrica.

—¡Cómo! ¡Qué! ¡Pero es posible!.... ¡Infeliz!

—Sí, padre; es la pura verdad. Le he seguido a todas partes; y había hecho la resolución de seguirle hasta el fin; y si huía era porque... porque... Y en voz como un suspiro articuló unas pocas palabras.

—¡Eso más! ¡Oh, desgracia! ¡Desgracia!

Y sin querer escuchar una palabra más, sale

disparado como un cohete en dirección del cuartel general, en busca de Sucre.

—General... General...

—¿Qué hay, Padre García? ¿Qué le sucede?

—Señor, es que el reo, el que van a fusilar es...

Y atronadamente, casi sin respirar, le dice algo a don Antonio José, quien le escucha asombrado, haciéndose cruces.

—¿Pero es verdad lo que me cuenta?

—La purísima verdad, mi General. Pronto, pronto, por caridad, *¡sálvela* usted!

—¡Ya lo creo! ¡Ea, mi caballo! Señores— a los del Estado Mayor—, monten ustedes inmediatamente, y echen tras de mí. ¡En el acto, he dicho!

V

El Ejército estaba formado en cuadro.

Con sordinas los tambores, batían fúnebremente; y fúnebres eran las tocatas de una banda, y fúnebre el aspecto de aquellos heroicos guerreros, curtidos los más al fuego de las batallas.

En medio, con la cabeza descubierta y al aire los largos y negros cabellos, las manos atadas a la espalda, temblaba, de pie, el desertor condenado, y se formaba ya el pelotón que debía victimarle.

Llega Sucre con su Estado Mayor, y avanza al medio de ese cuadro de 5.300 hombres.

Hace tocar *atención*, y manda doblar el fondo.

—¿Qué iba a pasar? ¿Qué sucedía? El silencio era profundo. El General dirige su caballo adonde estaba la División Lamar, a la cual pertenecían las tropas argentinas, y ya al frente de ella, grita con voz pujante:

—¡Teniente! ¡Olmedilla!

—¡Mi General!

—¡Cuatro pasos al frente!

Sale entonces de la línea un oficial, tembloroso, agitado, en cuya faz se difunde una palidez de muerte y cuyos ojos revelan una angustia infinita.

El General continúa:

—El reo condenado a muerte es una pobre niña seducida por usted y a la cual usted ha hecho madre. Hónrela usted tomándola por esposa en este mismo campo en que iba a sucumbir por el infame, el cobarde silencio de usted. ¡Ea! ¡No hay tiempo que perder! Señor Capellán: proceda inmediatamente al acto.

Y dirigiéndose donde estaba el reo:

—Que la desaten. Tráiganla—. ¡Pobrecita! ¡E iba a morir!

El sacerdote se acerca; hace que Olmedilla y el soldadito se den las manos, y le pregunta a éste cariñosamente:

—¿Cómo te llamas, hija mía?

—Abigaíl, señor— le contesta temblando y a punto de desmayarse.

A una orden del jefe, baten alegres los tambores, y las bandas del Ejército entonan marchas triunfales, mientras el sacerdote bendice la unión de los amantes, en medio de la pampa húmeda, bajo los rayos del sol matutino y en presencia de esos miles de valientes que en la punta de sus lanzas y bayonetas llevaban la rendición de un mundo, que había de verificarse cinco días después en el campo glorioso de Ayacucho.

VI

Meses más tarde, en una humilde habitación de la ciudad de Chuquisaca, Abigaíl, que había seguido a su marido al Alto Perú, en el Ejército libertador, daba a luz un rollizo niño, a quien se le puso el nombre de *Antonio José*, en recuerdo y como homenaje al héroe cumanés, protector suyo en el más grave conflicto de su existencia.

UN ASESINO DE BOLIVAR

I

—¿Qué piensa usted hacer General? —le decía a Bolívar su excelente amigo don Joaquín Mosquera, cuando el Libertador, convaleciente en Pativilca, ardía de coraje y de impaciencia en los primeros de Enero de 1824.

—Triunfar—contestó el interpelado.

—Triunfar... ¿y cómo?

Entonces don Simón se lanzó en una de esas improvisaciones optimistas, tan frecuentes en él cuando el peligro arreciaba y todo en derredor se le venía abajo; visiones del porvenir o confianza ciega en su misión providencial, que, años atrás, en el día terrible de Casacoima, hizo exclamar dolorosamente al capitán Martorell: «El Libertador está loco!».

—¡Triunfar! ¿Había cosa más fácil? En dos por tres organizaría el ejército colombiano, uniría al del Perú, y siguiendo, siguiendo a los españoles, les alcanzaría en Huamanga, y allí seguramente les derrotaría...

No quedó muy convencido el señor Mosquera; porque la sucesión de los hechos, que eran otras tantas calamidades, estaban demostrando, y lo demostrarían con más fuerza en los meses posteriores, que la campaña libertadora del Perú apenas podía iniciarse de manera más desastrosa.

La situación se hacía más insostenible a medida que el tiempo avanzaba; pues si los realistas se reforzaban tranquilamente y cobraban ánimo, el país estaba anarquizado, y el eco de las desconfianzas despertadas en el Congreso de Bogotá por los Diputados quiteños, le ponía al héroe en el caso de renunciar la Presidencia y la pensión de treinta mil pesos anuales que se le había dado.

Los legisladores del Perú le concedieron poderes de dictador; pero ¿valían algo cuando, agotados los recursos, casi todo el territorio en poder del enemigo, sobre dificultades sin cuento fermentaba el odio de los mismos a quienes de colonos se quería convertir en libres ciudadanos?

En un bello día las tropas auxiliares argentinas se insurreccionaron; apoderáronse del Callao y sus fortalezas y las entregaron al virrey Laserna; y en otro día, igualmente hermoso, el presidente Torretagle y el ministro Berindagoa corrieron a echarse en brazos de los sublevados, a los cuales se había unido ya una parte de los soldados peruanos.

Y cuando aquel felón de Torretagle invitaba a sus compatriotas a unirse a los españoles para combatir a los colombianos, *que eran los únicos enemigos de la Patria*, de ciento y pico de oficiales que había en Lima—dicen los historiadores—, ciento cinco acudieron en el acto al llamamiento.

Llovían los contratiempos. La mitad del batallón número 4, enviado de Chile como refuerzo, al mando del General Aldunate, se perdía irremisiblemente, y el territorio de la patria peruana estaba reducido a los departamentos ocupados: Trujillo, Huamachuco y parte del de Huánuco.

Faltaba todo. Hasta por arroz y fréjoles hubo necesidad de mandar a la distante Guatemala a don Bernardino Codecido, y al General Salom, que quedara de Intendente en Quito, se le pedía con urgencia vestuarios, lanzas, monturas, herraduras para caballos, víveres... ¡y aun astas para lanzas!...

Pero la energía portentosa y el genio organizador de Bolívar sacaban fuerzas de la nada: él exigía donativos de dinero, tomaba la plata de las iglesias, concentraba las tropas, y desde el cuartel general de Trujillo avizoraba al enemigo, que contaba con 8.000 hombres y jefes como Laserna, Valdez, Canterac, Monet y otros no menos hábiles y probados en el arte de la guerra.

II

Con el objeto de reunir el ejército de Colombia al del Perú, que se encontraba en Cajamarca, al otro lado de los Andes, Bolívar movió su campo de operaciones de Trujillo a Huamachuco en los primeros días del mes de Abril.

Allí estableció una maestranza para forjar clavos y herraduras con buen hierro de Vizcaya, y andaba perplejo sin saber a quién encomendar la dirección de los trabajos, cuando se le presentó un individuo solicitando hablarle.

—¿Quién es usted?—le preguntó brevemente el jefe.

El recién llegado murmuró un nombre.

—Y ¿qué quiere?

—Un puesto en el ejército, excelentísimo señor.

—¿Es usted militar?

—Sí, excelentísimo.

—¿Grado?

—Sargento Mayor; tengo mis despachos en regla.

—¿Nacionalidad?

—Chileno.

—Está bien. No son precisamente oficiales lo que me hace más falta. Pero si usted se considera competente para dirigir la maestranza que he puesto...

—Excelentísimo señor, soy herrero.

—¡Magnífico! Ahora mismo se hace cargo del taller. ¡Hombre! ¡Qué fortuna!... Queda usted dado de alta: ya darán razón en la orden general de esta tarde.

—¡Gracias, señor! Sin trabajo hace algún tiempo y forastero en esta tierra, he venido confiado en que vucencia no dejaría de ocuparme en algo.

—Corriente. Puede usted retirarse.

Y el chileno se puso a la obra. ¡Qué ardor el suyo, qué entusiasmo! En la fragua, en el yunque, él era el primero, dando saludable ejemplo a los operarios, mirándolo todo, ordenándolo con inteligente diligencia, a contentamiento de sus jefes y del Libertador.

III

Y pasaron dos días.

En la tarde del segundo el dictador, sentado a su mesa de despacho, en la cual, sobre otros muchos, había un pliego abierto, meditaba con visibles señales de descontento, la mirada perdida en el espacio, erguida la cabeza, y acariciándose con la mano izquierda la bien afeitada barba.

—Pero qué quieren estos brutos—murmuraba—. Vamos a salvar este país de la anarquía, de la opresión y la ignominia, y son sus mis-

mos hijos los que... En menos de seis meses han experimentado cinco facciones o deserciones, causadas por sus mismos jefes; las tropas del Río de la Plata han enarbolado el estandarte español en las fortalezas del Callao; se pasan por partidas a las filas del ejército español las tropas del ejército peruano; y a nosotros, que venimos a combatir por su libertad, a mí, que todo lo he sacrificado por la independencia de América... ¡Todavía! ¡Todavía!... ¡Buen pago de canallas! ¡El asesinato!

Volvió a leer atentamente el pliego que delante tenía, y su mirada se oscureció más y más.

Se acordaba tal vez de la asechanza de Quyumare, del peligro inminente del Rincón de los Toros, del pobre Amestoy, apuñalado en Kingston por el negro Pío, y todas esas visiones de asesinatos y atentados contra su persona se revolvían tumultuosas en su grande alma, ya no muy distante del desengaño final que le amargó la vida después de la trágica noche del 25 de Septiembre de 1828...

- Pero también es una ocurrencia venirme con estas historias, y no darme el nombre del asesino. Las señas... Sí, ya es fácil que vaya a acordarme de la cara de cuantos me rodean... ¡A ver! ¡A ver si doy con él!..

Repitió una vez más la lectura, y comenzó a pasear por el poco espacioso cuarto, con el papel en la mano. haciendo visibles esfuerzos

de imaginación para confrontar la filiación constante en el oficio de denuncia con... ¿con quién?...

En este momento entró el ayudante, Coronel don Manuel Antonio López, de quien había hecho su Secretario para las cosas reservadas.

Bolívar ni siquiera se fijó en el que entraba, y continuó paseando, en tanto que López se arrinconaba por cualquier parte.

De pronto se detuvo con ímpetu, dióse una palmada en la frente, exclamando violentamente:

—¡Canastos! Ya di.

—¿Qué, señor?—preguntó López asustado.

—Llámeme inmediatamente a ese... ese... ese...

—¿Quién?

—Ese mayor chileno que está en la maestranza. Me lo trae en el acto... ¡Si digo que es él!... ¡En qué estaba yo pensando!

IV

El hombre era de mediana estatura, ancho de hombros, fornido y grueso. De complexión sanguínea, tenía arrebolada la cara y el mirar torvo. Sus cabellos hirsutos se levantaban sobre su frente como un cepillo, coronándole a manera de un puerco espín.

Acercóse tímido y desconfiado, y haciendo el saludo militar, esperó que el General le hablase.

Con gran admiración de López, el Libertador

transformó su semblante, dándole toda la dulzura de que era capaz.

—¿Cómo va, mi amigo?

—Bien, excelentísimo señor.

—¿Y las obras?

—Marchan con rapidez.

Y enumeró las que se habían hecho y las que estaban haciéndose.

—Me parece que usted es un buen oficial y un excelente obrero. ¿Patriota también? Sí, tiene cara de ser tan leal a la libertad como yo.

—Y al Libertador.

—¡Oh! Eso, por de contado.

Y siguió hablando, hablando, durante mucho tiempo, con volubilidad admirable, cortés, lisonjero, fecundo. Andaba de un lado a otro de la pieza, con el papel que tanto le intrigara en la mano, al cual echaba una ojeada de cuando en cuando, diciendo entre dientes:

—El es... ¡Justo!... ¡Cómo di con él!...

El buen López no sabía dónde iban a parar las extrañas caricias y semiconfidencias de Bolívar a un aventurero de semejante estofa, cuando concluyó así:

—Los jefes y oficiales que se unen conmigo, y que generalmente corresponden a mis esperanzas, siempre son colocados dignamente. Usted irá de comandante de armas a un buen pueblo; acuda luego al Estado Mayor a recibir órdenes.

El hombre salió altamente satisfecho, desahuciéndose en cortesía y palabras de gratitud, y el Libertador quedó solo con su ayudante. Echando un taco de los de su repertorio, exclamó aquél:

—Pocas veces he visto un asesino tan bien retratado. ¿No le parece a usted que ésta es la filiación del hombre que acaba de salir?

Y alargó el papel a López, que marchaba de sorpresa en sorpresa.

Era una denuncia en regla de que uno de los jefes que estaban con el Libertador se había comprometido a asesinarle por una fuerte cantidad de dinero. Dábanse señas minuciosas del presunto asesino, pero se callaba su nombre.

—¿Y cómo dió usted, señor, en que el chileno ese era el del cuento?

—Pensando, recordando, confrontando. ¿Le queda a usted duda de que sea él? Fijese bien en las señas.

—¡Exacto! ¡Pero qué fuerza de penetración tiene usted! Y si está convencido de que es él, ¿por qué no le sujeta a un interrogatorio y comienza por fusilarle, en vez de darle un ascenso y conferirle un cargo?

—¿Para qué? ¿Para armar un escándalo? Si esos bandidos quieren asesinarme a mí, no les faltará genté que les sirva. ¡Oh! Cuando por asegurarme bien de la exactitud del parecido hablaba a aquel pícaro, ganas me daban de abofe-

tearle aquí mismo y enviarle luego ante un consejo de guerra. He tenido que hacerme mucha fuerza. Que se vaya mañana mismo. Usted se hará cargo de la maestranza. ¡Asesinarme!—añadió con ímpetu—. ¡La pim... pinela!

E hizo aquel gesto de pilluelo que acostumbraba, siempre que la ira, el desprecio o la burla rebosaban en su alma.

Tenía razón. Para él, como para Napoleón el Grande, no se había fundido la bala que debía matarle.

¡ESE VIENTO!...

I

DOS INDIOS, Y UNA DIGRESIÓN SOBRE EL VIENTO

Sobre la pelada loma de la colina destacábanse escuetas las figuras de dos indios, a pleno sol meridiano de aquel 12 de Septiembre de 1821.

Eran un varón y una hembra; y para feos y andrajosos, ellos, con sus caras en que la estupidez humana había hallado trasunto fiel.

Cubría su cabeza el varón con un ex sombrero de lana al que faltaban las alas, y ostentaba cínicamente en su parte superior un desgarrón por el cual se escapaban hirsutos y mugrientos mechones de negro cabello; vestía unos anchos pantalones de lienzo de color indefinible por la suciedad, y apenas se hallaba defendido su torso por un poncho pequeñísimo que le llegaba escasamente a la cintura, dejando desnudos el cuello y parte de los brazos.

La mujer no tenía nada sobre la frente; con una cuerda de áspera *cabuya* sujetaba el *ana-*

co (1) a la cintura, y tapaba el seno y las espaldas con la *cushma* (2), prendida al pecho con una espina, alfiler primitivo que en quichua se llama *tupullo*.

Miraban ansiosamente a la distancia con curiosidad evidente, y de cuando en cuando se comunicaban en voz baja sus impresiones.

De lejos, de la llanura amarillenta que se extendía hasta los confines del horizonte, llegáballes un ruido como de tempestad. Era un estrépito ronco que se reproducía a cada instante más cerrado y temeroso; pero poco podían ver, porque una espesa columna de humo envolvía el lugar de donde el ruido provenía.

Después de algún silencio, durante el cual los dos solitarios, testigos de una escena antes adivinada que vista, el hombre dió con el codo a la mujer, diciendo:

— *¿Doña Marcela?...*

— *¿Jau?* — contestó la india.

— *Ña huáirata shamunmi.*

— *Ari: ña shamun* (3).

(1) Trozo de tela de balleta envuelto en las caderas, que cae hasta más abajo de la rodilla en forma de refajo.

(2) Manteleta que cubre hombros y espaldas, y se anuda en el pecho, que también cubre.

(3) — *¿Doña Marcela?*

— *¿Eh?*

— *Ya viene el viento.*

— *Sí, ya viene.*

Y la mirada de ambos se hundió en un punto lejano de la cordillera, al tiempo que se abrían sus bocas en una sonrisa imbécil y se dilataban sus narices como aspirando el anunciado viento...

Y aquí, caballeros, encajaría una digresión acerca de las importunas maldades de las corrientes de aire, que deciden en no pocas ocasiones de la suerte de grandes acontecimientos de la historia humana. Pero se la perdono a ustedes en gracia de la brevedad, pues ponerme a hablar de las batallas navales perdidas o ganadas a impulsos de una racha que pincha las olas y sepulta los navíos, sería caer en vulgaridad flagrante. ¡Si hasta en el Arte hace su papel el maldito! Y si no, recuérdese la opinión de aquel D. Jacinto de Romarate, que en casa del buen Fabricio Núñez—aquél poeta modernista que erró su época al nacer tres siglos antes y ser discípulo de Góngora en vez de *actuar* de imitador de Rubén Darío—, hallaba que el viento es el que forma el verdadero interés de la *Ifigenia* de Eurípides.

Y no hay que reirse, como los convidados del amigo de Gil Blas... Ahí tienen ustedes a Escipión bien acampado a orillas del Trebia en acecho de una oportunidad para darle un buen golpe a Aníbal. El bribón del cartaginés, inquietas sus avanzadas con los negritos africanos, sus auxiliares, le obliga a pasar el río, y calcula tan

bien, que a poco se levanta un remolino, el cual hiere en el rostro a los legionarios con sus ráfagas heladas que arrastran torbellinos de nieve... Los soldados se enfadan, se ciegan, se aturden; el hijo de Amílcar aprieta de lo firme; y veinticinco mil romanos tendidos muertos en el sangriento campo de batalla, atestiguan la victoria del gran capitán de Cartago...

Pues algo de Anibal tenía el indio zarrapastroso, que murmuraba en el oído de su compañera, tan zarrapastrosa como él. «Dofia Marcela: ña huáirata shamunmi...» Porque... Verán ustedes, que merece contarse.

II

LA QUE HICISTE EN YAGUACHI... LA REPAQASTE EN HUACHI

Nuestros padres, hablando de la guerra de la Independencia, solían decir con fruición patriótica: *La que hiciste en Huachi, la pagaste en Yaguachi*; pero los españoles que en aquel tiempo nos combatían, demasiado pudieron tornarles la frase del modo que queda apuntado; pues si bien es cierto que en Yaguachi Sucre les cobró con creces a los *godos* el desastre de la división mandada por Febres Cordero y Luis Urdaneta en aquel lugar infausto de nuestra historia, haciendo trizas al coronel realista González y su

columna, y ahuyentando al viejo Aymerich, de Babahoyo a Riobamba, en una retirada que equivalía a una completa derrota, también es verdad que los españoles se sacaron nuevamente el clavo en la mismísima pampa de Huachi, casi en el propio lugar, nada más que veinte cuabras de distancia del en que diez meses atrás derrotaran a los patriotas.

El 19 de Agosto del mencionado año de 1821 tuvo lugar el combate de Yaguachi. El futuro vencedor en Pichincha y Ayacucho no se durmió sobre sus laureles, y abrió en seguida operaciones. Aymerich, como queda dicho, se retiró en desorden y llegó a la hoy capital de la provincia del Chimborazo con cuatrocientos hombres de pérdida y en estado de desmoralización lastimosa.

Días después ocurrió un incidente que demostraba bien a las claras la opinión de estas tierras en orden a su libertad e independencia. Se trató del canje de prisioneros, y el Presidente español comisionó para los arreglos del caso al teniente coronel D. Francisco Jiménez, quien se vino a Guayaquil en compañía de D. Antonio José. Cientos de americanos que habían estado a las órdenes de los *legitimistas*, como ahora dijéramos, yacían en la situación que es fácil suponer en los pontones del Guayas; se quería canjearlos con los cien republicanos prisioneros que se hallaban en las cárceles de Quito.

—Preferimos ser prisioneros de la República—dijeron los presos de aquí --antes que volver a servir al rey de España. ¡Viva Colombia! ¡Viva la libertad!

Una oleada de sentimiento americanista invadió el alma de Jiménez, y no sólo no llevó ningún canje, sino que volvió las espaldas a su primera causa y se pasó al servicio de la Independencia..

Después de algunos movimientos de aproximación y haber andado paralelamente buen pedazo de tierra, vinieron los dos ejércitos a encontrarse en la llanura estéril que conocen todos cuantos van de Mocha a Ambato... y viceversa, naturalmente. Huachi es un plano extenso donde la vista se pierde en la desolada y amarillenta aridez, sin pizca de vegetación. Cubierta de una capa de menuda arena, en su suelo se hunden hasta el tobillo los peatones, y los caballos van dejando huellas profundas: un inmenso arenal al borde mismo de la cordillera.

Sucre tenía muchos y excelentes espías, y bien pronto le dieron cuenta de que el enemigo se hallaba en una ensenada, apoyada la espalda en una casa de hacienda y su arbolado y defendido su flanco por la buena caballería. El ejército de los independientes era muy inferior en número a su contrario, y su caballería, además, estaba casi desmontada y en pésimas condiciones.

El general colombiano no quería arriesgar el combate. Un reconocimiento cuando más: y a practicarle envía la tropa que cree conveniente. Al verla, la caballería enemiga carga con ímpetu; mas, para recibirla, estaban allí aquellos soldados del *Albión*, tan probados en el fuego de las grandes batallas, que la rechazan desde luego. Vuelven los jinetes y cargan de nuevo con más coraje: entonces el *Albión*, que iba a la vanguardia de la expedición americana, se despliega como en sus mejores días y torna a rechazarles hasta las filas mismas de la infantería enemiga.

¿Suficiente esto? Ya era tarde para esquivar la lucha, y el heroico general Mires, que tantas pruebas dió de habilidad y valor en la jornada de Yaguachi, y había opinado por el combate, amigo como era de los golpes decisivos y pronto, empeña la acción, sin recibir orden para ello de su jefe.

Los dos ejércitos vienen a las manos. Por de contado que los realistas se hallaban en mejor posición, defendida la retaguardia por la casa y los árboles y la izquierda por la caballería, en tanto que los independientes carecían de apoyo y tenían la derecha al descubierto por falta de caballería, tan necesaria en las batallas de aquella época.

No obstante, la inmejorable infantería patriota llevaba la ventaja. Se combatía a tiros, a

lanzadas, a sablazos, con rabia feroz de enemigos irreconciliables. La sangre empapaba a torrentes la ardiente arena, y centenares de muertos la cubrían en el espacio convertido en palenque.

Una hora... dos horas de matanza bárbara... El ala izquierda del enemigo cede, y se repliega con pérdidas enormes; y, aunque reforzada, vuelve con valor al empeño; su desastre final no es difícil de prever. Un empuje más, otro esfuerzo, y la Patria cantará victoria, al pie del monte enorme, el padre Chimborazo, a cuyas faldas se combate. . .

El general español piensa que su situación es desesperada, cuando allá, por el sudeste, mira una blanca columna que, levantándose del suelo, se pierde en la altura y avanza con vértigo, de frente al ejército de Sucre. Comprende en el acto cuál es el auxiliar inesperado que le viene, y da una orden. Vuela un ayudante con dirección a la caballería.

El *auxiliar* ha llegado: ahí está... Es un viento huracanado que arremolina la arena, forma con ella una columna espesa que empuja a la cara de los independientes...

En este momento, la caballería realista se entrega a una extraña operación. Deja pasar el huracán sobre sus espaldas, inclinándose sobre el cuello de las cabalgaduras, y luego arranca al escape como para una carga decisiva...

Pero no se acerca al contrario; hace un movimiento de flanco hacia el punto donde con mayor fuerza sopla el viento, y luego giran sobre su misma línea los soldados en una carrera al parecer disparatada, y van y toman y vuelven de un lado a otro, como si esa multitud de hombres hubiesen perdido súbitamente el juicio, en presencia del gran peligro de la muerte próxima e inevitable...

¡Ah, no estaban locos, ciertamente! *Ayudaban al auxiliar*: levantaban más polvo con sus carreras, y ese polvo iba a metérseles por ojos, narices, boca y oídos a sus enemigos... Un instante más, los escuadrones se organizan con rapidez, enristan las lanzas, aflojan las riendas, y hundiendo las espuelas en los ijares de los caballos se precipitan contra las líneas contrarias.... Aturdidos, cegados, ensordecidos y medio asfixiados los batallones de Sucre, ni siquiera tratan de resistir la formidable acometida: arrojan los fusiles, se dispersan y huyen por donde pueden. La acción estaba perdida; la persecución comienza, y caen numerosos fugitivos al golpe de lanza de los realistas vencedores, que ocupan con su caballería el lugar importante de donde arrancan los caminos que van para Riobamba y Guaranda, a fin de atrapar a todo bicho viviente. Apenas eran las tres de la tarde.

Ahí queda todo: ochocientos entre muertos y

heridos, inclusive el general Mires, cuarenta prisioneros y casi todas las armas, todo el equipo, todos los efectos.

Sucre huye también, perseguido por una partida de *godos*. Un diminuto piquete de caballería compone toda su escolta, y lleva herida la mano izquierda y herido y fatigado su caballo. Si escapa, es merced a las sombras de la noche y al amparo del padre Chimborazo, en los vericuetos de cuyas faldas se oculta despedido...

III

¡CÓMANME, HIJOS, CÓMANME!

En la noche de aquel día funesto, una veintena de hombres se agrupaban frente a Mocha, al pie de la Cordillera, temblando de emoción, transidos de frío, hambrientos y cansados. Son diecisiete soldados *insurgentes*, que con el capitán Molina, el teniente Morales y los subtenientes González y Hernández, han logrado escapar al furor de la batalla y a la persecución de los vencedores. Celebran consejo.

—¿De manera que es cosa resuelta?—pregunta alguien.

—No queda otro remedio. La situación no puede ser peor; pues a poco que nos aventuremos en el camino o en lugar poblado, nos cogen.

—¿Pero es factible lo que ustedes dicen?

—Así, a lo menos, lo juzgamos.

—Nadie conoce el camino, y hasta creo que nunca alma viviente ha transitado por donde se piensa llevarnos.

—Eso será verdad; pero, ¿es posible que desde la cumbre no divisemos algún río de los que hemos dicho, y entonces orientarse es fácil!

—¡Pues andando!

—¡Y que Dios y la Virgen Santísima nos guíen, amparen y favorezcan!

—¡Amén!...

Lo que aquellos hombres se proponían era tan extraño en su misma sencillez, que sólo el atolladero sin salida en que estaban metidos podía justificarlo. Como que era nada lo del ojo eso de trasmontar la cordillera, por parajes elevadísimos, abruptos e intransitables, completamente desconocidos para ellos, sin recursos ni guías, sin provisiones ni abrigos para *salir* a Guayaquil, Samborondón, Babahoyo, Yaguachi, o un lugar cualquiera de la costa.

—¡Si no había en concepto suyo cosa más fácil! El cuento estaba en trepar el monte y descender al otro lado; ahí, seguramente, estaría alguno de los lugares mencionados. *Allisito, no más*, como dicen los labriegos de por allá cuando algún viajero fatigado les pregunta por el final de la jornada, aunque el pueblo, hacienda o tambo estén a mucha distancia. Sería cosa de uno o

dos días, de tres cuando más; y entre padecer un poco y llegar a la casita, o arriesgar el pellejo, entregándose al enemigo, no cabía duda posible... ¿Que no tenían víveres? Para eso iban armados, y no habían de faltar piezas de caza que les den suficiente alimentación. ¿Que no conocían la senda, si es que alguna existía? Pues como había dicho el teniente Morales, desde arriba verían las poblaciones, y aunque sea a gatas llegarían a ellas...

¡Y en marcha! Arrastrándose a oscuras, comenzaron la ascensión. Ya en la cumbre en la mañana del 13, su vista ansiosa oteó los horizontes, sin hallar abajo sino un mar de niebla densísima. No dudan, sin embargo, de que los ríos de la costa corren en el fondo, y emprenden valientemente el descenso, tomando por una cañada. Rodaron, se desgarraron las carnes y los vestidos, y en ese trabajo penoso les sorprendió la noche. El 14 pusieron al fin los pies en terreno llano. Se encontraban en plena montaña, la selva impenetrable, ilimitada, solitaria. Se morían de hambre y no había por ahí un animal que matar... El 15, ¡adelante! Los esfuerzos se iban agotando; pero aún latía la esperanza en sus corazones... A las seis de la tarde, ya no podían consigo, y celebraron consejo. «Si al día siguiente hasta las doce no encontraban qué comer, se comerían de entre ellos uno a quien la suerte designase». El 16, ¡nada!

Ni caminos, ni ríos de la costa, ni un bocado con qué sostenerse. Y llegó la hora terrible del mediodía. ¿Cuál sería el designado? La suerte le tocó al capitán Molina...

— Cómame, hijos míos, cómanme — dijo éste—. ¡Soy un puro esqueleto; pero que mis pobres huesos sirvan para alimentar a los defensores de la patria!

El caso era rudo; la horda hambreada se estremeció de horror...

Molina era muy querido de sus compañeros, y éstos resolvieron aplazar hasta el día siguiente la ejecución de la sentencia. Entre tanto, diéronse a buscar siquiera frutas silvestres, y ni eso encontraron. Insomnes y febriles, pasaron una noche tremenda, y con las primeras luces del 17, ¡adelante de nuevo! Parecían espectros que se arrastraban casi a gatas por la orilla de una quebrada. A las doce se sentaron, taciturnos y hoscos, con los primeros síntomas de la locura en la mirada, después de haber devorado hojas y raíces malsanas. Algunos echaban hoscas ojeadas a Molina, quien maquinalmente repetía:

— ¡Cómanme, hijos, cómanme pronto! Me harían un favor, porque la vida me pesa.

Los más se tendieron para esperar el descanso último. Era el peor síntoma. Molina hizo un movimiento, y poniéndose en pie exclamó:

— ¡Camaradas! ¡Hagamos el último esfuerzo,

y nos salvaremos todos o todos pereceremos!
¡Adelante!

Maquinalmente se levantaron, cuando de improviso un estremecimiento de júbilo sacudió sus cuerpos. ¿Qué era? Nada: habían oído el canto de un gallo. ¡Estaban salvados! Era la una de la tarde.

Avanzan un poco y hallan una alquería, y en ella una familia bondadosa que les acoge y les da de comer. ¡Ya era hora, por cierto! Los desgraciados caen de rodillas y elevan una acción de gracias a la Providencia.

Allí pasaron el día 18; el 19 se les guió hasta Yaguachi, donde el alcalde les auxilia con lo necesario y les proporciona, además, una balsa para trasladarles a Guayaquil. «¡Con esta clase de hombres se consiguió la Independencia!», dice el coronel D. Manuel Antonio López, que narra este episodio en sus *Recuerdos históricos*.

Lo indiscutible es que el capitán Molina corrió un riesgo inminente de ser devorado por sus compañeros.

IV

BANDO SOLEMNE

— Pues bien, señor Oramas: de lo dicho, ni una palabra a nadie; ¿entiende? Absolutamente a nadie. ¡Ni a la mujer, ni al confesor, ni a su

misma almohada! ¡Pena de la vida! Por lo más sagrado, por las cenizas de mis padres, por mi honor de militar y sobre el puño de mi espada le juro que le fusilo sin misericordia si antes de una hora sale de su boca la menor palabra referente al asunto.

—Está bien, mi coronel. Ahora, ¿qué piensa hacer?

—Eso es de mi incumbencia. Ya lo verá. Puede retirarse.

Y mientras D. Mariano Oramas, el paisano que primero había traído a Guayaquil la noticia del desastre de Huachi, se alejaba cabizbajo, el coronel Morales, que quedara aquí de comandante general, se roía las uñas de furor, exclamando:

— ¡Ese viento!... ¡Ese maldito viento!... Ahora, lo que conviene es... Bueno, ¿y a qué hora estamos?... Las tres... ¡Bah! Todavía hay tiempo. Con tal de que ese Oramas no hable!...

Una hora después, esto es, a las cuatro, ruido de tambores y de cajas de guerra, sonido de clarines y cornetas, llenaban la ciudad. La escasa guarnición iba por ellas, precedida por el escribano y los suyos, que promulgaban un bando solemne con el mayor estrépito posible.

Morales no se anduvo en chiquitas. En el bando comunicaba a los guayaquileños la derrota, con todos los detalles que habían llegado a su conocimiento, e invitaba a los ciudadanos

a que se inscribiesen para la formación de otro contingente, a fin de continuar la campaña.

Las gentes oían, trémulas de impaciencia y de furor. A las siete había ya setecientos inscriptos: la base de un nuevo ejército.

«El pueblo que no se para en sus desastres —dice con este motivo el historiador Cevallos— sino que, olvidándoles pronto, se alienta nuevamente, no puede menos que conquistar los derechos que apetece.»

V

FINAL

La fría noche, descendiendo de los picachos helados de la cordillera, cubría con su manto de tinieblas el arenal sangriento y solitario.

Bandadas de aves de rapiña habían acudido al festín succulento, y devoraban tranquilamente, graznando de placer, los cadáveres abandonados.

Pero había otros carnívoros que les disputaban la presa, arrastrándose en silencio a la luz de pálidas candilejas que parpadeaban en la sombra. Eran los indios de las inmediaciones, que despojaban a los muertos a sus anchas.

—¿Doña Marcela?

— ¡Jau!

—*Shamui cai: mashcai chai laichu* (1).

Y le mostraba, riéndose, otro cadáver que robar.

Y a la hora en que estas cosas tenían lugar en la llanura de Huachi, la noche del 12 de Septiembre, el general Sucre, deslizándose meditabundo y triste por las asperezas heladas del camino que lleva a Guaranda, repetía la misma exclamación que el coronel Morales en Guayaquil:

— ¡Ese viento!... ¡Ese maldito viento!

(1) —¿Doña Marcela?

—¿Eh?

—Ven aquí. Regístrale a este forastero.

LA S VOLTEADA

I

Corre el año de 1817, y estamos en Popayán. En una ancha pieza convertida en prisión, las damas payanesas están que trinan. Algunas lloran, otras rechinan los dientes, las más tranquilas bajan la hosca y avergonzada cara sobre la labor; pero todas trabajan, y trabajan febrilmente. Eran las mejores, las más encopetadas de la ciudad, madres, hijas, hermanas o esposas de próceres republicanos—*insurgentes*, como entonces se decía —; que a la hora de esa hora andaban de capa caída y sin más patria independiente que la que, en idea deseo y esperanza, se había refugiado en sus bravos corazones.

Cosen y cosen las damas. Cabezas rubias, cabezas negras, respetables cabezas blancas se inclinan sobre el pedazo de tela desplegado en la falda, y la aguja no da paz a la mano. ¡Cosa admirable! En ese gran taller de mujeres reina el silencio más completo, y sólo se oye el acom-

pasado andar del centinela, que por la parte de afuera, arma al brazo, mohino y fatigado, cuida la puerta.

Alguien se queja: es una pobre niña que está a punto de desmayarse.

—¿Qué te pasa?—le pregunta ansiosamente una señora mayor, sobre cuya envejecida faz ha plantado la pena su férrea zarpa.

—¡Ay, mamá!... ¡Mamá!... ¡Me muero! *Se me va la cabeza...*

—¡Pobre hija mía! Ya pasará eso, es un vahido: aprende a sufrir, ya que has nacido y estás en buena escuela.

Y la señora se levanta con indecible trabajo, y apoyándose en la pared y en sus compañeras de prisión, que le prestan cariñosa ayuda, va arrastrándose con fatiga, a pequeños brincos más que a pasos. Algo resuena a medida que se mueve... ¡Es que lleva un grillete al pie!

¡Todas lo llevaban! Ese bruto de Tolrá era capaz de eso y mucho más. Después de cometer atrocidades en Neiva, donde quiso obligarle a un hijo a que formase en el pelotón que debía fusilar a su padre, lo que hubiera conseguido a no ser por la oposición de Luis Urdaneta y los Corderos, que enviaron fuera al desgraciado muchacho el día en que debía sucumbir su padre, el malogrado Coronel don Manuel Tello; después de ésta y otras iniquidades sangrientas, se había venido a Popayán el Coman-

dante don Carlos Tolrá con el batallón de su mando, llamado *Primero de Numancia*.

Esa tropa estaba casi desnuda al fin de su larga campaña al través de Nueva Granada, entre combates y reencuentros, y era indispensable vestirla, no sólo con decencia, sino con el mayor lujo posible, en el concepto del jefe español, el cual, aunque halló buenas telas, no encontró costureras. ¿Qué hizo entonces el malvado? Cogió a las madres, mujeres, parientas inmediatas de los insurgentes, las metió en la cárcel, remachóla a cada una un grillete al pie, y les puso la costura en las manos... ¡A ver si me hacen buenos uniformes para mis zambos y cholos del *Numancia!*

Y cose que cose, las señoras trinaban de coraje y languidecían de angustia... ¡Pobres! ¡No se había inventado todavía la máquina de coser!...

Si aquellas ultrajadas señoras hubieran sabido que el descontento fermentaba en el *Numancia*, en el cual los jefes y oficiales patriotas apasionados en acciones anteriores se veían obligados a servir de soldados rasos, acaso habrían sufrido con más paciencia; y si el porvenir se les hubiese presentado, demostrándoles cómo de ese batallón debían salir los hombres del año 20, que llamados Urdaneta, Febres Cordero, etc., el *Nueve de Octubre* habrían de dar en Guayaquil el grito de independencia que redi-

miera la Presidencia de Quito, y que llamados Tomás Heres, Ramón Herrera, etc., el *Dos de Diciembre* habían de proclamar la independencia en Chancay, yendo en seguida con todo el batallón, y a banderas desplegadas, a unirse con el protector San Martín, allá, en la distante ciudad de los Reyes; si hubieran sabido o previsto lo dicho, aquellas damas, americanas como eran y de sangre patriota, su consuelo habría sido mucho más grande; y en sus interiores hubiese habido acaso una burla para ese desventurado de Morillo, que estaba *pacificando* el país a sangre y fuego, sin advertir que en la organización de su ejército no sólo existían elementos realistas y peninsulares, sino también americanos amantes de la independencia; que en vano vertía la sangre con barbarie increíble, que en vano subían al patíbulo ese año fatal de 1817 hasta indefensas mujeres, y el Libertador Bolívar, perdido en las pampas que riegan el Orinoco y sus afluentes, iba de descabros en derrotas... La hora había llegado, y la América sería libre.

II

La playa es triste y solitaria. Las olas del Grande Océano baten monótonamente la ribera, besándola amorosas, y el *Inti* soberano refulge poderoso en la mitad del firmamento... A poca

distancia, inmóviles y silenciosos, se hallan unos cuantos hombres, que dirigen la mirada al horizonte, donde se levanta una columna de polvo que avanza con rapidez hacia ellos. Son apenas veinticinco. En sus rostros, curtidos al sol y a la intemperie, se advierte, más que el espanto, una profunda cólera y un despecho indecible. Están cogidos, sin escapatoria posible; pero, ¿qué hacer? ¿Sucumbirán como animales acosados? ¿Combatir? ¡Qué disparate! Eso ultrapasaría los límites de la audacia humana, en un sacrificio estéril.

—Mi teniente... — dice uno de ellos.

—¿Qué hay? — contesta el teniente.

—Deben de ser cientos.

—¿Y qué? ¿No somos tan hombres como ellos?

—¡Contra un regimiento!

—¡Aunque fuera un ejército! Para no más de morir con gloria...

—Eso es otra cosa.

El teniente Arango, imponiendo silencio al soldado que le importuna, vuelve a clavar la vista en la nube de polvo que se acerca más cada instante.

—¡Muchachos!—grita a los suyos—. Cargad las armas, y afianzad bien la puntería. Vamos a recibir a esos puercos *chapetones* como se merecen. ¡Y acordaos que sois del *Primero de Numancia!*

Cargan las armas los soldados y esperan.

Porque esos hombres son veinticinco soldados que D. José de San Martín había enviado a Chancay en comisión exploradora, al mando del teniente Arango, para que averiguasen del enemigo y sus posiciones.

Fué a Chancay la comisión, y con tan buena suerte para ellos que, al salir del pueblo, no sólo sabían del enemigo, sino que éste se les venía encima, a rienda suelta, en forma de un regimiento de seiscientos hombres, comandado por el valiente brigadier Ferraz.

Ya están ahí. Verdaderamente, lo que los exploradores patriotas se proponen es una locura de marca mayor; pero de ese barro eran formados los lidiadores del tiempo heroico que nos dieron Patria y Libertad.

—¡Rendíos!— les grita el jefe español, en cuanto su voz se pone al alcance de aquellos desesperados, que aguardan sin vacilar; sin que se les contraiga un solo músculo.

—¡Fuego!— ordena el teniente Arango.

Cuando se disipa el humo de la descarga, se ve que ha sido certera. Varios enemigos muerden el polvo de la playa, y corren espantados sus caballos.

Los patriotas vuelven a cargar apresuradamente.

—¡Formar el cuadro!— prorrumpe Arango, con la espada en lo alto y las mejillas echando chispas; orden que obedecen en el acto los soldados.

El regimiento se ha detenido estupefacto... ¡Cómo! ¿Tienen la imbecilidad de atreverse? ¿Con qué objeto? ¿Con qué esperanza?

—¡Ríndanse! — intima por segunda vez el jefe realista.

Arango tenía en la boca la misma saliva que Cambronne en el campo de Waterlloo, y replica con una indecencia que ningún Víctor Hugo ha celebrado encontrándola sublime.

— ¡Fuego!

Suena la descarga: el regimiento sufre nuevas bajas y pierde su jefe la paciencia.

Entonces, enristran lanzas los jinetes, espollean a los caballos y se arrojan sobre el minúsculo cuadro, que les recibe a bayonetazo limpio.

A la primera arremetida, caen de los patriotas catorce muertos, entre ellos Arango, y siete heridos.

Quedan en pie tan sólo cuatro.

Al frente, a la derecha, a la izquierda, tenían una nube de furiosos soldados: a la espalda, a unas cuantas varas de distancia, el mar, a cuya ribera les había empujado la formidable carga de la caballería realista. Esos cuatro sobrevivientes iban a ser muertos o hechos prisioneros, indefectiblemente.

¿Prisioneros? ¡Sí, para eso estaban! Locos de despecho y de furor, vuelven la espalda al enemigo y se precipitan de cabeza en el Océano. Los heridos que aún pueden con sus cuerpos,

se acercan a gatas al borde del agua y se hunden también en el salobre líquido. Ya no hay un solo patriota en pie que dispare su último cartucho contra el regimiento realista!...

El buen Ferraz se conmueve ante tamaña heroicidad. Con voz estentórea manda detenerse a sus jinetes; y grita, ahogándose de emoción:

—¡Que echen pie a tierra los que sepan nadar bien!

La orden es obedecida en un instante.

—¡A ver! ¡Pronto! ¡Echense al agua, y sálvenlos! ¡Inmediatamente he dicho!...

Bregan los hombres en las ondas, con riesgo manifiesto de sus vidas; y a poco, vuelven a la orilla con doce cuerpos exánimes. Cuatro de esos cuerpos están ilesos: a los ocho restantes se les va la sangre por multitud de heridas...

III

Con cuidado casi amoroso, lleno de respeto, hizo el brigadier conducir a sus prisioneros a la población inmediata.

Allí les alojó, atendió a los heridos hasta ponerlos buenos; y en seguida les envió al cuartel general de San Martín, con un oficio en que expresaba su admiración por bravura semejante.

El gran corazón del vencedor en Maipú, latió

de entusiasmo, y su política vió en el heroico suceso una buena ocasión para alentar el espíritu de su ejército, presentándole palpable y reciente ejemplo de cómo se combate y cómo se vive y muere por la Patria.

Al efecto, expidió un decreto laudatorio, en el que ordenaba vaciar una medalla que llevase en el centro *una S volteada*, con esta inscripción: «A los vencidos de Chancay».

¿Por qué la *S al revés*?

.....

El *Primero de Numancia*, para cuyo soldado habían cosido uniformes lujosos, llorando y engrilladas las damas payanesas en el año 1817, prestó buenos servicios en las campañas de la Independencia, siempre en concepto de batallón colombiano, del 20 al 24.

Hallándose en Guayaquil, en el últimamente expresado, tomó el nombre de *Voltéjeros*.

Los grandes nombres de la epopeya americana iban desapareciendo de las tropas que en ella actuaron. Algún tiempo después, el batallón *Girardol*, que recordaba la acción grandiosa del Bárbula, ¿no se había de llamar simplemente el batallón *Flores*, y ser impíamente fusilado?...

ESTAR DE MALAS

Conocida es la frase del general D. Joaquín Posada Gutiérrez, obstinado conservador desde los últimos días de la Gran Colombia y autor de unas curiosas Memorias históricas, al saber que el general D. Tomás Cipriano de Mosquera, enfermo de muerte en Popayán, había recibido los auxilios de la Iglesia, después de una borrascosa vida política en la que hizo mangas y capirotos del cleriguicio colombiano y de la libertad religiosa.

«Como se muera, aunque se salve», exclamó aquel buen católico, con la caridad más cristiana y fervorosa.

¡Y qué duda cabía de que la salvación del gran general era cosa segura, a lo menos en el concepto del interesado!

Ya en los últimos días de su vida, enfermo y valetudinario, comiendo una vez en casa de su amada hija doña Amalia, en unión de los presbíteros doctores Joaquín Pardo Vergara y Fran-

cisco Javier Zaldúa, como este último, por complacerle, afirmase que su robustez le prometía aún largos años de vida, dijo con adorable sencillez:

—Por lo menos, no temo la muerte, porque *allá* ruegan por mí todos los angelitos que he enviado al... cielo. Nada me resta que desear, porque durante mi larga existencia he obtenido cuanto he querido.

—Lo cual prueba que usted será un gran santo el día que quiera—le contestó con buena sombra el doctor Pardo.

—¿Quién lo duda?—le replicó convencidísimo el desterrador de obispos y confiscador de bienes eclesiásticos.

De seguro que los *angelitos* (los fusilados) se estarían de rodillas ante el Eterno, impetrando la salvación del viejo liberal, menos uno que se fué al cielo mediante un acto de caridad que no era de la voluntad ni entraba en los planes políticos y justicieros de don Tomás.

El caso es breve y lamentable, y merece referirse; si bien lo haré variando el nombre, porque existen todavía en Pasto parientes y allegados del protagonista de esta verídica relación, a los cuales no agrada tal vez que se remueva esta vieja historia, que es un ejemplo vivo de que cuando el hombre está de malas no hay subterfugio que valga para ser vencido por el destino.

En uno de nuestros anteriores artículos dimos un ligerísimo bosquejo de la memorable campaña del General D. Juan José Flores, que de manera tan desastrosa terminó en los campos de Cuaspud.

Si faltó serenidad y no abundó el valor por parte de nuestro triste ejército y de los jefes que lo comandaban, en la batalla que dió al traste con los proyectos de García Moreno en orden a la intervención de la política ultramontana del Ecuador en los asuntos de Colombia, es indudable que sobró habilidad para preparar militarmente el éxito y ponerle al General Mosquera en un apuro de padre y señor mío.

Ocupada la isla de Tumaco se le había tomado al caudillo colombiano la vía de Barbacoas; Flores se le iba encima por la frontera del Carchi, y para mejor proveer se pensó en quitarle la retirada, lanzando a su espalda una división que se situase en la ciudad de Pasto.

La exacerbación del partidarismo político conduce a todos los excesos y todos los crímenes, y cuando el odio sopla en medio de la lucha de las ambiciones, el criterio moral sufre tal desviación que las mayores pillerías son consideradas y aun aplaudidas como actos justos y salvadores. La bandería que representaba D. Tomás Cipriano tenía en Colombia un bloque imponderable de resistencia ante su paso vencedor, el cual bloque, viéndose una vez y

otra desmenuzado, vino rodando a la nación ecuatoriana en busca de simpatías y auxilios. Así fué que nuestro *Héroe-Mártir* no tuvo mayor inconveniente en hallar traidores entre los colombianos asilados en Quito y las provincias del Norte que hiciesen armas contra sus compatriotas y llevasen la invasión extranjera al suelo de su propia patria.

Ochocientos hombres, la mayor parte ecuatorianos, formaban una división que los colombianos Manuel María López y José Antonio Erazo se encargaron de conducir a Pasto, como lo hicieron, tomando el camino de Fúnez, y aislando así, prácticamente, el ejército de Mosquera, cuya desmoralización en vista del peligro subía de punto a cada hora que pasaba, como que se encontraba en el caso desesperado de vencer o morir. En esa división iba un colombiano que llamaremos Juan Domínguez, persona de viso y que tenía buenas aldabas de que agarrarse en el Sur del Cauca por relaciones de amistad y familia.

El combate se dió con el resultado que se sabe, y a las tropas ecuatorianas se las llevó el demonio.

Libre Mosquera y vencedor, de regreso allende la frontera ecuatoriana, después del generoso tratado de Pinsaquí, fuese a Pasto, aprisionó nuestra división, tomó sus armas, y si bien a los soldados compatriotas nuestros les puso en

las mismas condiciones que a los rendidos en Cuaspud, dióse a perseguir a los colombianos que habían hecho migas con su enemigo.

Muchos eran esos devotos patriotas, pero como su conciencia no estaba tranquila y de sobra conocían la facilidad con que el Presidente aquel enviaba angelitos al cielo para que intercedieran por su salvación eterna, apenas supieron el desastre de Flores y vieron que se les iba encima el aguacero de los liberales vencedores, no pidieron consejo a nadie y confiaron, quiénes a sus pies, quiénes a su astucia, la esperanza de seguir viviendo.

Escaparon todos, menos tres que cayeron en manos del *Gran General*, el que, sin andarse en los tiquis miquis de Consejos de Guerra, les diputó buenos para el patíbulo, y ordenó su inmediato fusilamiento. Entre esos tres se hallaba Domínguez.

¡Dios, y cómo se revolvió la sociedad pastusa para que no fuese Domínguez a la Gloria!

Protestas, ruegos, promesas, de todo hubo. Pero no era don Tomás hombre que blandeaba así no más, una vez tomada alguna resolución de esas, ni en su corazón hacían mayor mella las caras bonitas bañadas en lágrimas por la suerte infeliz de algún preso político... Y estaba de Cristo que Domínguez había de comparecer ante el pelotón de la muerte.

Entonces optaron los interesados por el sen-

cillo medio de sobornar la escolta encargada de la ejecución. Mediaron súplicas, corrieron dineros, y quedó acordado que no se tiraría sobre nuestro hombre, y que éste se dejaría fusilar mansamente al lado de sus compañeros, menos felices y sin ninguna intersección. La prueba era ruda, el peligro evidente, pues una bala mal dirigida podía romper todo convenio; pero puesto en el trance fatal, ¿qué menos podía Domínguez sino someterse a esa prueba y correr aquel espantoso peligro?

Y tímido, aunque esperanzado, marchó por sus pasos contados al Ejido junto a sus copartidarios, que iban a pagar con creces la traición. No, no tirarían contra él; la cuestión estribaba en no perder la serenidad, caer *a la hora reglamentaria*, dejarse encerrar plácidamente en el ataúd, ir al cementerio a hombros ajenos y luego, con la ayuda de sus amigos, escapar de la tumba y poner pies en polvorosa.

Ya están en el lugar de la muerte. A todos los *reos* les tiembla el corazón; pero más, mucho más, al pobre Domínguez, porque si sus compañeros tienen la seguridad de ser muertos — y esta seguridad es un valor como cualquiera ante lo imprescindible —, en él lucha una débil esperanza que se traduce en forma de ansiedad suprema, de congoja inenarrable...

Se forma el batallón; se ata a postes a los condenados, véndaseles los ojos, avanza el pelotón.

Reina profundo silencio en la multitud de espectadores. El oficial da las voces de ordenanza... ¡Fuego!... Ahí yacen tres cadáveres envueltos en su propia sangre. Se hace la prueba del punzamiento... ¡Nada! Todos muertos; ¿para qué el golpe de gracia?

¡Muertos, bien muertos los infelices!

¿Todos? No. Bañado con la sangre de los otros dos infortunados ha caído Domínguez en síncope de terrible angustia, pero sin una herida. La escolta ha sido fiel a lo prometido.

Cuando vuelve en sí y recuerda cuál es su situación, hace un esfuerzo heroico, el esfuerzo del que juega al azar su vida; y se finge más muerto que los muertos que yacen a su lado.

Así permanece largas horas. ¡Qué horas! ¿Moverse? Ni por pensamiento. ¿Respirar? Apenas. ¿Abrir siquiera los ojos? He ahí un peligro mortal. Tendido boca arriba en la pampa, con los brazos en cruz sobre el pecho, con el alma en un hilo, es para él una eternidad de angustias cada momento; y espera... y espera la caída de la tarde, la noche salvadora, el cementerio, las manos cariñosas que le vuelvan a la realidad de la vida, sacándole de esa horrenda comedia... ¿Puede la mente figurarse peor situación?

Fué preciso que hubiese una caritativa convivencia entre los espectadores y los ejecutores de las órdenes finales, algo así como una volun-

taria ceguedad, o que Domínguez extremase el fingimiento hasta un punto incomprensible, para que no se advirtiese e hiciese público que aquel hombre vivía, especialmente cuando fué colocado en una *cama de gracia*, ataúd sin tapa, en que debía verificarse una fúnebre exhibición de despojos sangrientos antes de emprender el viaje último al camposanto.

Vienen unos hombres y cargan con los féretros. ¡Salvado, salvado estaba Juan Domínguez!

El triste cortejo atraviesa el Ejido, entra en la ciudad, recorre algunas de sus calles... Los cargadores se fatigan, y con el objeto de descansar un momento, detiéndense en la plaza principal, colocando cuidadosamente su carga en el suelo.

Muchísimas personas acuden a contemplar a los ajusticiados, y hacen comentarios y exhalan gemidos de compasión. Entre esas personas se halla el comandante Genaro Materón, hombre bueno si los hay y de corazón generoso.

Mira fijamente los cadáveres, triste y en silencio. De pronto advierte un movimiento casi imperceptible en uno de ellos, y se queda suspenso.

—¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Será posible...? ¡Es una crueldad!

Se aproxima más. Siente una débil respiración, que agita el pecho de Domínguez, y su compasión sube de punto.

—¡A este infeliz le han dejado vivo!—exclama; y resuelto a abreviar el dolor del que juzga en lenta y terrible agonía, saca su revólver, apoya la boca de su cañón sobre la frente de Domínguez... y dispara... ¡Bah! Es el balazo de gracia, el despenador... ¿No era una obra de caridad?

Pasaron los tiempos; todo se aclaró, y así supo Materón cómo, sin quererlo, había muerto a Domínguez. Nunca se lo perdonó el excelente hombre; mas, para consolarse, decía al referir el hecho:

—¡Caramba! Lo hice con la mejor intención del mundo, creyendo ejecutar una obra de misericordia... ¡Pero estaba escrito! ¡Pobre Domínguez! ¡Eso sí que se llama *estar de malas!*...

LA MUERTE DE UN FILÒSOFO

I

Si no es una ermita donde pasa la vida algún penitente, en santo recogimiento, la solitaria casucha no merece otro nombre que el de cabaña: tan pequeña, tan pobre, tan desalhajada es, con su techo pajizo y sus negras paredes de adobe. Compónese de dos piezas: un corralito y un patinillo capaz de caber en la faltriquera de un fraile mendicante. En ella debe de reinar el silencio como en lugar propicio, silencio profundo apenas perturbado por las heladas brisas del monte vecino y el rumor del agua que corre en el fondo de la quebrada... Allá, en la distancia, se levanta la ciudad, la triste ciudad, otro devoto que reposa, sin alegría cuando luce el sol, sin alumbrado cuando la noche tiende sus velos, callada como una tumba... Es Quito, el Quito de principios del siglo xix.

Entremos en la choza. Guíenos aquel tenue rayo de luz que se filtra por las rendijas de esa puerta... Nada, o casi nada. Un lecho de ceno-

bita, una mala mesa, algunas bancas, algunas sillas, todo viejo y tosco. Y libros, muchos libros, en tablas adosadas a las paredes, sobre los muebles, en el suelo, apilados los unos, abiertos no pocos... Si esa es la mansión de la limpieza, no lo es, ciertamente, del orden.

Sentado ante la mesa, a la mortecina claridad de un lamparín de barro, en un butacón de cuero labrado que debió de ser despojo de alguna vieja iglesia, un hombre está profundamente abstraído en la lectura. Ese hombre es un míope, pues su larga y roja nariz le sirve de puntero para subrayar las líneas del libro. ¿Que leerá? ¡Eh! Aproximémonos de puntillas, y, colocados detrás de él, leamos, sobre su hombro, en lo alto de las paginas del libro: J. BENTHAM.—PANOPTICÓN. ¡Hola! Le preocupa el utilitarismo del maestro inglés...

Las horas pasan lentamente. El candil chisporrotea, amenazando consumirse. El hombre saca del bolsillo de su pantalón un enorme reloj de plata, y mira la muestra con un gesto de impaciencia.

—Ya es hora, murmura en inglés, y se levanta. Es alto, bien conformado, un poco grueso. Blanco y rubio su rostro, que comienzan a surcar traidoras arrugas, no tiene un pelo de barba. ¿Qué edad la suya? ¡Quién sabe! Pero, seguramente, pasa ya de los cincuenta.

—Bueno, maestro—prosigue, siempre en in-

glés—; ahí te dejo: hasta mañana. Hay que continuar la obra comenzada desde la juventud, y limpiar de tiranos toda la haz de la tierra... Esto no vale gran cosa; pero ya que me he metido... Además, esos demonios de muchachos estarán muriéndose de impaciencia.

Sale al corredor, y da una voz.

El eco retumba en la quebrada inmediata; pero nadie responde.

Llama de nuevo: —¡Oooh!, ¡Señora, señora!...—Al cabo de un rato se presenta la señora, en figura de una india vieja, que sale refunfuñando:

—Mande, amo Francisco.

—¿Está ensillado el caballo?

—Sí, patrón.

—Está bien. Oigame. Voy a la ciudad a una diligencia. ¿Entendió?

—Sí, amo.

—Cierre bien las puertas. Tal vez no vuelva hasta mañana; pero suceda lo que quiera, no las abra usted a nadie. ¿Oyó?

—Sí, amo. No abriré a nadie la puerta.

—Bueno, pues. Traiga el caballo.

—Sí, mi amo.

Se entienden perfectamente, él en su mal castellano con fuerte acento extranjero; ella, en su castellano peor, lleno de palabras quichuas.

Viene el bucéfalo: cabalga el hombre. A caballo, parece la propia estampa de Don Qui-

jote. Pica a la escuálida bestia, y a poco se oye su trote en las solitarias y mal empedradas calles de la dormida y oscura ciudad.

Si llevados de la curiosidad sonsacamos a la vieja, sabremos que el hombre que de tal manera se aventura a caballo por las susodichas calles en aquella noche del 19 de Octubre de 1833 es un inglés, y se llama Francisco Hall.

II

Dejémosle trotar con dirección a la plaza de San Francisco, silbando un aire de su tierra, mientras busca casi a tientas el camino, ya que, con ponderación y todo, casi puede decirse que la punta de su colorada nariz anglo-sajona es el límite de su potencia visual; y adelantémonos a la *plaza grande* o *plaza de armas*, que una generación más ilustrada, pero no por eso más feliz, llama hoy *de la Independencia*. Ahí está la vieja casona de los Presidentes de Quito, que, enlucida y remendada, se conoce hogaño por Palacio de Gobierno.

En una de sus salas, un hombre se pasea meditando, cabizbajo y en silencio, frotándose las manos de vez en cuando, como entontecido. Es el excelentísimo señor Vicepresidente de la República, señor don Modesto Larrea, a quien Dios guarde muchos años. Otros hombres cuchichean, miedosos y agitados, en derredor

suyo. Al fin, uno se separa de un grupo, se acerca al Magistrado y le dice:

—Y bien, ¿excelentísimo señor?...

—¿Qué?— contesta la excelencia, como saliendo de un sueño.

—Pues nada, que la hora se aproxima.

—Están dadas las órdenes.

Luego, alzando la voz y dirigiéndose a todos:

—Señores Senadores y Diputados: cada cual a su puesto, y a cumplir el deber. La necesidad y la traición nos han obligado, y de lo que esta noche acontezca, caiga la responsabilidad sobre los culpables. Buenas noches, caballeros.

Entonces, unos se ponen tras de las ventanas, los más salen y se colocan cerca del cuartel inmediato, y allí se agazapan como en acecho de una fiera. La mayor parte están armados y ceban cuidadosamente la cazoleta de sus fusiles.

Por lo visto, la cuestión es seria, cuando los padres de la Patria y los altos funcionarios del Estado de tal manera se aperciben a la agresión o a la defensa.

Y no podía serlo más. ¡Como que se trataba de una revolución! Principiaba en el Ecuador la era convulsionaria, que hasta la fecha nos trae dando tumbos y revolcones por el camino de la libertad.

¿Para qué recordar los motivos que a la siempre heroica juventud quiteña habían empujado al sacrificio?

Las historias están llenas de su relato y no es incumbencia nuestra el copiarlo en estas desgreñadas páginas. La República, entregada en manos de extranjeros sin conciencia, era un emporio de crímenes y rapiñas. Aquí, los ladrones, más o menos condecorados y en ejercicio de la autoridad; allá, los monederos falsos; más acá, los asesinos; en torno, los opresores, los que habían herido de muerte las libertades públicas, los agiotistas, los especuladores, los charlatanes codiciosos de botín, soldados feroces, clérigos venales, jueces prevaricadores, diputados sin honor ni vergüenza; en todas partes, los felones, los cobardes, los serviles. Del revuelto légamo social y de los cuatro puntos del horizonte habían acudido manadas hambrientas a devorar a la patria infeliz, recién nacida con estigmas de muerte y vergüenza. Y sobre la abyección circundante, sobre la común corrupción, se destacaba formidable aquel Presidente Flores, a quien hasta hoy acusa la posteridad de haber roto a martillazos la unión de Colombia la Grande junto al exangüe cadáver del Mariscal de Ayacucho. Formidable y sangriento, pues se hundían sus plantas en la sangre de los victimados en Pasto, en la de los trescientos soldados de aquel batallón *Vargas*, que salvara a Bolívar en la trágica noche del Veinticinco de Septiembre, y de los cuatrocientos de aquel otro batallón, que recordaba con su nombre la haza-

ña del Bálbula y el glorioso sacrificio de Atanasio Giradol...

Llegó un momento en que los pueblos se impacientaron. Don Vicente Rocafuerte dió la insignia del combate, y Guayaquil se estremeció de cólera. La ciudad del *Diez de Agosto* respondió al llamamiento, y la flor de su juventud preparó un golpe de mano para derrocar la tiranía y establecer un Gobierno nacional y patriota.

Pero esa juventud estaba miserablemente vendida. Ella creía ir a un triunfo fácil y seguro: adonde iba era al matadero.

He aquí cómo habían pasado los sucesos.

Camino del destierro iban los señores Roberto Ascásubi y Pedro Moncayo, y entre la escolta que les conducía se contaba un sargento de apellido *Peña*, el cual tan buena maña se dió y prestó servicios tan oportunos, que no solamente logró captarse la estimación y gratitud de los proscritos, sino que el señor Ascásubi le favoreciese con una carta de recomendación a su hermano don Manuel.

Campechano era el sargento y no se mordía la lengua en eso de decir perrerías contra el Gobierno. Uno de los pocos sobrevivientes del *Vargas*, no podía perdonarle a Flores que, por manos del cruel Otamendi, tan bárbaramente hubiese asesinado a sus infortunados compañeros. Tentó a la loca fortuna don Manuel Ascásubi, y creyó coger la ocasión por los cabellos

cuando, de charla en charla, le habló a Peña acerca de la posibilidad de un movimiento revolucionario y le oyó decir que él estaba listo y, si le autorizaban, trataría del asunto con sus compañeros, siempre que mediase el dinero. Cumplió como un Judas su palabra el bravo sargento, y dijo lo del proyecto de Medina (1), militar de igual graduación. Medina fué con el cuento a Flores.

—Lleve usted adelante sus conferencias con los conspiradores—le contestó el *Padre de la Patria*—. Halágueles, prométales el cuartel y hacer cuanto exijan de usted.

Y las conferencias menudearon. El dinero fué dado y recibido, tramado el plan y señalada la fecha. La guarnición de la capital, aunque escasa, era suficiente para contener a los inexpertos revolucionarios; pero entregada ésta por traición, según lo aseguraban los dos sargentos y algunos cabos y soldados metidos en el negocio por orden de Flores, y amarrados los jefes, ¿no era evidente que el Gobierno caería patas arriba?

La fecha era el 19 de Octubre, a las doce de la noche. El 18 abandonó Flores la capital, con pretexto de venir a Cuayaquil a combatir la revolución. No pudo estar mejor preparada la coartada; ya volverá al día siguiente de la ca-

(1) Figueroa, dice don Pedro Moncayo; pero nos atenemos al texto de Cevallos.

tástrofe para lavarse las manos en la palangana de Poncio Pilato, dejando al señor Larrea la responsabilidad y el remordimiento del crimen. Pero la Historia no se engaña ni perdona.

III

Palpando las tinieblas iba, caballero en su jamelgo, el insigne D. Francisco Hall. La noche era obscurísima; soplabá un viento helado de allá, del Pichincha, que empujaba densos e inmensos nubarrones encima de la ciudad silenciosa, de la triste ciudad dormida.

¿Quién era ese Hall? Era un sabio; pero principalmente, un justo y un libre ciudadano del universo mundo.

Discípulo de Jeremías Bentham, muy joven había venido a América con cartas de recomendación de su maestro para el general Bolívar, que le acogió cariñoso y le dió un puesto en el ejército libertador.

Eran los días en que el mismo generoso ideal que trajo a Rochambeau y Lafayette a la guerra de la Independencia norteamericana, le lleva a Grecia al gran Byron y empujaba a las playas meridionales del Nuevo Continente a Cochrane y los suyos. Había la generosa locura americana en ciertas capas de la sociedad inglesa, y acudía su juventud a batirse en estos países por la libertad y la gloria.

Hall combatió en Pichincha y Ayacucho; siguió la fortuna del Libertador hasta 1828. Entonces vino a vivir, pobre y olvidado, al pie del monte sagrado testigo de su valor.

Entregado a la meditación y al estudio, hueraño y silencioso pasaba los días en completo aislamiento, soñando con el reinado de la justicia y el derecho, dentro de las negras paredes de su solitario tabuco. Allí fueron a verle los patriotas quiteños, unidos en sociedad secreta contra el tirano, e hicieron de él el mentor y jefe espiritual. El es el verdadero fundador del partido liberal ecuatoriano, que, a la luz de sus sabias enseñanzas, nació en lucha contra una dominación de extranjeros corrompidos, a quienes les asistían el fanatismo y la fuerza para esquilmar un pueblo bondadoso e inocente todavía. Fué el primer mártir ilustre de ese partido, cuya gloria está cifrada en su martirologio.

IV

Ochenta o cien hombres, desparramados en el atrio de la catedral y en la mencionada plaza de San Francisco, esperan la hora.

—¿Qué es de don Francisco?— se cuchichea en un grupo.

—No sé; pero es seguro que venga. El no suele faltar. Pero... en nombrando al ruin de Roma... Ahí le tienes.

—¡A caballo!

—¡A caballo! ¡Qué locura! ¡Y para tomar el cuartel!

—En todo caso, será el caballo quien lo tome; porque de ver, él no ve ni sus manos.

En otro grupo:

—¿Tienes armas?

—Ninguna. ¿Para qué? ¿Y tú?

—Yo tengo esta escopeta. Pero no cartuchos.

—Podías haber traído un garrote. Es más cómodo.

—Otros tienen rifles y municiones.

—Pero no pasan de diez. En fin, allá veremos.

En otro, donde sobre las cabezas de los jefes se alza como un espantajo la figura ecuestre de don Francisco:

—¿Y qué es de Medina? ¿Por qué tarda? La cosa se pone fea.

—Ya vendrá. Ahí le tienen ustedes.

MEDINA.—Señores, *todo está hecho*: no hay sino que avanzar al cuartel y tomar las armas.

—¿Y si nos reciben a tiros?

—¡Qué disparate, mi jefe! Están durmiendo hasta los centinelas. El tiempo pasa, y no hay que perder un momento, o todo está perdido.

—¿Los jefes?

—Serán amarrados en cuanto ustedes entren.

—La prueba es difícil.

—Quien no arriesga, no pasa la mar.

—Y usted tiene cara de no estar haciendo cosa buena.

—De lo que usted no debe reprocharme, porque la hago por ustedes.

—¡Ea! Lo mejor es que usted, sargento, se vuelva; saque cuantas armas pueda, con sus cartuchos respectivos, y nos las trae. Así, a lo menos, tendremos con qué combatir, y no iremos a manos lavadas. En cuanto a los jefes y oficiales...

—¿Quiere que se los traiga también? ¿Y por qué no el cuartel?

Sobre esto se forma una larga y pueril discusión, hasta que, despechado, Medina vuelve al cuartel. La conferencia tenía lugar en la plaza de San Francisco.

Los conspirados esperan todavía unos momentos, y al fin se aventuran en grupos por las calles inmediatas... Suena una descarga. ¡Misericordia divina! ¡Cayó la tapa de la ratonera!... Los diez o doce que tienen armas de fuego contestan a la descarga, disparando a tuestas, y los soldados se arrojan contra los paisanos, lanza y bayoneta en mano. Desde las primeras horas de la noche les aguardaban, resguardados por la sombra, alineados contra las paredes, defendidos por las jambas de las puertas... La descarga se repite, pero ya no es contestada... Los

tiros salen de la sombra... Y las ventanas del Palacio de Gobierno, las de la Casa Moneda, resplandecen con los fogonazos: son los señores funcionarios públicos, los señores senadores y diputados, que tiran sobre aquella turba desbandada, que huye por todas partes dando alaridos de angustia, cayendo a los tiros, a los botes de lanza, a los bayonetazos de los negros del capitán Rodríguez... Echanique, Camino, Conde, Albán, yacen cadáveres en media calle. Un oficial da *once lanzadas* a un negro infeliz que rehusaba decir dónde se hallaba su amo, D. Bernardo Román... La ciudad despierta asustada; comprende lo que sucede, y tiembla en silencio. Las familias de los conspiradores, que estaban en el secreto, desfallecen con ansias tremendas; pero el terror sella sus labios...

Pasan las horas, horas eternas de terror, para los que se han arrojado a las quebradas en busca de salvación, para los que agonizan en el fango de la calle, para los que corren en medio de las tinieblas amparadoras y para las madres y esposas que esperan en vela el regreso de los suyos...

La tenue luz de la aurora empurpura el Oriente; y a poco, entre nubes de nácar y de gualda, sale el sol detrás de los nevados picachos de la cordillera...

Se ve entonces un cuerpo largo y blanco que se balancea, desnudo, de lo alto de un madero,

horca improvisada por manos aviesas. Es un cuerpo humano: tiene los pulmones traspasados por una bala, y por las piernas le descienden lentamente hilos de sangre que coagula con rapidez el frío de la mañana.

Es Hall, caído de los primeros, de lo alto de su caballo, en el pretendido ataque al cuartel. Le llevaron moribundo a esa esquina de la *Calle Angosta*, y como hallasen un madero junto al atrio de San Francisco, de él le colgaron con escarnio y befa. Conde, Echanique, Albán y los demás yacen también en cueros; pero no se les ha ahorcado después de muertos...

La ciudad solloza consternada; y en ese mismo día, en el seno del Congreso, los canónigos cuencanos presbíteros Marcos y Peñafiel, pedían un voto de gracias para los asesinos, por haber salvado a la Patria...

LOS DOS CAMPEONES

I

Ya llegaba a los postres cuando la intempestiva ocurrencia del oficial español, hizo que, con el buen humor, se interrumpiese la comida. Los jefes colombianos se quedaron con la boca abierta ante la audacia de ese teniente coronel Pita que con tanta tranquilidad, y a nombre de su jefe, proponía a Bolívar—¡después de Boyacá!—que retrocediese de Trujillo a Cúcuta, abandonando el territorio independiente de Venezuela...

Los ojos del Libertador chispearon de ira, se coloreó su frente, a punto estuvo de caer su mano derecha sobre su brazo izquierdo doblado y de salir de su contraída boca, silbante como un cohete, la interjección favorita.

Contuvo su ímpetu, sin embargo, y contestó colérico al imprudente Pita:

—Diga usted al general Morillo de mi parte, que él se retirará a sus posesiones de Cádiz antes que yo a Cúcuta...

—Permitame, excelentísimo señor...— comenzó a balbucear el realista, comprendiendo la tontería en que había incurrido.

—Dígale usted también— continuó Bolívar, sin hacerle caso— que, cuando yo fugitivo de mi Patria él la estaba oprimiendo, a la cabeza de un ejército numeroso y envanecido con sus triunfos, yo, acompañado por unos pocos pros-criptos, no temí buscarle; y que cuando apenas tenía a mis órdenes unas pocas guerrillas, jamás me retiré, sino disputando el terreno palmo a palmo; y, por último, que hacerme semejante proposición, ahora que cuento con un ejército más numeroso y disciplinado que el suyo, es un insulto que yo devuelvo con des-precio.

Luego, poniéndose en pie, añadió con brevedad:

—Ea, señores, hemos terminado.

Y salió seguido de los suyos, dejando al jefe realista confundido y aturrullado. Lo peor, que éste se había excedido de sus instrucciones, y bien comprendía que por la imprudencia suya se hallaban en riesgo de fracasar las negocia-ciones que para llegar a un armisticio habían entablado los dos Generales, desde el anterior mes de Octubre de aquel año de 1820.

—¿Han visto ustedes qué atrevimiento?— les iba diciendo el Libertador a los suyos— . ¡Que me retire! ¡Que nos volvamos a Cúcuta!.. .Que

se vaya él, ¡carapel!, a la mismísima... patria que le parió...

—Lo de que se vuelva a Cádiz estuvo magnífico—exclamó un joven inglés, que iba al lado del caudillo.

—Sí, querido O'Leary. ¿No salió él de Cádiz? Pues que se vuelva; si no, le *afusileo*, como dice el General Cedeño. ¡Hombre! Yo que no he variado de ideas, y que hoy, como en 1816, estoy dispuesto a perdonar al mismo Fernando VII, he de ser tratado de semejante manera! Ya verá el General Morillo como le caliento las orejas.

Y a la mañana siguiente le escribía de una manera altiva y desdeñosa:

«El teniente coronel Pita ha tenido la imprudencia de decirme que V. E. piensa que yo debo evacuar el territorio libre de Venezuela, para volver a ocupar mis posiciones de Cúcuta. No es el gobierno español el que puede dictar condiciones ultrajantes y altamente ofensivas a los intereses del gobierno de la República de Colombia, que hemos elevado sobre las ruinas arrancadas de las manos del ejército expedicionario».

Con decorosa moderación, D. Pablo Morillo desautorizó el dicho, y las negociaciones siguieron adelante, en medio del estrépito de las armas; pues, por muy mal parados que estuviesen los contendientes, por mucho que fuese su deseo de ganar tiempo para descansar, repo-

nerse y cobrar fuerza, no podían andar tan cerca uno de otro sin enseñarse los dientes.

II

Y que se los enseñaban, ¡vaya! Ese facineroso de Reyes Vargas, que había vuelto a las filas de los independientes consumando una segunda deserción, casi tan escandalosa como aquella con que de aquellas mismas filas se separara en años anteriores, no le dejaba punto de reposo al pacificador. Lanzaba sus guerrilleros como una nube de mosquitos alrededor del ejército realista; y aquí, le picaba la retaguardia; allá, le azotaba los flancos; acullá le preparaba asechanzas y emboscadas, siempre alerta, siempre oportuno, con perfecto conocimiento del terreno y una agilidad estupenda.

Morillo en persona salió a ahuyentarle, pero qué, el hombre y sus mosquitos se le escapaban de las manos, y de jornada en jornada fué a dar a Carache, extremo avanzado de las posiciones del ejército libertador, donde se hallaba el escuadrón *Dragones*, mandado por el comandante Mellao. Don Pablo trató de establecer en ese lugar su cuartel general y acampañar a sus dos mil quinientos hombres, y se fué sobre el pueblo a rienda suelta.

Entonces sucedió algo admirable que constituye una página bellísima de la guerra de la

Independencia, durante la cual tantas atrocidades se consumaron por una parte y otra.

No estropearemos la narración de aquel hecho dándola en estilo de novela; y nos contentaremos con copiarla con toda su sencillez de las *Memorias* del general Rafael Urdaneta, actor principal en todos esos acontecimientos, y casi puede decirse testigo de vista.

Oigámosle:

«No tardó Morillo en moverse sobre Carache con su ejército, compuesto de las divisiones Latorre y Tello, de Infantería, y el regimiento de *Húsares de Fernando VII*, y aunque lo ocupó, como era natural, la retirada que hizo el coronel Juan Gómez le dió a conocer a Morillo con qué especie de gente tenía que combatir.

»Juan Gómez, al ver bajar por la cuesta de Carache al ejército español, separó de su fuerza todos los hombres que por enfermos, estropeados o mal montados, no convenían a su objeto, y los mandó retirarse seis leguas atrás, al pueblo de Santa Ana, quedándose él con unos treinta hombres mandado por Mellao, con los cuales se adelantó a reconocer a Morillo, antes que llegase al pueblo.

»Observado por Morillo, destacó sobre él una compañía de *Húsares*, la que no habiendo podido intimidarle, fué reforzada con otra.

»Empezó Gómez a replegarse ordenadamente, y cuando los españoles le estrechaban, volvía

sobre ellos, los lanceaba, los hacía replegar, y continuaba retirándose.

»Morillo tomó empeño en destruirle, y se puso en persona a la cabeza de todo el regimiento de *Húsares*; unas veces intentaba cortarle, lo que no consiguió porque la vega del río Carache es angosta de un lado y otro; pero siempre repitió sus cargas, a las que Gómez correspondía haciendo frente, matando españoles y volviendo a retirarse.

»Así lo hizo por espacio de tres leguas, hasta que llegado al pie de la cuesta que llaman del Higuero, donde concluyen las vegas de Carache, cansados los españoles de perseguirle sin poderle destruir y recibiendo ellos daños, le dejaron seguir.

»Gómez tuvo poca pérdida, y la que tuvo fué para dar una alta idea del ejército, porque habiendo perdido uno de los dragones su caballo, muerto en una de las cargas, y retirándose Gómez, quedó este hombre solo y a pie, y apoyándose sobre el cadáver de su caballo, enristró su lanza, *e hizo frente a toda la caballería española*, y aún mató a dos; fué cercado y herido, teniendo ya rota el asta de la lanza, y así se defendía. Hubiera muerto, si Morillo que lo observó no hubiera gritado que salvaran a aquel valiente.

»Fué conducido con varias heridas al hospital de Carache, y cuando algunos días después

se entablaron las negociaciones que produjeron el armisticio, habiendo ido con pliegos del Libertador a Morillo el edecán de aquel, O'Leary, Morillo le habló de aquel hombre con entusiasmo, y se lo entregó para que le condujese al Libertador, sin exigir canje, y hasta le regaló dinero. El Libertador volvió por él ocho hombres de *Barbastro* (1).

¿No parece ésta una página de la galante caballería? ¿No se recuerda a aquel buen Pedro de Bayardo, defendiendo él solo un puente contra todo el ímpetu del ejército español, hasta que los suyos se retiren?

Y, no obstante, las escenas de la *guerra a muerte* estaban fresquecitas, con sus Boves, Morales, Rosetes, Antoñanzas, Sámanos, Enriles, Moxós, Tolrás, y más monstruos que desacreditaron el nombre español y la raza humana, en las regiones de la América Meridional.

III

Los jefes independientes consideraban como un triunfo suyo el armisticio celebrado en Trujillo el 26 de Noviembre y ratificado y canjeado en la misma noche; armisticio por el cual se regularizaba la guerra, concediendo garantías aun a los espías y desertores. Y lo considera-

(1) Memorias del general Rafael Urdaneta.

ban tal, no sólo por las notorias ventajas en que quedaba su ejército, sino por el tácito reconocimiento que el general español hacía del Estado colombiano y su independencia, al suscribir estas palabras en el acta de ratificación: «En consideración a que... mis comisionados, para ajustar y concluir un tratado que regularice la guerra entre España y Colombia, con los comisionados del Excmo. Sr. D. Simón Bolívar, *presidente de la república de este nombre...*» Bolívar no hizo caso de ello, fijándose tan sólo en las positivas ventajas obtenidas. «Cada artículo de los Tratados—dice O'Leary—contenía algo favorable a los colombianos, y, como los hechos lo probaron, esta negociación decidió la independencia del país».

El general en jefe español fué más allá todavía. Inmediatamente después de ratificado el honroso convenio, manifestó su vivo deseo de conocer personalmente al caudillo americano, y por medio de sus comisionados solicitó una entrevista, que fué concedida en el acto, señalándose para verificarla el día siguiente, y como lugar adecuado el mísero poblachón de Santa Ana, equidistante de ambos campamentos.

En la mañana del 27 hubo movimiento en el real español. Morillo escogió un escuadrón de caballería para escolta, se hizo acompañar por cincuenta jefes y oficiales de lo mejorcito de su ejército, y con este séquito se puso en camino.

¡Y por Cristo, que era lucido el acompañamiento! Cada uno de esos altos oficiales revolvió la maleta para sacar lo más bien parado de su uniforme; y el oro, la plata, el bruñido acero, relumbraban a los rayos del sol levante...

—Si tantas ganas tiene de conocerme, vamos allá —dijo nuestro don Simón.

—Excelentísimo señor, ¿y quienes van con usted?—preguntó un jefe.

—Usted, por de pronto, y luego... ¡Vamos a ver!, ¿quiénes vienen? Quiero llevar diez, y faltan nueve. Sucre, Briceño Méndez y José Gabriel Pérez, desde luego; como que ellos tienen parte principalísima en la jornada; y además... Bueno, que vengan...

Y con la rapidez característica de su genio, designó a los demás jefes.

—¿Y cuántos de escolta?

—¡Hombre! ¿Y para qué?

—Pues... para escoltar a V. E.

—No, no; sin escolta. En cuanto estén listos los designados, que se pongan a caballo. Yo hago lo propio, así como estoy.

—¿Así?...

—¡Bah! Entre soldados... Y en campaña... ¿Qué es de mister Florencio?

—Presente, mi general.

—Bueno; vaya usted a decir al general Morillo que ya estoy en camino.

El edecán don Florencio O'Leary voló a cum-

plir con lo ordenado, llegando a poco a presencia del pacificador.

—Excelentísimo señor. Su excelencia el Libertador está ya en camino y no tardará en llegar.

—¿Qué escolta trae?

—Ninguna, señor.

—¿Cómo ninguna?

—Ni un solo hombre. Diez oficiales de alto rango vienen con él, y nadie más.

—Bien. Muy pequeña creía yo mi guardia para aventurarme hasta aquí; pero mi antiguo enemigo me ha vencido en generosidad. Voy a dar orden a los húsares para que se retiren.

Dada la orden, retirada la escolta, interrogó Morillo al edecán de Bolívar, quien cuenta minuciosamente el caso:

—¿Quiénes son los oficiales españoles particularmente odiosos al Presidente?

O'Leary hizo una breve enumeración de ellos.

—Tanto mejor—concluyó don Pablo—; pues ninguno de ellos se encuentra aquí.

En esto se hallaban, cuando vieron asomar la comitiva de Bolívar en la colina que domina el pueblo.

—A caballo, señores, y a encontrarles—exclamó Morillo, y partieron todos llenos de curiosidad.

El *Pacificador* y Conde de Cartagena estaba magnífico sobre su brioso corcel de guerra, ves-

tido de gran parada, al pecho las cruces y condecoraciones con que el gobierno de su patria había premiado su valor—porque Morillo era valiente hasta el punto de hacer decir a los indomables llaneros del Apure, que tantos dolores de cabeza le dieron: «¡Es una lástima que haya nacido en España, y una vergüenza que no sea patriota!»

El hombre era de arrogante presencia, alto, grueso, bien formado, y de aspecto militar. No tenía, desde luego, un talento privilegiado, ni muchísimo menos; pero no todo es cabal en este mundo pecador; pues si hábil hubiese sido el soldado español, la independencia americana habría esperado largos años para realizarse.

Las dos comitivas se aproximaban una a la otra, con la prosopeya que tan delicada situación requería, y andaba don Pablo intrigado por saber cuál de los hombres de aquel pequeño grupo era el Libertador.

No pudo disimular por más tiempo su curiosidad, y acercándose a uno le preguntó:

—¿Y cuál de esos es el general Bolívar?

—Ese—le contestó el interrogado, señalándole a un hombre de mediana estatura, de rostro bronceado, larga nariz y mirada relampagueante, mal montado, mal vestido...

—¡Cómo! ¿Aquel hombre pequeño, de levita azul, con gorra de campaña y montado en una mula?

No pudo volver de su sorpresa, porque en ese instante llegaba la otra comitiva, se veían los dos generales, y presurosos echaban pie a tierra.

—¡Oh, señor general Bolívar!

—¡Señor general Morillo!

Y los dos jefes abrían los brazos, se precipitaban mutuamente en ellos, sellando su reconocimiento con un abrazo tan cordial como largo y estrecho.

IV

Santa Ana no era un lugar de recursos, ni el alcacer estaba para zamponas. Morillo, pues, había tenido que contentarse con mandar a preparar en la mejor casa del pueblo un modestísimo banquete para obsequiar a su rival. Algo más que el *pan, queso y raspadura* del día del Ayacucho hubo, sin duda alguna; pero, como quiera que sea, la comida y la bebida eran lo de menos para aquellos hombres.

Hablaron largo y tendido; hablaron todo el día sobre los sucesos de la guerra, sin énfasis, y más bien con tono chancero y delicadeza exquisita. La tolerancia cortés reinó en absoluto, y no escasearon los mutuos elogios y las consideraciones y propósitos humanitarios.

En esta lucha de palabras, Bolívar, con su genio pronto, el tacto de gentes largamente ad-

quirido en los negocios, su ilustración, sorprendente en un hombre de espada de aquellos tiempos y su finura de raza, se llevó de banda a su adversario, más soldado que cortesano, de pocos estudios, formado en los campamentos y salido de la clase popular.

Todo era dolerse de los males de la guerra, anhelos de paz, propósitos de avenimiento decoroso.

— Si algún incidente desgraciado nos obliga a renovar las hostilidades antes de que terminen los seis meses del armisticio — dijo don Simón —, yo desearía que, en caso de duda sobre algún punto del tratado, se someta y decida por un arbitramiento de comisionados nombrados al efecto; y, por mi parte, escojo, desde luego, al señor general Correa, español de nacimiento, cuya honorabilidad y rectitud de criterio me satisfacen por completo.

— Convenido, convenido, señor General; pero mientras llegue ese caso — ¡y ojalá no llegara nunca! — yo propongo a usted otra cosa.

— ¿Qué es ello, General?

— Que para que las generaciones futuras sepan con cuánta sinceridad hemos olvidado rencores personales y antipatías nacionales quienes hacemos esta guerra, tan despiadada a veces, y eso aprovechando el primer momento de calma, se erija un monumento conmemorativo en el sitio mismo en que tuve el honor de abrazar a usted.

— ¡Oh, señor! Esa es una idea magnífica, que honra a quien la concibió. ¡Si pudiéramos comenzar a realizarla desde ahora mismo!...

— ¿Y por qué no? Pongamos inmediatamente la primera piedra.

Y caudillos, jefes, oficiales, todos, sin distinción de partidos, salieron de la casa, y como vieses por ahí una gran piedra cuadrada, aunaron sus esfuerzos y la arrastraron al lugar indicado, sin permitir que manos mercenarias les ayudasen en tarea tan pesada.

Como sobre una ara santa, extendieron los dos caudillos el brazo sobre aquella piedra para renovar sus aspiraciones a la concordia y sus propósitos de humanidad... ¡Ellos que se habían combatido con tanta saña, que se habían hecho la guerra a muerte, sin dar ni pedir cuartel y que durante cinco años habían alimentado en sus corazones un odio recíproco tan profundo! El Morillo, de Cartagena, de Margarita, de Bogotá, el protector de Sámano! ¡El Bolívar, que no tuvo empacho en fusilar los ochocientos prisioneros españoles y canarios de la Guaira!...

.....

La noche había cerrado, y el cansancio de los unos y de los otros era visible. El Libertador habló de retirarse; pero su nuevo amigo le instó a quedarse, cosa a que don Simón accedió sin dificultad, porque, vamos, porque se caía de sueño.

Pocas horas después, acostados en un mismo e incómodo cuartucho de aquella pobre aldea, frente a frente y sin escrúpulos, el caudillo Libertador y el general Pacificador roncaban tranquilamente.

EL DEMONIO DE LOS LLANOS

I

En la mañana del 9 de Julio de 1814, tenía lugar una extraña escena en los alrededores de la heroica ciudad de Valencia (Venezuela). Sobre la campiña, triste y silenciosa una multitud de hombres armados permanecían de rodillas, en actitud humilde y devota, ante un altar alzado al aire libre donde celebraba un sacerdote el sacrificio de la misa.

Cuando sonó la campanilla, y la hostia propiciatoria se elevó sobre la cabeza de los asistentes, levantóse uno de aquellos hombres, y con lento paso se dirigió al improvisado altar.

Todas las miradas se clavaron en él, ansiosas y angustiadas algunas, llenas de impaciente curiosidad las más.

El hombre avanzaba tranquilamente. Era de mediana estatura, huesudo y de recia compleción. Una soberbia cabellera se arremolinaba sobre su ancha y blanca frente; chispeaban sus grandes y rasgados ojos, y a su sonrosado sem-

blante adornaba una espesa barba, que le descendía sobre el pecho, comunicando a su dueño una majestad de prócer.

Ya está junto al altar. El sacerdote espera con la hostia levantada... Entonces, el hombre extiende sobre el ara una calluda mano que arranca de una gruesa muñeca *semejante al puño de un tigre*, y con voz fuerte, bronca, nerviosa, que resuena desapacible en medio del silencio, exclama:

—Juro por esta hostia consagrada, que es el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, que respetaré las vidas y las propiedades de los vecinos de la ciudad de Valencia y las de su guarnición, según lo he prometido en las capitulaciones que he ratificado esta misma mañana con mi firma y con mi sello.

Pronunciadas estas palabras, se arrodilla de nuevo, hunde la cabeza en las manos, y se queda estático en una devota oración, hasta el fin de la misa.

Un suspiro de íntima complacencia se exhala del corazón de unos pocos, en cuyos rostros se advierten señales de hondo pesar y grandes sufrimientos. Son los vencidos; los que durante largos días han resistido el asedio de fuerzas superiores, disputando el terreno palmo a palmo, y dejando regueros de sangre en las calles, en las plazas y en el interior de las casas...

Agotado el heroísmo, consumidos los últimos recursos, sin fuerzas ni esperanzas, han propuesto capitular; y he ahí cómo el jefe vencedor promete respetar la capitulación concedida.

¿Ese hombre blanco y majestuoso es, pues, algún fiel cristiano, que de tal modo da una especie de consagración solemne a su palabra?

No; sencillamente se llama don José Tomás Boves.

II

Concluída la misa, entran en la ciudad rendida las tropas victoriosas, al mando del segundo jefe, aquel bendito canario *Morales*, hombre excelente a quien Boves no le hallaba más defecto—¡una bicocal—que ser «demasiado sanguinario». ¡Esos negritos, esos mulatitos tan pacíficos, que llevaban en los sombreros, a guisa de escarapelas, las orejas y las narices de patriotas, remitidas a don José Tomás después de la terrible jornada de Aragua, por el inocente *Zuázola!*...

Los vecinos tiemblan, pero ellos se acuartelan tranquilamente, mientras el caudillo es aposentado en la amplia casa del ciudadano conocido con el apodo de *el Suizo*. Ya en ella, recibe, con rostro afable y corteses expresiones, a los infelices que acuden a cumplimentarle; y excediénd-

dose en generosidad, invita a los principales a una comida que tendrá lugar al día siguiente, para alzar la copa en honor del Rey. Los valencianos no quieren quedarse atrás, y disponen un baile para después de la comida, en la misma casa del Suizo. Verdad que hay muchos presos en el edificio del Concejo y en el hospital de sangre; pero el miedo es poderoso señor y dibuja muecas que parecen sonrisas en las bocas de sus víctimas.

Arde en luces el salón de baile; acuden las personas de respeto, vienen las damas de la aristocracia, caballeros distinguidos para la contradanza, y todo es animación y alegría en la memorable fiesta.

De pronto, Boves manifiesta un deseo; y ese deseo es una orden con pena de la vida caso de desobediencia... El compasivo asturiano quiere oír cantar a las damas; y pide canciones patrióticas...

¡Cómo no habían de cantar las señoritas! Preludia la música, y se llena el espacio de notas argentinas, purísimas, que la emoción hace vibrar... El jefe realista, complacidísimo, lleva el compás, y a pesar de ser adusto, silencioso y brusco, hace prodigios de amabilidad.

—¡Caramba!—dice acercándose a un grupo de bellas muchachas, que entonan la canción *del General Mariño* —, ¡caramba!, sólo por escuchar a ustedes, por estar a su lado, nadando en

la lumbre de esos divinos ojos, bien vale la pena de ser patriota.

Ellas murmuran frases de gratitud y la música sigue adelante.

Pero he ahí que alguien se acerca al héroe de la fiesta. Es un edecán; llega agitado, con un papel en la mano.

—Señor...

—¿Qué quiere, coronel Pérez?

—Este parte.

—¡Hombre! ¡Que no me han de dejar tranquilo! ¿Y qué dice el parte?

—El coronel Morales pide la autorización para...

—Sí, sí; ya lo sé. A ver: déme el papel, y aguárdese aquí.

Y se dirige a una mesa, para leer a la claridad de las bujías..

—Está bien. ¿Firma? No es necesario.

Sale el coronel Ramón Pérez. Pasan los minutos. Las damas, alarmadas al ver que muchos hombres se han escapado a favor de la confusión del baile, preguntan por sus esposos, sus hijos, sus hermanos.

—¡Oh! No es nada, respetables señoras. Ya vendrán. Sin duda esos caballeros se han excedido un poquitín brindando por el Rey, y andarán algo calamocanos. Hacedme la merced de repetir esa hermosa canción. ¿Cómo es? Tara-lá... ralá...

Y sonríe con íntima, con profunda satisfacción, brillan sus ojos y se lleva con pausa la nervuda mano a la espesa barba...

Se repite la canción, en tanto que el inofensivo Morales asesina a los presos de las casas consistoriales y del hospital militar, en un tumulto bárbaro y con procedimientos de refinada crueldad.

Cuando cantatrices y bailarinas se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, ya era tarde. A favor de la confusión, se escaparon muchas dando alaridos, y corrieron a refugiarse en las iglesias; otras, creyendo que el cohetero est  más seguro bajo la rueda, se ocultaron en los desvanes de la misma casa; algunas quedaron desmayadas entre las luces y flores del salón... Boves sonreía plácidamente, alegremente...

Bien pronto se desarrollan escenas de horror en toda la ciudad. La soldadesca, no contenta con saquear y asesinar en las calles y en las casas, se entrega a actos de inmoralidad tremenda; y en el fondo obscuro del templo, al pie de los altares consagrados al Dios de misericordia infinita, matronas respetables, señoritas, inocentes niñas son violadas y luego muertas...

Al día siguiente se organiza la matanza. Boves se despepita por el Gobernador Escalona; pero éste se ha fugado merced a un dizfraz; y contrariado aquel monstruo, no perdona nada.

Y si él no perdona, ¿va a hacerlo aquél Morales, legendario en los anales de la crueldad humana?

Lo curioso estaba en que la casa misma que servía de aposento al feroz llanero, se había convertido en lugar de refugio, adonde habían ido familias de lo principal, llevando sus alhajas, y donde estaban escondidos, entre cofres, colchones y ropas, ciudadanos patriotas destinados al machete y la lanza de los foragidos vencedores.

Don José Tomás sabía esto, y se hacía el sueco, sonriéndose satisfecho. «Tenía modales bruscos e imperativos—dice un curioso biógrafo suyo (1)—, una voz fuerte y bronca: hablaba poco, y no se sonreía sino en presencia de una gran catástrofe, de un gran peligro o de una suprema desgracia».

Sí, él lo sabía, y lo sabían también sus soldados, que entraban a la casa, la registraban, violaban mujeres y asesinaban hombres.

Esto duró muchos días; y el tirano no se daba por entendido, deshaciéndose en cumplidos con las damas y dando a porrillo sentencias de muerte... Cuando dejó la ciudad, ésta era un desierto ensangrentado.

Y en momento solemnísimo había jurado, la mano extendida sobre el ara, por la hostia don-

(1) Don Constancio Franco. Véase *Leyendas históricas: José Tomás Boves*.

de estaban el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, respetar la vida y la propiedad de los vecinos y de la guarnición de la mísera ciudad de Valencia.

III

La de Boves es una de las figuras trágicas más grandes y sombrías del ciclo épico de la guerra magna. Tan feroz como Zuázola, Antofianzas, Morales, Monteverde, Rosete, Yáñez, Puy, Sámano, Moxó, el terrible *Chepito*, González y otros ciento cuyos instintos sanguinarios deshonraron la especie humana en la América meridional, les aventaja a todos en constancia heroica a través de peligros y desastres, en pericia militar y en profundo y probado desinterés personal. Llevado por un instinto de fiera, cegado por la venganza, envanecido por sus triunfos, él quería sangre y no oro, y si no daba cuartel, tampoco se imaginaba siquiera que podría pedirle algún día. Su actuación tremenda, apenas pasó de un año; pero en breve tiempo venció a Bolívar, venció a Mariño, venció a Fiar, venció a Padrón, venció a Ustariz, venció a Aldao, dejando un reguero de sangre a su paso formidable en los campos de batalla, en las ciudades y aldeas que hallaba por delante. De manera que no es exagerar si decimos que sus correrías, de Septiembre de 1813 a Diciem-

bre de 1814, costaron a Venezuela cerca de *treinta mil* víctimas...

¿Quién era este hombre? ¿De dónde había salido esta fiera?

Nacido en una pequeña población de Asturias, en 1770, de padres pobres, oscuros y honrados, él no se apedillaba Boves, sino Rodríguez.

Comerciante, pilotín, pirata, escapado de la horca, indultado del presidio, le hallamos en 1810 como uno de los patriotas más fervientes, cuando Caracas proclamó la independencia de la Capitanía General de Venezuela.

Para entonces, ya era un hombre de bien. Salido de la prisión, a la que fué condenado por ocho años, por influencia de los Joves, comerciantes españoles de la Guaira, se arrepintió de su pasada mala vida y cambió su apellido Rodríguez por el de Boves, que le ha hecho famoso. Y así, le vemos combatir como bueno en pro de la libertad americana en Coro y Zabaleta (28 y 30 de Noviembre de 1810), a órdenes del Marqués de Toro, mereciendo por su honradez, inteligencia y heroico comportamiento el grado de capitán.

No sabía el germen de héroe o de verdugo que había en aquel hombre el jefe civil y militar de Calabozo en 1812, comandante don Antonio Escalona, cuando le llamó al servicio en calidad de simple soldado raso. Boves, que era

capitán, como hemos dicho, se resistió, y Escalona le puso preso, le abofeteó en la prisión y le confiscó los pocos bienes que tenía.

Desde entonces no tuvo peor enemigo la Independencia.

Sale de la prisión, se une con Antoñanzas, sirve a las órdenes del buen Cajigal; y vencidos éstos, cuando el levantamiento de Mariño en el islote de Chacachare, se hunde en lo profundo de los llanos de Caracas a mediados de 1813, para hacer la guerra por su propia cuenta.

Estaba formado para los combates. «Goza de una agilidad muscular portentosa—dice el citado Franco—, estirándose, encogiéndose o doblándose con sorprendente facilidad». Sobrio, indiferente al peligro, valiente hasta un grado indecible, sufría lo que un escritor llama «la voluptuosidad del asesinato», en un tiempo en que la crueldad bárbara era el distintivo de los bandos combatientes, y la *guerra a muerte* ensangrentaba los llanos del Orinoco...

Gran jinete, gran lancero, revestido de dotes de mando que ya las quisieran para sí muchos generales de hogañ, levantó gentes bravías y salvajes, proclamando la libertad de los esclavos, matando, aterrorizando, adulando, convenciendo...

¡Y qué soldados los suyos! Eran de la misma cepa de los llaneros de Páez; tan bravos y foragidos como ellos. Un caballo, una mala silla,

cuando la había, el calzón a la rodilla, la ancha camisa hasta el muslo, sombrero redondo sobre la cabeza; por todas armas la lanza y tal cual trabuco, tal cual espada... y nada más. ¿Hambres? ¿Desnudez? ¿Falta de pago? Eso no importaba. Aquellos centauros atacaban aquí, allá, en todas partes, como una nube de tempestad; y en caso de derrota, los sobrevivientes volvían grupas, se perdían en el horizonte, e iban a reorganizarse en algún lugar ignorado... ¡Ah, los llaneros de Páez! ¡Los bandidos de Boves!..

IV

A éste, lo vemos ya el 27 de Septiembre de 1813, despedazando en el Caño de Santa Catalina, al frente de mil jinetes, los 700 soldados de línea del Coronel Padrón. De ahí pasa a Cura, la saquea, ocupa Calabozo, y el 14 de Octubre ataca con fuerzas iguales, en Mosquiteros, a los 2.500 hombres de Campo Elías y Ustáriz, y después de haber hecho prodigios de valor, se retira con treinta jinetes, dejando su ejército tendido en el campo de batalla. De 5.000 que entraron en acción murieron *dos mil*...

¿Descorazonarse por eso? ¡Qué! Con 4.000 jinetes cae el 8 de Diciembre sobre los 1.500 de Aldao, y *los acuchilla a todos*, ocupando de nuevo a Calabozo, y con esa acción da término a la campaña del año 13.

El 14 del Enero siguiente, sale de Calabozo sobre Caracas, al mando de 7.000 hombres de todas armas, y el 2 de Febrero hace pedazos, en la Puerta, a los 4.000 de Campo Elías, lanceando, luego, más de mil fugitivos...

De ahí se lanza contra Victoria. La plaza es fuerte, y ahí está el invicto José Félix Rivas; pero eso, ¿qué le importa? Da muerte a los heridos e inválidos de su propio ejército, «a fin de evitarse el estorbo que pudieran causarle», y ataca la ciudad. ¡Qué combate más desesperado aquel del 14 de Febrero! Corren por las calles arroyos de sangre, y suyo hubiera sido el triunfo si no hubiese visto, la mañana siguiente, venir por el horizonte fuerzas de repuesto que le amenazaban a retaguardia. Cede el campo; pero en ese campo deja mil hombres de los suyos.

Llega Bolívar a San Mateo, con 2.500 hombres escasos. Boves acude con 7.500 a Cagua, y el 28 de Febrero libra un combate desesperado. Pelea como un demonio: las riendas en los dientes, una lanza en cada mano... Pierde tres caballos; es herido en el pecho, y después de un choque horrendo, se retira a la tarde dejando casi agotado al Libertador, no sin haber tomado posiciones en las alturas que al Occidente dominan la explanada de San Mateo.

El 20 de Marzo repite el ataque; el 25 intenta un asalto general que dirige en persona: quiere tomar reductos, a caballo, a la arma blanca, y

hay una mortandad espantosa. Bolívar echa pie a tierra para sucumbir en caso de derrota; y cuardras más atrás, en la casa de ingenio, vuela Ricaurte con el parque, consumando una acción que recordarán los siglos...

Cañoneado, fusilado, destrozado, se retira Boves a las doce, como un león jadeante que va enseñando la zarpa...

El 30 levanta el sitio. Ha perdido 3.500 hombres en la empresa; pero con los 4.000 que le quedan se precipita, el 31, en Bocachica sobre Mariño; y si a las seis de la tarde se larga del terreno por falta de municiones, no lo hace sino después de dejar en él 3.000 entre muertos y heridos.

Le quedan 1.200 jinetes. Con ellos se va a ayudar a Cevallos en el sitio de Valencia; pero los patriotas le hacen bajas en el camino que le representan la mitad de esa caballería. De las puertas de Valencia se retira casi solo a Calabozo, y en Junio sale de allí con 5.000 jinetes y 3.000 infantes. Ese diablo de hombre improvisaba ejércitos en un santiamén. El 15 de dicho mes de Junio libra el combate de la Puerta — lugar fatal para la Patria — contra los 6.000 soldados de Bolívar y de Mariño, a los cuales destroza en una lucha desesperada, y tan completamente, que gracias si algunos jefes pudieron escapar a favor de la obscuridad de la noche, después de ocho horas de rudo batallar. Allí

mismo mata 1.300 prisioneros, y compadecido de la suerte de 300 heridos de su propio ejército, les mata también «por un acto de piedad». Ese día le llegó la sangre al tobillo, y él la husmeaba con salvaje alegría... Y el arroyo se hizo torrente en Cura y Maracay.

De la puerta va a Valencia: la toma; comete las atrocidades que hemos descrito al principio de este artículo; se declara jefe independiente, manda a paseo a Cajigal, y descansa sobre sus laureles, mientras que una división que enviara sobre Caracas toma la capital y salen los caraqueños en aquel terrible éxodo del año 14, cuando a lo largo de los caminos quedaban montones de muertos y moribundos, niños, mujeres, ancianos, y las madres arrojaban al precipicio, enloquecidas de desesperación, los tiernos frutos de sus amores; y Bolívar, triste, solo, odiado y maldecido, después de los desastres de Aragua y Barcelona, se iba a Cumaná, con el alma repleta de sombras.

Boves se despereza. El 16 de Octubre se arroja sobre Piar, le combate en la Sabana, y mata casi los dos mil hombres que tenía el bravo mulato.

Llega por fin el término. El 15 de Diciembre, Rivas y Bermúdez le aguardan en los llanos de Urica con 4.000 hombres. Él se presenta con 7.000, a los cuales—experimentado por lo que le sucedió en San Mateo—dispone en líneas pa-

rales, después de haber ocupado excelentes posiciones. Y espera. El choque se verifica a las once de la mañana, y hasta la una de la tarde el trabajo fué grande y en riesgo estuvieron los jefes patriotas de ser arrollados por esa tromba humana, que de agredida se había convertido en agresora. Hubo excesos de valor en unos, y la desesperación rayó en otros a la altura del heroísmo sublime; mas, a la una; la constancia de los independientes en medio de la matanza estupenda, desmoraliza a los de Boves, que, aterrorizados, vuelven grupas... El terrible jefe se lanza a contenerlos, y al dirigirse, ardiendo de ira a un pelotón que huía, siente que el caballo se le resiste, se encabrita, indócil a espuela y freno. Era el soplo de Dios, que le detenía; en ese momento, un oscuro soldado republicano, un desconocido, un cualquiera, le da una formidable lanzada en el pecho y le arroja en tierra, echando borbotones de sangre que le anegan y le ahogan...

Muere lanzando blasfemias atroces; pero con él moría también en Urica la primera República...

Hombre que desconoció lo que se llama «misericordia», de una crueldad insensata, que sacrificaba a los hijos en presencia de los padres o inventaba tormentos indecibles aun contra los suyos; para quien la matanza era un placer y el peligro un estimulante, pasa en la historia

fuerte, sombrío y trágico, como sobre el caballo de Atila, por los campos venezolanos, destruzándolo todo y pesando como una gran calamidad sobre un pueblo que en esos precisos momentos era probado con el azote de los terremotos... La figura es grande, aunque terrible.

DE CÓMO UN GOBERNADOR SIRVIÓ DE CANDELERO

Era Cuenca, hace dos siglos,
un panteón de espadachines,
con sus brujas y vestiglos
y sus amenos jardines.

I

Bueno; ya sé que estos versos que dan comienzo al *Espadachín Zabala*, del difunto señor Fernández Córdova, no pueden ser más disparatados; y, a fe mía, no necesitó don Juan León Mera emplear tinta y papel para demostrarlo, pues salta a la vista que aquello de vestiglos y jardines y panteones es charia descosida, y que si hay brujas — en las que creo firmísimamente, por razones que no vienen a cuento — cuesta Dios y ayuda atraparlas *in fraganti*. ¡Pero los espadachines! En los días de la Colonia, la ciudad de Ramírez Dávalos era, si no un panteón, un vivero de ellos. Ya en 1765 se quejaba de su abundancia el corregidor de aquella ciudad, don Joaquín Merizalde y Santisteban, en un informe

conocido. «Ayudados esos jóvenes infelices—decía, refiriéndose a los de Cuenca—de una siniestra índole, son a los quince años famosos galanteadores y atrevidos espadachines... Esta malacrianza de los jóvenes produce otra maligna libertad, y es que, habituados a la desvergüenza, sin rienda que los contenga, atropellan a la Real Justicia. No hay en este país, en mi concepto, sujeto más despreciable que un juez: si manda, no le obedecen; si corrige, le reprenden; si ruega, le desprecian».

Y así andaba el diablo suelto y haciendo de las suyas. Por quítame esas pajas, salían a relucir las tizonas en las *Tres Cruces*, en las *Tres Tiendas*, a orillas del río... y era historia de muertos y heridos cuando andaban faldas por medio.

Esto duró mucho tiempo, pero mucho, sin que leyes, ordenanzas y acción ejecutiva de la autoridad bastasen a contenerlo, ni aun los reverendos jesuítas a quienes tanto encomia el citado Merizalde y Santisteban. Duró mucho, hasta que a principios del siglo pasado, contra viento y marea y la voluntad del bueno del Presidente Corondelet, se alzó con el gobierno de la provincia el legendario D. Juan López de Tormaleo, en fuerza de la ley y por muerte del gobernador Fortich. Precizando las fechas, esto era a mediados de 1803.

Casos se refieren de aquel hombre que hacer

dudar de si estuvo en sus cabales cuando ejerció la gobernación. Violento y agresivo de carácter, pronto en sus resoluciones, absoluto en predominio, con una sindéresis de Sancho Panza en la ínsula Barataria, adusto y socarrón a la vez; en los cinco meses que duró su gobierno, les metió en un puño a los cuencanos, dejando memoria de sí, que se ha convertido en curiosa tradición.

Levantó una estadística de los hombres que vivían en ilícito ayuntamiento, y sin perdonar ni al más pintado, vistióles con camisa de lienzo, rudos calzones de bayeta, y les puso a empedrar las calles, obra principiada por el gobernador Vallejo. ¿Que las mujeres andaban en malos tratos o tenían algún quebradero de cabeza? Pues a sembrar lino, a hilarlo, a fatigarse, así sean las hijas del Rey, y cuando no, a la cárcel con ellas. ¿Que un caballo se le espanta y da con él en tierra? Pues a ponerle grillos y levantarle un juicio criminal por *irrespeto*. Ladrones, a la horca; vagos, a las obras públicas; y que breme el azote sobre las espaldas del prójimo...

En aquellos dichosos tiempos de humildad y obediencia a *nuestro amo el Rey*, los recursos de queja eran rarísimos, y así, los individuos revestidos de autoridad podían hacer de las suyas sin miedo a responsabilidades: fué de este modo como López de Tormaleo dió rienda suel-

ta a las inclinaciones de su carácter, sin sujeción a leyes ni respeto a la libertad ajena, cometiendo barbaridad y media contra el vecindario, metiéndose en las casas, amarrando codo con codo a jugadores y borrachos.

Pues de este santo varón he de referir una anecdotilla, que si no consta en polvorientos legajos, por lo peliagudo del asunto, está archivada en la memoria del pueblo, con otras muchas parecidas. Y si al cabo resulta que un historiador más grave dice que las cosas no sucedieron así, sino asado, me remito al testimonio de mis bisabuelos... y allá se las hayan, que como me las contaron las cuento yo.

II

Tormaleo—*español de España*, como entonces se decía — tenía dos chicas como dos flores en el jardín de su casa; pero tal vida se pasaban las tristes, que más les valiera no haber nacido. La generosa savia de la primavera de la existencia calentaba su sangre, sin duda alguna; pero, ¿hombres en la casa? ¡Que si quieres! ¿Alguna distracción, algún recreamiento? ¡Para eso estaba el bueno de D. Juan, que aislado, hosco, impenetrable, ni daba ni pedía cuartel!... Enamorados no faltaron al principio; mas luego que supieron con quién se las habían, hicieron la cruz y tomaron la del humo, dejando a las don-

cellas que se consumiesen en la soledad, con el rosario en la mano, bajo la férula paterna. Si algún nocturno galanteador respunteó la guitarra alguna vez, al pie de los balcones, echando al aire las quejas de un sentido *yaravi*, Tormaleo tiraba de la espada, íbase sobre el trovador, y como barruntase quién era, ya podía éste contar su aventura a las paredes de la cárcel, al transcurrir del día siguiente.

Y es que el hombre odiaba al séptimo sacramento con furor de maníaco: tal le habría ido en la feria; pero asunto es este que no cae bajo la jurisdicción del narrador. Y como para casarse, hoy como ahora cien años, son necesarios tales aperitivos y requilorios, cortaba por lo sano el señor Gobernador.

Sucedió, pues, que amantes no desdeñados, sino ahuyentados a garrotazo limpio, vecinos ofendidos en su dignidad... o en sus espaldas y mozos de pelo en pecho—los *vestiglos* del poeta Sr. Córdova—, pusieron de acuerdo para jugarle una que fuese sonada al cerbero aquel que no les dejaba tranquilos.

Se mantenían al acecho en busca de una ocasión favorable. Y quiso el diablo que se diesen tan buena maña, que pronto supieron ser el solitario barrio de *las Secretas* el lugar preferido por el ogro en sus rondas nocturnas.

El sitio era despoblado y siniestro. Si hogafío andan en Cuenca a la quinta pregunta en lo de

alumbrado público, ¿que sería en 1803, cuando hasta los rudimentarios farolitos representaban un lujo de los días feriados?

Agazapados en la oscuridad, con sendas caretas sobre los rostros, disfrazados de matachines y las manos en la empuñadura de la espada, yacían los tales cuando don Juan, embozado en su capa, sobre los ojos el chambergo, majestuoso y solo, acertó a pasar por ahí, a media noche. Valiente como el que más rara vez llevaba acompañantes, confiando en sus puños antes que en ministriles asalariados.

— ¡Alto ahí! — la voz era fingida y destemplada—. Don Juan se detuvo en seco al verse rodeado de cinco o seis negros bultos.

— ¡Hola! ¡Hola! ¿Y qué buscán usarcedes por acá, si me hacen la gracia de decírmelo?

— Va usía a saberlo ahora mismo—. Le esperábamos a vuesa merced para que nos haga el favor de alumbrarnos.

— ¿De alumbrarles? No entiendo.

— Sí, la noche está muy oscura. ¿No le parece?

— Oscurísima. Pero...

— Y aunque tenemos velas maldito si hemos hallado un mal candelero.

— ¿Y yo qué tengo que ver? Repito, ¿qué hacen ustedes aquí?

— Pues... Nos vamos a batir. Y a oscuras no se puede, señor Gobernador; es claro que no se puede.

—De chungu está su merced. Pero, ¡mal rayo si no castigo su insolencia!

Y rápido desenvainó con intenciones nada buenas.

Eso era lo que los malditos deseaban. Sin decir una palabra le desarmaron en dos por tres, y cuando el valiente mandatario volvió en sí hallóse atado de pies y manos, amordazado con un pañuelo y con los calzones en los tobillos... ¡Ah! El, que tantas lunas viera resplandecer bajo las espaldas del prójimo para los efectos del vapuleo, advirtió, impotente y temblando de ira desesperada, que le había llegado el turno...

—Ahora me calientan de firme estos pícaros — pensaba, forcejeando entre sus ataduras.

Pero sus enemigos no querían tal cosa.

Entonces tuvo lugar algo verdaderamente inenarrable, si ha de haber decencia en el lenguaje.

—Las velas, pronto, las velas...

—Aquí están.

—Bueno, enciendan la pajuela y defenderse del viento con capas y sombreros.

En procesión grotesca, gangueando un gorigori fúnebre, se acercó el de las velas.

—Ahora, señor Gobernador, háganos su señoría la merced de estarse quieto, que donde no, ¡puñales!, le cortamos el pescuezo y le dejamos en el sitio.

Y sudando frío, mugiendo sordamente en la actitud del bíblico Nabucodonosor, sintió el representante de la autoridad de su Majestad el Rey... ¿Qué sintió?

No es para dicho.

¡Y una tras otras fueron dos velas, hermanitos, ¡dos!

—¡Y eran de sebo!

López de Tormaleo se desmayó...

III

El señor Gobernador se tragó no diremos la píldora, las velas. Porque, ¿en quién saciar su justa venganza? Cuantas investigaciones hizo le resultaron fallidas. De los que sospechaba unos estaban ausentes *días ha*, y los demás probaron la coartada.

Esta aventura agrió más, si era posible, el genio del neurótico caballero, quien luego se vió comido de una amarilla ictericia; y si en Noviembre del citado año 1803 no va a reemplazarle en el mando de la provincia D. Melchor de Aymerich, no quedaba en Cuenca títere con calzones que no tuviera algún recuerdo de él.

Algo traslució de que en el feo trance le habían puesto los amantes desairados de sus inocentes niñas; y, sin encomendarse a Dios ni al demonio, las metió en un convento y no paró hasta verlas profesas.

Y despechado, con la cabeza, que nunca fué-
ra demasiado fuerte, llena de musarañas, mar-
chóse a Quito, se metió fraile franciscano, y ta-
les fueron sus penitencias y mortificaciones
que espichó, tres años después, en olor de san-
tidad, *ad majorem Dei gloriam*.

.....

Consumida de tedio y de amargura, una de
las chicas murió bien pronto en la clausura, y
setenta años más tarde la madrecita Tormaleo—
una viejecilla casi centenaria que, embanastada
en un gran canasto lleno de lana, y rematada-
mente loca, se hacía lavar los pies por las mon-
jas jóvenes—arrojaba sin cesar pequeñas pie-
dras por las tapias del monasterio, exclamando:

—¡Ay piedrecitas! ¡Cómo quisiera irme con
ustedes a conocer las calles de mi Cuenca!..

LA NOVIA DEL SARGENTO

I

—¡Oh! Esta es una mala broma del amigo Lamar—decía el Gran Mariscal de Ayacucho, en su campamento de Paquishapa, el día 12 de Febrero de 1829. ¡Va a ver si se burla de mí!... ¡Conque acepta mis insinuaciones de paz, y alza el campo durante la noche y se va sobre Girón, y en el transcurso mismo de las negociaciones se me mete en Cuenca!... ¡Mire usted la gracia que ha hecho en tomarse una ciudad completamente desguarnecida!...

Y volviéndose a un postillón cubierto de polvo y lodo, jadeante y sudoroso, añadía:

—Repita, repita usted eso... Así, pues, ¿hubo combate?

—Sí, señor general. *Antier* cayó de improviso sobre la ciudad una fuerza de caballería, al mando del coronel Raulé, e iba entrando a la plaza como si tal cosa.

—Y entonces...

—Entonces, mi general González y mi coro-

nel Tamariz sacaron a los enfermos del hospital, a los inválidos, y ¡púm!, ¡púm! Aquello fué una Babilonia. Buena parte de los papeles de la Municipalidad sirvió de tacos, y había cada descarga que se venía el cielo abajo. Pero eso no duró mucho...

—¡Ya lo creo!

—Y hubo capitulación y tratos, hasta que los peruanos cargaron con los dos jefes y se volvieron por donde habían venido...

—Está bien. Vamos a ver lo que pasa en Cuenca... por el camino de Girón. Es preciso barrer el país de peruanitos.

Y aquella misma noche, un centenar escaso de hombres, una compañía de granaderos de Cauca y veinte soldados del Yaguachi, marchaban sigilosamente con dirección al pueblo de Saraguro, poco distante de Paquishapa, en donde Lamar dejara algunos cuerpos de la retaguardia, con el objeto de ocultar su movimiento al caudillo colombiano.

El resultado de aquella admirable jornada es sabido. Avanzan los valientes en medio de la obscuridad; llegan al puente, lo encuentran cortado, y Urdaneta, jefe de la expedición, ordena vadear el río por donde fuese practicable. Ya en la orilla opuesta, arrollan a las avanzadas; persiguenlas hasta la cumbre, donde las amparan dos compañías. Sin detenerse a considerar lo exiguo de sus fuerzas, el bravo coronel León

tropa la eminencia con los veinte del Yaguachi, derrota a las dos compañías y se las lleva por delante hasta el pueblo mismo.

Ya en las inmediaciones de éste, hace alto. ¿Proseguirá la marcha? ¿No proseguirá? ¡Caramba! Porque al fin y al cabo, veinte muchachos, por valientes que sean, no son para aventurarse así no más... En esto, oye un tropel de jinetes a la espalda... ¡Magnífico! Ahora sí que la ha hecho una, famosa, y va a caer vivito como ratón goloso en trampa.

— ¡Alto ahí! ¿Quién vive?

— Colombia. Y refuerzo.

— ¿Quién manda?

— Yo, coronel León, ¡lea! Orden de don Luis: hay que seguir hasta el pueblo. ¿Cuántos le quedan a usted?

— Todos veinte. ¿Y usted qué trae, comandante Camacaro?

— Un piquete.

— Y con eso... ¡Bah! Lo mismo da. Conque adelante, y a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

— Amén, señor coronel.

Y la pequeña fuerza se divide en cuatro pelotones, y con gran bulla de clarines y cornetas, tocando desesperadamente a *degüello*, vase como una tromba sobre el enemigo por cuatro puntos diferentes.

¡Apenas eran mil trescientos hombres — los

bataillones *Primero de Ayácucho* y *Número 8.º* los que la aguardaban!

Los oficiales peruanos creen que el ejército entero de Sucre se les viene encima; dudan, vacilan, y apretan a correr. Tras ellos, los soldados... Y el pánico es tan general, que dejan allí parque, víveres, artillería, equipajes, semovientes, toda la impedimenta de la retaguardia, que el vencedor entrega a las llamas...

Clarea la aurora. Llega Luis Urdaneta, y como era un bárbaro capaz de toda atrocidad, da orden de incendiar el pueblo, so pretexto de que sus habitantes habían hecho migas con los invasores.

II

Ardía por sus cuatro costados el pobre pueblo de Saraguro...

El coronel Luque, con doscientos hombres, había completado la derrota, y los restos de la retaguardia de Lamar huían despavoridos por todos los caminos, y no pararon sino en Loja y la Papaya...

Ardía el pueblo de Saraguro, y entre las llamas y el humo veíase una mujer que, haldas en cinta, furiosa, enloquecida, aullando de ira y de venganza, en los ojos el resplandor trágico de un dolor innominado, se movía de aquí para allá, atizando las hogueras, llevando brazadas

de paja para arrojarlas dentro de las casas, y recogiendo del suelo con una actividad casi prodigiosa cuantas piedras encontraba en las calles y lanzándolas contra enemigos invisibles...

¿Quién era ella? La Historia no ha conservado su nombre; pero en el batallón Yaguachi se la conocía con el de *Nati la Lojana*.

Alta, robusta, morena, de mejillas arreboladas y ojos negros que eran un incendio, la niña de pata en tierra y refajo de bayeta azul había confirmado más de una vez, *coram populo* y con mano tan mugrienta como pesada a los soldaditos *del cuerpo*, que se le venían con arrumacos e indecencias... ¡Faltar ella! ¡En su vida! Porque para divertirse como una condenada y hartarse de chicha y zumo de caña, ahí estaba el sargento Parrales, a quien seguía en la campaña con fidelidad de perro, dándole de vez en cuando algunas de cuello vuelto que le dejaban santo... para tres días...

Crac... crac... Las míseras casas se venían abajo; y en tanto que desde allá, de las alturas circundantes, sus dueños lloraban desesperadamente, la endemoniada mujer, roja con los resplandores del incendio, los cabellos chamuscados y el rostro ardiente, bella con una belleza de Euménide, llevaba haces inflamados por las calles, gritando como una loca, mientras dos hilos de lágrimas, fruto de una desesperación

enorme; se le metían boca adentro por las comisuras de los labios...

El pueblo era un montón de escombros, y el vencedor, indiferente, trataba de recogerse a su campo. Suena el toque de reunión.

Entonces, tambaleando como ebria, Natividad se dirige con trabajo a un lugar cercano, donde varios individuos levantan a un muerto.

— ¡No lo lleven! ¡No lo lleven! — exclamó, suplicante.

— ¿Y qué? ¿Vas a comértelo, mujer?

— Esperen... ¡animales!

Y saltando más que corriendo, se precipita hacia el difunto, que yace sobre un charco de sangre, con una herida en el costado.

Reprime sus sollozos; pero, apoderándose del arma, que estaba junto al desdichado Parrales, la levanta sobre sí, exclamando:

— ¡Te he vengado, amor mío, Pedro mío! Mas tu fusil no ha de cargarlo ni dispararlo nadie, mientras yo viva. ¡Ea! Siento plaza, y ¡viva la Patria!...

Los soldados reían, pero ella no les hizo caso y dióse a seguir el ejército, aislada, independiente, siempre en la vanguardia, en el puesto de peligro siempre, sin consentir enamoramientos ni malas palabras, en una tensión nerviosa difícil de describir.

Y ¡hala! De Paquishapa a Nabón, por caminos horrorosos; de Nabón, por el páramo de

Mariviña, a las florestas andinas del Portete, cayendo y levantando; del Portete a Girón, hundiéndose en el lodo hasta la cintura, en medio de la niebla, bajo el frío y la constante llovizna de la puna solitaria...

Y allí, si el grave, el *impecable Sucre*, como le llamaba Bolívar, hubiera sido capaz de una mala crianza, le hubiese sacado la lengua al chasqueado Lamar, que tuvo que contentarse con sentar reales en los desamparos de San Fernando.

III

Han pasado trece días en marchas y contramarchas.

En la tarde del día jueves 26, Sucre se halla inquieto y nervioso en una casuca del punto denominado Shucay, distante cerca de dos leguas de Narancay, lugar inmediato a Cuenca, donde está acampado su ejército.

Espera a alguien, aguarda noticias, a alguno de esos excelentes espías, que tan buenos servicios le estaban prestando en la *campana de treinta días*, no obstante la mala voluntad de traidores y felones que andaban favoreciendo a los invasores de su patria.

De pie en la puerta, arrimado a un tosco pilar, con el antejo en la mano otea el horizonte... Y allá, en la distancia, mira el grupo de

una mujer y un indio, que con ese trotecito incansable de los aborígenes se dirigen a la casa.

— Bueno; parece que son ellos—murmura—, y haciendo un gesto de paciente resignación se sienta sobre un banco de tierra que hay en el rústico portal.

A poco llegan los esperados. La mujer — *Nati la Lojana*—se separa de su compañero; da media vuelta a la derecha y se pierde detrás de la casa. El indio entra.

Es un ente casi civilizado. Su actitud es resuelta e inteligente su mirada. Viste un amplio poncho de bayeta, calza sandalias de cuero (oshotas), y lleva en la mano el distintivo de la autoridad entre los suyos: un bastón de negra chonta, con empuñadura de plata bruñida y media argolla de lo mismo. Es un indio *alcalde*.

—Y bien, ¿qué hay, amigo?—pregunta el mariscal.

—Mi amo, que están cerquita. Deben de estar metidos ya por ahí, junto al Portete.

— ¡Hola! ¡Hola! ¿Puedes precisar el sitio?

—Sí, amo.

Y con el cuento de su bastón traza en el polvo un gran cuadro y va indicando, en términos clarísimos, mientras dibuja una especie de plano, los lugares donde es probable llegue el enemigo, con designación de nombres y explicación de los caminos por los cuales se

le puede salir al encuentro con ventaja (1).

El general sigue con vivísimo interés el trazado del indio; saca su cartera, lo copia, corrigiendo los delineamientos; guarda el apunte, después de contemplarlo un breve rato, y con viveza dice a los jefes que le rodean:

— Señores: tenemos el enemigo al alcance de la mano, y acabo de hallar el plan de batalla. ¡A caballo, y a alzar el campo!

Trabajó durante toda la noche en movilizar el ejército; pero al amanecer del memorable viernes 27 de febrero, tenía ya dos batallones y un escuadrón en la entrada del Portete, frente a las huestes enemigas.

IV

La alborada era obscurísima. Una húmeda y densa niebla pesaba en la atmósfera, y los soldados tiritaban de frío, en profundo silencio.

De pronto, suenan las descargas; y el escuadrón *Cedeño*, que forma la vanguardia, se encuentra a tiro de fusil de toda la división del argentino general Plaza.

— ¡Ea! ¡Arriba, muchachos!—grita el heroico Camacaro, y se adelanta para practicar un reconocimiento casi imposible en medio de la sombra.

(1) Tradicional, lo mismo que el episodio de *la Lojana*.

Nunca tal lo hiciera aquel memorable negro que en el campo de Junín logró salvar al general Necochea, sacándole herido del fragor de la lucha. Porque, al avanzar con cautela, se le desboca asustado el caballo, y en carrera loca le lleva contra el enemigo.

Camacaro hace esfuerzos desesperados por contenerlo; mas inútil su afán, se siente irremisiblemente perdido, y trata de vender cara la vida.

Se afianza entonces en los estribos, se tiende en el arzón delantero y baja y enristra la formidable lanza.

Allá va como un huracán entre las filas enemigas, repartiendo a derecha y siniestra mortales botes, atropellando cuanto encuentra al paso.

Cae el corcel; pero él logra levantarse como un rayo, espumarajeando de cólera, terrible, amenazante.

—¡No le maten! ¡Es un valiente! —grita un jefe; pero ya es tarde. Camacaro cae fulminado por centenares de balas (1).

Entretanto, los ochenta del *Cedeño* aguantan a pie firme el empuje de la división enemiga. Llega el *Rifles* y le refuerza; pero el *Rifles* es atacado por los ciento cincuenta escogidos de *Piedrahita*, que venían en su auxilio; y los

(1) También tradicional.

amigos se baten, debido a una equivocación originada por la obscuridad.

Al fin, la luz se hace sobre la pampa de Tariqui y los desfiladeros del Portete. Flores se presenta con el *Yaguachi* y el *Caracas*, al mismo tiempo que acuden, de la parte contraria, Lamar y Gamarra con fuertes divisiones. Dase una carga digna de los días épicos, y a las siete de la mañana alumbra el sol una victoria más de Colombia la Grande.

Guevara, Brown, Alzuro, Zerdeña persiguen a los prófugos, vencen las últimas resistencias y el ejército peruano capitula.

Y cuando el mariscal recorre el campo, en las primeras hileras de los caídos mira con sorpresa una mujer tendida boca arriba, abrazada a un fusil todavía humeante, que se desangra en silencio por una ancha herida en el costado.

El vencedor detiene su caballo.

—¿Quién es esta infeliz?—pregunta compadecido.

Los jefes se encogen de hombros; pero un oficial se apresura a contestar:

—Mi general, es *Nati la Lojana*.

—¿Qué *Lojana*?

—Pues... la novia del sargento.

EL DESQUITE

I

En una obscura noche de Junio de 1859, dos figuras casi misteriosas caminaban a lentos pasos por las calles de la ciudad de Lima, en dirección del Palacio de Gobierno. Ambas eran altas e iban arrebuñadas en holgadas capas y cubiertas las cabezas con sendas *chisteras* relucientes.

Eran dos hombres, y marchaban en silencio, como entregado cada cual a sus pensamientos, que nada tenían de bellos ni consoladores, si se hubiese podido ver la hosquedad de sus semblantes y el sombrío fulgor de sus miradas. En ellos había tal vez más dolor que cólera y más ansiedad que dolor; pero impulsábales un mismo decidido afán.

De pronto, uno de ellos abrió la boca para decir, como resumiendo una idea íntima, que le atormentaba;

—Después de todo, si esto fuese una celada...

—¡Hombre! Don Gabriel, ¿y por qué?—replicó vivamente el otro—. ¡Todo un Presidente de la República!

—¡Yo que sé, mi amigo don Pedro! Dicen que el *viejo* es un marrullero.

—Sin embargo, como nada tiene que temer ni recelar de nosotros, y sí algo que esperar, según entiendo, no veo yo la razón por qué quiera armarnos una trampa, cuando tan fácil le sería cogernos cuando le diese la gana.

—En fin, vamos a ver...

—Sí, vamos a verlo e inmediatamente, porque ya estamos cerca.

En esos tiempos no era todavía muy profuso el alumbrado público en la Ciudad de los Reyes; pero aun cuando la plaza hubiese estado iluminada *a giorno* y el Palacio de los Presidentes como una ascua de oro, nuestros hombres titubearon un poco, cambiaron dos palabras entre sí, dieron la vuelta, y en vez de avanzar a la puerta principal se dirigieron a una excusada, a la que llamaron discretamente.

Alguien contestó en el acto, alguien salió. Era un edecán:

—Buenas noches.

—Buenas noches, señores. Por acá. Tengan la bondad... Hace un rato que les estaba esperando... Síganme.

—Muchas gracias.

Y los dos hombres tiraron tras del oficial,

por una escalera de servicio mal barrida y peor alumbrada. Después de la escalera se encontraron con pasillos y corredores, hasta que al fin el guía se detuvo ante la puerta de un gabinete, y haciendo a sus acompañantes señal de que aguardasen, se coló por ella, después de haberla golpeado con los nudillos. Salió inmediatamente:

— Caballeros: su excelencia les espera. Pueden ustedes pasar adelante.

Entraron. Era una pieza estrecha, pobrememente alhajada, de desnudas paredes. Una lámpara colocada sobre una pequeña mesa, arrojaba menguada luz en el aposento; y de pie, junto a esa mesa, con la una mano apoyada en el tablero y metida la otra en la abertura del pecho de una flamante levita militar, aguardaba un anciano de blanca barba y mirada altiva.

— ¡Excelentísimo señor...!

— Felices noches, señores. Entren sin cumplimiento y siéntense... ¡Ah! ¿Es el señor doctor Moncayo quien viene con el señor doctor García Moreno? ¡Cuánto me alegro!

Y de una frase en otra, la conversación tomó interés, un interés inmenso para los nocturnos visitantes. El más alto, el de los ojos de fuego y semblante adusto bajo una ancha pensadora frente, se llamaba don Gabriel García Moreno. El otro, retraído y meditabundo, más viejo que su compañero, se llamaba don Pedro Moncayo,

y quien los recibía de tan extraña manera era nada menos que el presidente del Perú, excelentísimo Gran Mariscal señor don Ramón de Castilla.

Hablaron largo y tendido el primero y el último de los personajes expresados sobre cosas concernientes a la política ecuatoriana. Don Pedro se mantenía reservado, pero los otros tampoco le hacían caso.

—Mire usted, señor García—exclamaba el Presidente—. Esto puede arreglarse en dos por tres. Mi expedición proyectada a Guayaquil resultará, al fin y al cabo, más beneficiosa a los patriotas de la República de ustedes que a los mismos intereses peruanos, que represento. ¿Yo a qué aspiro? A cubrir las apariencias, por de pronto, para que no padezca nada la honra nacional; pues el señor Espinel, ya que juzgó violenta e inconducente la nota de nuestro ministro Cavero, debió usar otros procedimientos, quejarse a mi Gobierno, pedir explicaciones, discutir...; y, no señor, se la devuelve como si tal cosa, y le saca del país... ¿Que no? En derecho de gentes, enviar los pasaportes a un diplomático extranjero, es llanamente expulsarle del territorio. Y, sobre todo, ¿quién decía que esa era la última palabra?

—Pero señor...—comenzó don Pedro Moncayo.

—¡Oh! ¡No me diga usted nada, caballero!

¡Si sabré yo lo que me pesco!... Y, después de todo, sea cual fuere la cuestión, aquí tratamos únicamente de prestarnos mutuo apoyo. El Perú necesita en el Ecuador un gobierno estable y honrado que garantice a sus vecinos la seriedad de los propios procederes, y con él sería fácil entenderse en esta cuestión de límites... Y ustedes están llamados a hacer ese Gobierno, en lugar de la zahurda que han anarquizado el país, formando una administración de locos. ¿No quieren? Pues nada he dicho; porque le tengo bloqueado a Guayaquil y recursos me sobran para imponerme allá por la razón o la fuerza.

Y así continuó por buen espacio de tiempo, ya amenazador, ya lisonjero, siempre sagaz. García Moreno no pudo resistir la tentación, y a las dos horas salía de la conferencia aliado del Presidente peruano, que no quería otra cosa que invadir el territorio de esta República con el auxilio de los hijos del Ecuador...

—¿Conque, trato hecho y amistad jurada, señor don Gabriel?

—Trato hecho, señor General.

—Buenas noches.

—¡Buenas!

II

Los dos hombres volvieron a su alojamiento más hoscos y sombríos de lo que fueron, y no desplegaron los labios hasta llegar.

—¿Qué le parece a usted? — le dijo don Gabriel a don Pedro.

—Amigo, quiero usar de franqueza. Siento que usted haya dado ese giro a la cuestión...

—¿Y por qué?

—Nosotros no necesitamos la alianza de Castilla (1); y aun cuando la necesitásemos no deberíamos solicitarla del enemigo de la Patria... Castilla quiere borrar las derrotas vergonzosas de Saraguro y Tarqui, anular los tratados de 1829 y apropiarse del rico e inmenso territorio amazónico que nos pertenece.

—Usted sueña, doctor Moncayo.

—No, mi amigo, yo no aceptaré una liga semejante.

—¿Y entonces?...

—Busquemos el apoyo de un gobierno más leal y desinteresado que el gobierno cartaginés del Perú.. Y, ¡no cuente usted conmigo!

—¡Usted tiene miedo!

—Sí, tengo miedo de manchar mi oscuro nombre con una traición abominable...

(1) Véase la obra del Dr. Moncayo.—Pág. 245 de la edición de Santiago de Chile.

Los dos hombres se separaron disgustados, cada uno a seguir su destino...

III

Retrocedamos unos cuantos meses. Estamos a 4 de Abril del propio año de 1859, y en la noble ciudad de Guayaquil, que bloquean buques de la escuadra peruana.

Es también la prima noche. Unos cuantos bultos armados se deslizan por las calles oscuras y silenciosas. ¿Adónde van? Presto lo sabremos. ¿Qué quieren? Ya lo vamos a ver.

Llegan a una casa: es la del excelentísimo señor Presidente Robles. Se destaca un hombre; los demás quedan a la puerta.

El hombre sube. Es el bravo comandante Darquea, que no las tiene todas consigo; así es de peliaguda la comisión que lleva. Entra.

He aquí esos buenos ciudadanos. En tanto que el enemigo ocupa el Golfo ellos, que representan el poder político de la nación, juegan tranquilamente al rocambor.

—Señor Presidente... Señor General Urvina.

—¡Hola! ¿Qué hay, amigo Darquea?...

—Pues... ¡nada! Que ustedes están presos y van a seguirme inmediatamente.

—¿Cómo presos? ¿Está usted loco?

—No hay que alterarse ni meter bulla. ¡De orden del General Maldonado!... Evítenme ha-

cer uso de la fuerza que queda abajo... Y sin más explicaciones..

Saca la espada, llama su gente. Cogidos de improviso, los otros magistrados se resignan, siguen a Darquea, bajan la escalera en el momento en que alguien subía por ella. Es el General D. Guillermo Franco.

—¿Qué hay, compadre?—le dice éste al Presidente Robles.

—Nada compadre..., que me llevan preso.

—¿Y quién es el atrevido?

—Yo — contesta Darquea.

—¡Cómo! ¡Al Presidente de la República!

—Sí, de orden del General Vicente Maldonado.

—Pues... ¡tome!...

Y rápido como un relámpago se apodera de un fusil de los de la escolta, dispara y tiende a sus pies al desventurado Darquea...

El golpe fracasó. Aquel tarambana de Maldonado, sugestionado por los de Quito, pues en aquel tiempo todo era conspiraciones y locuras, corrió con su división sublevada, en tanto que los peruanos presenciaban divertidos, desde sus buques, tan consoladoras escenas, que nos estaban haciendo felices y grandes a los ecuatorianos.

Y luego se presenta García Moreno a bordo de una barca de guerra peruana, y se mete tierra adentro por las serranías, y es derrotado en

Tumbuco, y Urvina fracasa en Cuarentún y caen las fuerzas de Robles en Quito, y se subleva Daniel Salvador en Cuenca, y se erige Franco de Jefe Supremo, y se declara en ejercicio del Poder Ejecutivo el Vicepresidente Carrión en el distrito de Uzuay, y salen de fuga Robles y Urvina, y viene Castilla con el resto de la expedición y ocupa tranquilamente la llanura de Mapasingue... conforme a los anteriores consejos de García Moreno, que regresara al Ecuador a intrigar contra el triunvirato militar, correspondiéndose con sus amigos de la capital bajo el amparo de la bandera peruana.

Refiriéndose a esta época de anarquía en que estuvo a punto de naufragar la nacionalidad ecuatoriana en la charca cenagosa de la discordia intestina y en el conflicto de la invasión extranjera, dice D. Antonio Borrero que dicha época fué la más brillante de García Moreno, y que desconocerlo sería desconocer la luz del sol.

Así será. Pero queda en medio la traición. Por espíritu de bandería, por derrocar un Gobierno realmente detestable, fué en busca de compadrazgos y auxilios a una nación entonces enemiga que, en aquel tiempo como hoy, quería arrebatarnos una parte del territorio nacional, y cuyo jefe había de insinuar bien pronto al General Franco la conveniencia de la anexión de Guayaquil a la República peruana.

IV

El resto es conocido.

Después de la vergonzosa expansión de Mapasingue, Castilla y su fastuosa expedición se retiraron de aguas ecuatorianas, dejando el país como un vivero anarquizado, sin haber cruzado un tiro y sin sacar más provecho que aquel convenio desaprobado en el mismo Perú.

A éste le costó ocho millones la descabellada aventura de su viejo Gran Mariscal, y lo del Portete quedaba por vengar.

Pero merced a la situación creada al año siguiente se había de levantar García Moreno con el poder; García Moreno, que ya iniciara en Ambato y en Mocha la era de venganzas y sangre.

Y ahí estuvo el desquite.

DESINTERÉS

Llovía a cántaros; y para mayor tormento, el río había salido de cauce, hinchado y espumoso, arrastrando en su rápida corriente, con ruido ensordecedor, piedras y troncos. ¿Cómo iban a resistirlo aquellas tropas fatigadas por una larga caminata que, con Bolívar, se dirigían de Barinas a Guanare, en busca de las fuerzas del General Páez?

La noche caía densa, impenetrable; y en aquel lugarejo de «La Yuca» era locura ponerse a buscar siquiera un ruin paraje que protegiese de la lluvia y del viento.

Pero hombres eran aquellos a quienes no arredaban dificultades: y ateridos de frío, calados hasta los huesos, hambrientos y cansados, hubieron de agruparse en cualquier parte, para esperar con paciencia la terminación del aguacero, el descenso del río o, por lo menos, la luz del nuevo día.

Y dicha fué si su excelencia el Libertador halló una mala choza pajiza donde guarecerse

en compañía de sus tenientes Pérez, Salom y Briceño.

El local era estrechísimo; mas las circunstancias no consentían pedir gollerías, y en él se metieron los cuatro, bendiciendo la buena suerte que tal asilo les proporcionaba.

Pasaron una noche de perros; y cuando, al fin, clareó la aurora en un horizonte brumoso, la situación no había cambiado: continuaba la lluvia, seguía crecido e invadeable el río. La gente languidecía de cansancio y el fastidio de los jefes llegaba al colmo.

¿Eso no más para don Simón y sus compañeros? Pues, acurrucados en su estrecho refugio, no la pasaban mejor que el resto del ejército. El techo de la casuca era un cedazo viejo, y por él entraba el agua sin obstáculo de ninguna clase, empapando a los míseros, que no tenían una mala camisa con qué cambiar las que llevaban puestas...

¡Y el tiempo apremiaba, y era indispensable pasar ese río, si habían de continuar la marcha!

Dos días duró tan agradable fiesta, que puso a dura prueba la paciencia de los expedicionarios...

Encerrado Bolívar con los tres jefes mencionados la noche desagradable de su llegada, sintiendo correrle el agua por sus ateridos miembros, comenzó una de las largas peroratas con que solía solemnizar los actos más difíciles de

su vida; y extendióse en consideraciones sobre la guerra que estaba haciendo, pues esto acontecía en 1821, y el rabo estaba por desollar en la campaña de Venezuela, aunque hubiese lucido ya el sol de Boyacá y estuviese reunido el Congreso de Cúcuta.

Cierto; la América podía defenderse por sí sola en la guerra de la Independencia. Donde las tempestades, los ríos, los llanos inmensos, los bosques impenetrables, los volcanes y las cordilleras podían ser, y eran, auxiliar poderoso de los lidiadores de la libertad, buena parte del triunfo estaba asegurado, con tal de que no faltasen arrojo y paciencia. Prueba de ello dió el mismo caudillo y los bravos que le acompañaban, en aquella terrible campaña de Nueva Granada, cuando trasmontaron la cordillera por caminos impracticables, hundiéndose en el fango, rodando por abismos pavorosos, bregando con el frío, con el hambre, con la desnudez, cayendo y levantándose en jornadas que parecían inacabables... Y al fin, después de hallarse casi perdidos en páramos y tremedales, llegaron al llano, y, vencida la Naturaleza, rindieron a Barreiro e hicieron huir al virrey Sámano...

—¿Recuerda usted Salom, la alegría del ejército, cuando en Betoyes se le racionó con plátanos?

—¡Cómo no la he de recordar, mi General!

—¡Ah! Se puede decir que hacía dos días que

no comía; y, sin embargo, no se quejaba...

—No se queja tampoco ahora, señor—se aventuró a decir el General Briceño—. Y lo que nos está pasando, no es para divertir a nadie... ¡Bah! Prefiero un buen tiroteo.

—Cuando se escriba la relación de nuestros combates—continuó Bolívar—y se cuenten los prodigios de valor de nuestros soldados, y su aliento en todas las adversidades, la historia antigua, llena de héroes y de pinturas exageradas, perderá gran parte de su importancia, porque se verá excedida por la verdad.

Hubo un momento de silencio, durante el cual cada uno se abismó en sus recuerdos o sus esperanzas, respetando el recogimiento del Libertador, que, con la mente en las vagas visiones del porvenir, casi no advertía los hilos de lluvia que caían del techo y empapaban sus vestiduras...

*
* *

Al fin pudieron moverse, maltrechos y descontentos; y el 19 de Mayo llegaron a Guanare, donde le esperaba a Bolívar un oficio del Congreso.

¿Qué era ello? ¡Poca cosa! Los padres concritos no admitían la renuncia que él hiciera, en días anteriores, de su cargo de Presidente de la República. Era necesario todavía su mando, mientras la Independencia no estuviese comple-

tamente conquistada y hubiese ejércitos realistas en el territorio de la Patria. Él, que había hecho surgir a Colombia a los golpes de su espada vencedora; él, que era el único indiscutible y la única valla capaz de contener el torrente de ambiciones que hacía años se había anunciado ya sobre los mismos campos de batalla, en días de desolación y ruina, no podía ni debía retirarse de los negocios, dejando a medio construir el edificio político a tanta costa principiado.

Bueno: él no se retiraría, no lo querían sus conciudadanos; no lo hubiera permitido su valiente ejército y acaso habríanlo impedido los mejores de sus generales, pero era preciso dar una muestra de honradez, de generosidad, de desinterés personal, que pusiese de manifiesto que ninguna esperanza mezquina, ningún miserable afán de lucro le empujaba por esa carrera de heroicidades y sacrificios.

¿Que daría? ¿A qué renunciaría? Él no tenía nada, arruinado como se hallaba por aquella larga guerra; y su único bien, la espada, habíala puesto, junto con la vida, al servicio de la naciente Patria... Tenía la Presidencia; pero la devolución de ella no querían aceptársela...

Y se acordó de que le habían asignado un sueldo; que de ese sueldo apenas dispusiera una pequeña parte, para acudir a las necesida-

des de su familia, de sus compañeros de trabajos y gloria y a las suyas propias.

¿Cuánto había recibido hacía ya dos años? Una bicoca: 14.000 pesos, y en tanto, desde 1819, debieron haberle dado 25.000 anuales como general en jefe y 50.000 como Presidente de la República.

Una nación que recién se formaba no era posible estuviese para semejante dispendios. ¡Pues a renunciar ese crédito!

Y como lo pensó lo hizo. Aquel mismo día dirigió una comunicación al Congreso, noticiándole su resolución. Refiriéndose a los 14.000 pesos que en un momento de apuro girara a cargo de la Tesorería de Bogotá, añadía:

—El objeto a que los destiné y las sagradas obligaciones que satisfice con ellos, me han recompensado ampliamente de los derechos que renuncio a favor del Tesoro Público.

Los diputados de Cúcuta no se anduvieron con ridículos puntillos de honor, y en su contestación al héroe, se expresaban así;

—Bien puede el Libertador Simón Bolívar renunciar ante el futuro Congreso los sueldos, gracias y asignaciones que le tocan por las leyes; pero teniendo presente su amor a la libertad, su constancia infatigable por defenderla, su integridad y desprendimiento, jamás podrá renunciar a la gratitud de Colombia, que es su mayor patrimonio.

«¡Venturosos tiempos aquellos—exclama un historiador al narrar este hecho—, en que había desprendimiento en unos, nobleza y sensatez en otros, patriotismo y virtud en todos!»

Pero estas virtudes no duraron mucho, a lo menos para los ciudadanos que, al empuje de malas pasiones, habían de consumir la muerte de la nación, nueve años apenas después de la época a que nos estamos refiriendo. La gratitud de Colombia fué efímera, como su duración en el rol de las naciones, y antes de que el Libertador saliese en busca del destierro, ya se alzó contra su pecho el puñal de Septiembre...

Años después renunciaba Bolívar el millón que quiso darle el Perú; y cuando, después de haber vendido sus alhajas y empeñado su crédito por una suma miserable, moría bajo extraño y hospitalario techo, no tuvo una camisa con que sus amigos le amortajasen.

* * *

Es ésta, acaso, una vieja historia y sobrado conocida. Pero bueno es traerla de vez en cuando a la memoria de las generaciones presentes, entre quienes suelen producirse caudillos que combaten por su cuenta y razón en defensa de la libertad, y han hecho una vez y otra, en cuantas son las naciones de la América independiente, de las instituciones públicas un pre-

texto de especulaciones indecorosas, poniendo la libertad, el orden, la justicia, la civilización y el progreso a cuento de ganancia. Y pocos serán los jefes de partido a quienes les fué propicia la fortuna, que se hallen en el caso del hombre singular que nos dió independendia y vida política sin una camisa con que cubrir su desnudez, después de haber manejado la fortuna de los pueblos en tiempos de tormenta y con poderes omnímodos...

DESPUES DE BOYACÁ

I

—De manera que, excelentísimo señor, la próxima victoria de las tropas de nuestro amo el rey pondrá en peligro la capital, y será cosa de apretar a correr—exclamó con sorna uno de los circunstantes.

El viejo Sámano frunció el entrecejo y miró de hito en hito al burlón, sin proferir una palabra, y éste sintió un súbito malestar, porque el virrey no era hombre que aguantase pulgas, siendo para él cosa de juego dictar una orden de fusilamiento.

Y estaba de Dios que fuese él mismo quien al propio engaño propendiera en esa grande emergencia de su vida. El Ejército libertador se le venía encima, salido del fondo de las llanuras venezolanas, y él hacía lo de las tortugas: recogerse en su concha. No sólo publicaba boletines, esparcía noticias falsas, hacía correr rumores favorables, sino que dió en reunir en su palacio a las personas notables de Santa Fe de

Bogotá para hacerles tragar las bolas más fenomenales. Ya era la destrucción de un numeroso cuerpo de caballería republicana en Corrales de Bonza, ya la pérdida de la infantería en Gámeza, ya, en fin, la derrota completa en Pantano de Vargas. Santander no valía un comino; Rondón era un jefe de bandidos; Rook y los pillos de sus desarrapados ingleses, unos vagabundos, y Bolívar... ¡bahl, en cuanto a Bolívar, como le cogiese vivo, ya podía contar con la horca.

Y derrotados, mermados, deshechos y confundidos, los malditos insurgentes avanzaban, avanzaban sin cesar, no obstante las *victorias* de aquel atolondrado de Barreiro, que ayudaba a mantener las ilusiones del anciano gobernante, dando como triunfos los reveses que estaba sufriendo. El individuo que hiciera la observación que dejamos arriba apuntada estaba, pues, en lo justo: ¿qué clase de victorias eran las del general español, que permitían avanzar constantemente al enemigo, cada vez en mejores condiciones?

En esto vino la gorda. ¡Batalla de Boyacá!... El virrey salió de estampía, presa de un pánico terrible, dejando la capital abandonada a su propia suerte, y el pobre Barreiro, con toda su oficialidad y parte de su ejército, estaba en poder del vencedor.

Estos son hechos muy conocidos. A Bolívar le celebraron fiestas triunfales las bellas hijas

del Funza, y el héroe, pasado el fervor del entusiasmo cívico, dejó la ciudad al cuidado del vicepresidente de Nueva Granada, general don Francisco de Paula Santander; y como todavía no se reputaba concluída la campaña, fuése a entender en cosas de la guerra.

Barreiro y los suyos quedaban a buen recaudo, tratados con las consideraciones debidas, hasta que Sámano se sirviese contestar—que no contestó—a la carta del Libertador, en que le proponía el canje de prisioneros, «individuo por individuo, grado por grado, empleo por empleo».

Y aquí comienza nuestra historia.

II

El sacerdote aquel era compasivo y varón a quien no le faltaban sus puntos y ribetes de filósofo. Llevado del amor al prójimo, y considerando que las peripecias de la guerra podrían llevar a los suyos, si no a implorar, a merecer la compasión de los insurgentes:

—No les mate, señor, no les mate—imploraba al General Barreiro, empeñado en fusilar a treinta y cuatro prisioneros patriotas que habían caído en sus manos después de la acción de Gámeza—. Déjelos vivir; y recuerde usted aquello de «hoy por ti, mañana por mí».

—No se meta en lo que no le importa, padre

cura—contestó el jefe realista—. Yo les paso por las armas ¡córcholis!, como le fusilaría al mismo Bolívar si llegase a cogerle...

Y no pudieron razones. Los treinta y cuatro fueron victimados: entre ellos había jóvenes oficiales de buenas familias, a quienes su jefe, el General Santander, apreciaba mucho.

Quien consumó ese inútil atentado acababa de firmar su propia sentencia de muerte en la página negra del porvenir... Después de Boyacá el que posteriormente había de ser llamado por sus compatriotas el *Hombre de la Ley*, puso buena cara a los vencidos, estrechó la mano del adversario en desgracia, brindó con él y alentó sus esperanzas de pronto rescate.. Pero el odio fermentaba en su corazón ansioso de venganza.

Y llegó el 10 de Octubre de aquel año de 1819. Por la noche, un movimiento inusitado de soldados se advirtió junto a la casa donde en cómodas salas estaban alojados los oficiales prisioneros; y a poco, fueron éstos sacados de allí y conducidos—en número de treinta y ocho—a un edificio de la plaza principal que servía de cuartel a un cuerpo de caballería.

Las horas avanzaban con lentitud abrumadora, y nada bueno sacaron en consecuencia los presos cuando vinieron unos hombres y les remacharon a cada uno un par de grillos. Por la madrugada se les hizo saber que iban a morir. Era la hora de Santander.

A mediodía los sorprendidos bogotanos presenciaban un espectáculo vergonzoso.

Por las puertas del cuartel salían trabajosamente cuatro hombres, que comenzaron a arrastrarse hacia el lado opuesto de la plaza, con indecible trabajo, porque los grillos que llevaban a los pies les quitaban la libertad de acción. Sostenido por dos de sus desgraciados compañeros, camina despacito un joven alto, bello, pálido, en cuya blanca frente pega el sudor de angustia los rizos de su negra y espesa cabellera. Brilla en sus ojos una tranquila resignación, plégase su boca en sonrisa desdeñosa, y hace esfuerzos por mantener erguido y en actitud militar su airoso cuerpo... No puede: los padecimientos del encierro, los despechos de la derrota, aquel súbito derrumbamiento de sus esperanzas de libertad, le han agobiado; y no obstante su probado valor y las energías de su edad florida, avanza como un anciano valetudinario... Ese joven es el General D. José María Barreiro, el jefe realista vencido en el puente de Boyacá. A su lado marchan su segundo, el coronel Jiménez y dos oficiales, sus parientes.

Así cruzan el ancho cuadrilátero, en medio de una doble fila de soldados. Menos odiados sus treinta y cuatro compañeros, marchan al patíbulo aliviados de hierros.

La multitud es inmensa, y se han tomado las precauciones para que no brote el escándalo de

alguna manifestación piadosa. Allá, al frente, están los fatídicos banquillos; y al otro lado, en las puertas del Palacio de Gobierno, el Vicepresidente, General Santander, a caballo, rodeado de su brillante Estado Mayor, en medio de una fuerte escolta, se dispone a presenciar la ejecución...

III

—Hijo mío, pobre hijo mío; te lo dije, te lo advertí — iba murmurando al oído de Barreiro el mismo clérigo del campamento de Bonza—. Ahora no hay sino que ponerse bien con Dios y aceptar el patíbulo como el primer escalón para subir al reino de los cielos.

—Bueno, padre; pero ¡corcholis!, hágame un favor, el último.

¿Qué quiere usted?

—Que me le llame al coronel Plaza.

—¿Cuál?

—Pues al coronel Ambrosio Plaza, he dicho; ese que manda la parada.

—En el acto.

Desempeña su misión el clérigo, y el jefe patriota dirige su caballo al grupo donde iba el moribundo.

—Mande usted, señor Barreiro.

—Quisiera, coronel Plaza, me concediese usted, como hombre de honor y como militar pun-

donoroso, un favor: no se niega el postrero a quien va a morir dentro de un instante.

—Diga usted, General.

—Yo, amigo mío... amaba y era amado..., iba a casarme, cuando la desgracia me ha sorprendido.. —la voz se le empañá, mas él procura reaccionar, y continúa—: Ruego, pues; se sirva usted entregar a...—y murmura un nombre en el oído de Plaza— este medallón ,que es el retrato de *ella*. El es su hermano, y sirve a sus órdenes.

Y saca del pecho un pequeño medallón que contiene la figura de una mujer bonita. Míralo breves momentos, emocionado: una lágrima rebelde corre por sus mejillas; besa apasionado el retrato, murmurando: «¡Adiós, vida mía! ¡bien mío! no te olvides de mí, y sé más feliz de lo que yo he sido». Luego suspira, y entrega su prenda al militar republicano.

—La entregaré al hermano, señor: puede usted morir tranquilo.

— ¡Oh!, mil gracias.

—¿Nada más, General?

—Nada más. Adiós, coronel Plaza.

—Adiós, General Barreiro.

El patriota se inclina lentamente y hace el saludo militar. El fúnebre cortejo llega al lugar de la ejecución.

Están todos en fila. Las escoltas avanzan; primero el jefe: que muera él antes. Le dan, por lo menos, este último consuelo.

Pónenle de rodillas... ¡y le fusilan por la espalda, como a un traidor! ¡Las víctimas de Gámezta estaban vengadas!

El sacerdote extiende las manos, sollozando, y envía a todos la bendición postrera.

Tras de Barreiro, Jiménez; tras de Jiménez, los parientes de Barreiro; en pos de éstos, los demás...

El General Santander permanece impassible. ¿Cayó el último? Entonces, en medio de la estupefacción circundante, alza la voz y arenga al pueblo, hablándole de la patria, de la libertad, del perdón de las injurias y del prestigio de la gloria.

El pueblo calla. Despechado el futuro *Hombre de la Ley*, hace una seña a los suyos, y se ponen en marcha. A la cabeza va una banda de música, que entona alegres tocatas; y el señor Vicepresidente y su Estado Mayor prorrumpen en un canto militar y sangriento, alusivo al acto que acababan de consumir...

Entre tanto, algo sucede en la plaza. Sale de por ahí un pobre diablo de español, trémulo, enloquecido; y a la vista de los ensangrentados cadáveres, prorrumpe en grandes voces:

—¡Miserables! ¡Canallas! ¡Asesinos!

Sus gritos atraen gente... El sigue maldiciendo a los patriotas, con ademanes descompuestos, trémulo de dolor y de ira. Es tal vez algún hermano, acaso algún padre de los que yacen

allí, con el rostro sobre la tierra, despedazados por las balas, en cadalso afrentoso...

Llega la noticia a oídos del General Santander. Se indigna; detiene su caballo, y dice cólerico:

—Que lo cojan y lo fusilen ¡sobre la marcha!...

—Pero, General...

—¡Eh! ¿Quién replica? ¡Yo mando!

—¿Y por qué fusilarlo?

—¡Canastos! Por entrometido. ¿Quién le dió vela en este entierro? Siga la música, y reanudemos el canto...

Y ¡pum! ¡pum! ¡pum! Cuatro tiritos, y el español del cuento no quedó para repetir la manifestación de su irascible piedad por nadie.

Lo que decía don Fransisco de Paula, pocos días después, refiriéndose a los realistas.

—Si ellos nos degüellan cuando caemos en sus garras, ¿por qué no los podremos degollar nosotros si caen en nuestras manos? (1).

(1) Textual.—Todos los casos de esta narración son absolutamente históricos. Vid. Baralt, Restrepo, Larrazábal, O'Leary, etc., etc.

LAS LIBERTADORAS

Cuando al salir de la lujosa tienda de campaña levantada en el Egido, donde los patriotas quiteños acababan de ofrecer un espléndido refresco a su excelencia el Libertador, vió éste ante sí, a cuatro patas, a aquel honorable aristócrata que se le brindaba como escabel, y cuyo nombre no hemos de decir, si bien consta en libros, por no avergonzar a sus descendientes, ¡qué asco habría tenido y cómo consideraría de bajo y ruin nuestro carácter!

—¡Monte, excelentísimo señor, monte; yo no soy digno ni aun para estribo de vucencia!...

No dicen las crónicas si Bolívar le arrimó un puntapié a aquel indecente; pero de seguro que lo merecía...

Felizmente los quiteños fueron vengados por aquella Manolita Sáenz, tan bella como varonil, que comenzó por apedrear con coronas a don Simón, de tal modo que casi da con él en tierra el día de su entrada en la capital, y concluyó por trastornarle el juicio con un coqueteo

de los diablos y ponerle más tarde en graves apuros, con salidas de tono, extravagancias y caprichos que poco tenían de femeniles, especialmente cuando vestida de hombre, lanza en mano y dirigiendo hábilmente fogoso bridón, se iba al escape sobre los santandereanos de Bogotá, a efecto de deshacerles sus conspiraciones, o caminaba mano a mano con el héroe, con grave escándalo de las gentes, fumando pitillos como una desesperada.

Pero si disgustos le daba con sus locuras y tranquila desaprensión en exhibirse, también le salvó la vida el 25 de Septiembre de 1828, con grave riesgo de la suya, pues hubiera muerto a manos de aquel animal de Carujo, que la llevaba arrastrada de los cabellos por los corredores de la casa presidencial, sin la oportuna intervención de Horment.

— ¡Canastos! Aquí hemos venido a matar a Bolívar y no a pegar a mujeres indefensas! — cuentan que dijo el francesito aquel, arrebatando a la infeliz de las brutalidades del jefe venezolano, que dos años más tarde había de pedir en pleno Congreso la expulsión de Bolívar del territorio que sus esfuerzos y constancia hicieron independiente y libre...

Y no fué la Sáenz la única *Libertadora*, por más que, con poquísima aprensión, y viviendo su marido, se alzó con la primacía y el santo y la limosna. Fueron varias. Porque Bolívar era

hombre sobrio en el comer, el beber y el dormir; trabajaba mucho, pensaba más, manejando «ora la espada, ora la pluma», como dice el poeta conquistador; pero solía desbarrancarse por el sexto mandamiento que era una desdicha; y si buena independencia nos dió, no dejó por eso de cobrar diezmos y primicias.. en las chiquillas donosas que se le antojaban. Y si muchas cayeron por vanidad, ofuscadas por los resplandores de gloria de aquel hombre, cuyo carácter de fuego es conocido en la historia, o bien por afición declarada, no faltaron quienes inclinaron la flor de su virginal belleza al alcance de las manos pecadoras del héroe empujadas por sus mismas familias o por los honrados directores de la política local, que de tan bella manera hacían de los polvos de madre Celestina un amuleto para medrar, lisonjeros, a la sombra del genio...

* * *

Bolívar se aproxima a Cuenca.. ¡Cuál tiembla de emoción el honorable Ayuntamiento y andan vecinos y autoridades como gatos con valeriana!

Primero, el *encuentro*, ya se sabe: la gran calbagata que avanza hasta las afueras de la ciudad, en confuso tropel, con banderolas y gallardetes... Luego, el discurso de estilo; el regreso por las calles endoseladas, bajo arcos de ramas y festones, la comilona de cuarenta o cincuenta

platos, en bárbara abundancia y servida en valiosa vajilla de reluciente plata; los brindis; si acaso, un poco de baile para terminar el día, y a las once de la noche cada mochuelo a su olivo... ¡Y el Libertador tan contento! Por fortuna, no se acostumbraba todavía por estos trigos aquello de las *veladas literarias*, con acompañamientos de pitos y flautas...

El programa se cumplió religiosamente, y lo de la coronita resultó agradabilísimo. Mala música, peores discursos... y un primor de ángeles y querubines, que venían a ceñir con una rama de laurel la frente del vencedor. Allí estaba la poesía de la fiesta, en las chicas, pues, por lo demás, figúrense ustedes que no existía aún el sobado himno nacional con que ahora se saluda, tocado por las bandas militares, hasta la aparición triunfal de comiquillas en teatros de segundo orden y de *género chico*.

Llevaba, como quien dice, la voz cantante una ojinegra preciosa, en la flor de sus dieciséis años. Alta, con redondeces de mujer, blanca y sonrosada; parecía un angelito de retablo con su vestido blanco, su flotante velo y los negros ricillos sobre su frente candorosa.

Se adelantó temblando, con los ojos bajos y las mejillas como ascuas. En los encendidos labios, rojos como la flor del granado, las sonrisas hechiceras querían terminar en auténticos pucheros, y el pechito se le levantaba en oleada

tumultuosa... A pocos pasos de distancia los sacerdotes de la fiesta la animaban con ojeadas y significativos ademanes, y el *coro de señoras* le susurraba un jadelante!, por lo bajo, que más confundía a la pobrecita muchacha.

—Excelentísimo señor... —la voz era melodiosa, pero salía como empapada en llanto, y los temblequeadores ricillos del peinado se le pegaban con gotas de sudor sobre la grácil cabezita...—Excelentísimo señor... —y cerrando los ojos, como quien se precipita a una muerte segura, por un esfuerzo poderoso de la voluntad, soltó de carretilla el mal aprendido discurso, terminando entre los aplausos de la enorme concurrencia.

Bolívar la miraba fijamente..., fijamente..., clavando en ella sus ojos de águila, mientras le pasaban por la cabeza pícaros pensamientos que comunicaban un ligero temblor a sus nervios de acero .. Terminó la ceremonia.

Bolívar ya no sonreía; estaba serio y un poquito conmovido. Con frases galantes y breves agradeció el obsequio a la ciudad. Y luego, con un movimiento súbito, irresistible, atrajo a sí a la chica, y entre un huracán de aplausos y bravos de los circunstantes, la besó en la frente...

La niña temblaba de emoción.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Aurora, excelentísimo señor.

—¿Y tus padres?

Ella declinó, ruborosa, los nombres y apellidos de los autores de sus días, y a poco la reunión se disolvió...

Todos se hacían lenguas de la magnificencia de la fiesta y de la gracia de la jovencita. Solamente un zagalón que estuviera allí presente, con la boca abierta y las manos en los bolsillos, con ojos relampagueantes cuando la escena del beso, tendía los puños con ira reconcentrada en dirección del lugar por donde se retirara el Libertador, exclamando entre dientes:

—¡Ah! ¡Ladrón! ¡Pícaro!...

Déjenle ustedes hablar, es el novio...

* * *

Bolívar estuvo pocos días en la capital azuaya, pero los suficientes para que la pobre Aurora se quedase llorando y desesperada...

Y cuentan los viejos que a la salida de don Simón, el novio—que años más tarde fué el legítimo marido—se subió sobre una eminencia, desde la que presenciaba el desfile una multitud inmensa de curiosos, para maldecir, como Balaam, al robador de su dicha.

Pero que le sucedió lo que a Balaam: que, llevado por el entusiasmo general, se olvidó de sus imprecaciones y gritó con todas sus fuerzas, mientras le corrían las lágrimas por las imberbes mejillas, un «¡Viva el Libertador!», que resumía un poema de desesperación y de impotente cólera.

EL VASO DE AGUA

I

Mohinos y maltrechos se adelantaban, al cansado trote de sus fatigadas cabalgaduras, dos caballeros, en la mañana del lunes 18 de Enero de 1546, por la llanura de Egido de Quito y con dirección a esa capital. Iban pesadamente armados con morriones de hierro, corazas, espalderas, golas, lorigas, brazales, manoplas, canilleras y más impedimenta que las armas de fuego han desterrado por completo, y que sólo los hombres de aquella edad eran potentes a resistir durante semanas enteras, lo mismo bajo el sol de los trópicos que en los hielos de la puna solitaria.

El uno era alto, seco, erguido y de recia contextura; caíale sobre la coraza una luenga barba blanquísima; el otro, armado de negro, era menos alto, pero a juzgar por sus miembros de roble parecía más fuerte.

—No, no—decía el viejo en animada charla— que ni ahora ni nunca esperen de mí semejante

despropósito, señor D. Sebastián de Benalcázar. Que no les convienen las ordenanzas reales..., ¿y a mí qué? Harto se me alcanza que con ellas se les quitá a los españoles el beneficio de la conquista y se pone coto a sus rapacidades crueles; pero yo he venido no para interpretar las leyes y discutir su conveniencia, sino para ejecutarlas, y las ejecutaré al pie de la letra—lo he dicho cien veces—, sean cuales fuesen sus consecuencias.

—Y ya ve vuestra señoría, señor virrey, cuáles han sido esas consecuencias. Revuelto el país desde el Potosí hasta Popayán; ardiendo la guerra civil hace ya muchos meses, muertes y violencias por todas partes, y su merced, señor Núñez Vela, representante en estas tierras de la persona de su sacra y católica majestad el Emperador, cuando no preso, fugitivo, abandonado de todos, y corriendo de Tumbes hasta Pasto como una fiera acosada por una jauría, delante de ese Gonzalete Pizarro, para el cual todo son facilidades.

—¡Facilidades! Que se cuide, pues si llevo a cogerle, como seguramente le atraparé, ya puede considerarse ahorcado.

—Sí, pero entretanto...

—Entretanto, ¿qué? Son achaques de la guerra, señor Adelantado...

—Mientras tanto, señor virrey, el tal Pizarro está en mejores, en mucho mejores condiciones

que nosotros; y me parece, si vuestra señoría lo tiene por conveniente, que tratemos de hacer algún concierto con él vista la ventaja que nos lleva en gente y en armás; y, desde luego, ofrézcome a ir en persona y sin armas a negociar con él.

—Los traidores, señor Adelantado, no tienen palabra ni jamás la saben cumplir, y pues el Rey os hizo caballero sabed pelear como tal.

—Habla así vuestra señoría por ser del *escuadrón de salud*...

—¡Cuerpo de tal, señor de Benalcázar! A la hora del combate la primera lanza que se rompa será la mía.

Callaron un momento Virrey y Adelantado, y deteniendo los caballos volvieron la cabeza para mirar atrás. A poca distancia caminaba un gran grupo fatigadísimo. Serían cosa de trescientos soldados, entre infantes y jinetes, que se arrastraban con pena por la pampa húmeda...

La jornada había sido cruel para aquellos infelices, que de un tirón se venían desde la orilla del Guailabamba, por una disposición estratégica del virrey, que le estaba saliendo enteramente fallida.

La noche anterior había éste levantado bonitamente el campo, a cuyo frente, río por medio, estaba el real de Pizarro; y esguazando con trabajo indecible, en silencio profundo, el cau-

daloso torrente, con el objeto de tomarle la espalda al enemigo, se precipitó en una marcha loca, en medio de la oscuridad, bajo una lluvia cerrada, por caminos sin camino, rodando por abismos y pendientes, hundiéndose en el lodo, cayendo y levantando, en confusión enorme... Y después de andar y andar, la claridad del día le mostraba inmediata la ciudad de Quito, y, por tanto, la retaguardia de Gonzalo lejos, muy lejos, ocho o diez leguas al Norte... ¡Chasco más grande!

Los capitanes ordenan la tropa, despléganse las banderas, suenan cajas y trompetas y entra la gente en la antigua ciudad de los Shyris, que años atrás fundara ese mismo prudente Benalcázar, que venía con el señor virrey D. Blasco Núñez Vela.

Avanzan los soldados por las lodosas calles... Están, más que desiertas, fúnebres, casi tétricas. Los vecinos han cerrado puertas y ventanas, y no discurre alma viviente al aire libre...

De pronto se entreabre la hoja de una puerta y asoma por la abertura la cabeza de una muchacha, en cuyos ojos chispea la curiosidad.

«Uno... dos... tres... cinco... diez... ciento...» Les recuenta como a borregos en manada a los guerreros de Carlos V, y al fin hace una mueca de admirativo desprecio.

—Chist... chist...

Admirado el virrey vuelve la cabeza y pregunta:

—¿Es a mí, hija mía?

—Sí, señor. ¿Usía es el señor visorrey?

—Sí, soy yo. ¿Qué me quieres?

—Hágame la merced de acercarse un poco.

—¿Para qué?

—Es un secreto. Puede que le interese mucho; ahora inclínese otro poco; así, y oiga... El señor D. Gonzalo Pizarro...

Y se pierde su voz en un chichisbeo pronunciado en la oreja del anciano. Escúchale éste abriendo mucho los ojos y palideciendo; y cuando ella acaba, exclama un «¡Gracias!», que suena a suspiro de despecho.

—¡Caramba!—continúa en alta voz—. Que no haya habido uno siquiera que me hubiese dicho la verdad, ni espías, ni frailes, ni clérigos...

—¿Qué verdad, señor?

El viejo no contesta. ¡Cómo iba a desmoralizar a su tropa diciéndole que aquella muchacha acaba de informarle acerca del número exacto de gentes que siguen a Pizarro, y que ese número es el triple del que tiene él! ¡El, que apenas posee pólvora y que anda tan escaso de municiones!...

La impaciencia le hostiga, fatígame una sed abrumadora... Se acerca a una puerta y llama:

—¿Quién es?

—Yo.

—Pero, ¿quién yo?

— Abra la buena mujer, y vea.

La puerta se abre, y en ella aparece una pálida mujer vestida de negro, con la cabellera suelta, y un niño en brazos. Al ver a don Blasco, quédase plantada, con la boca abierta, los ojos llenos de espanto fijos en el sudoroso rostro del viejo... Después de un momento de estupor, hace un esfuerzo y con voz breve y ruda, en la que había inflexiones de asombro, de dolor y de odio, pregunta secamente:

—¿Qué quiere?

— Un vaso de agua, por la caridad de Cristo; un poco de agua a un soldado que se muere de sed.

— ¡Agua!... ¡Yo!... ¿A mí me pide su señoría agua?

— Sí. ¿Tiene algo de extraño?... ¿Cómo es tu gracia, mujer?

— Mari-Juana.

— Pues bien, ¿hay agua en casa para mí, Mari-Juana?

— Sí, señor; sí, la hay. Se la traigo en el acto.

A poco vuelve con un gran vaso lleno hasta los bordes. Núñez Vela bebe con ansia, y al acabar exclama nuevamente «¡Gracias!»

— De mal agüero me parece esta agua, señor — dice sonriendo la mujer al recoger el vaso.

— ¿Por qué?

— Porque... porque...

— Acaba, mujer.

— Pues, porque Pizarro tiene mucha gente...

El otro se encoge de hombros y continúa la marcha hacia la plaza. La mujer cierra la casa y le sigue.

Tiene hambre el señor virrey del Perú; ¿qué comerá? Al fin salen tres mujeres españolas y le dan por todo desayuno un mísero panecillo y un pedazo de rábano, que devora el anciano en media plaza, mientras oye cariñosos pronósticos—siempre fatales—que, fiado en la astrología, murmura en su oído su venerable amigo el franciscano fray Jodoco.

La pálida enlutada, detrás de él, le mira con sus ojos de odio profundo, pensando:

—Sí, de mal agüero... de mal agüero... Porque... porque... ¡Ah, tirano, tirano, tirano!...

II

Porque... porque... ¿Por qué?

Mari-Juana bien lo sabía; pero no era para dicho en las blancas barbas del infortunado virrey...

Cuando ella cerraba los ojos y miraba pa-a sus interiores, una ola amarga de dolor y angustia le subía a la garganta; pues allá, en la distante Tomebamba veía una horca plantada de apuro, y colgado de ella un hombre de ros-

tro cárdeno, la lengua afuera y babeando, saltados los ojos, las manos atadas a la espalda, que se bamboleaba, se bamboleaba en movimiento sin fin, cuyas oscilaciones la volvían loca... Se abrazaba entonces a su pequeño, y vertía sobre su inocente cabeza un diluvio de lágrimas quemantes.

—¡Infeliz! ¡Huérfano y solo en el mundo! Y tan pobres, tan miserables, tan lejos de la patria los dos; perdidos en las soledades de este mundo nuevo al que había venido en solicitud de fortuna... ¡Ah, la ambición del aventurero complementada con una muerte en la horca!...

¡Su amante Gil era tan bueno, tan leal y caballero ¡Y le había ahorcado aquel viejo loco del virrey, que dudaba, lleno de desconfianza, hasta de su misma sombra... ¿El capitán Gil se entendía con Pizarro, en ese desbande general, en ese *sálvese quien pueda* que cada día iba dejando más aislados a los estandartes reales? ¡Y qué le importaba a ella! Cuestión de hombres políticos; lo sustancial era que su marido fué ahorcado por orden del virrey, en junta de aquel otro desgraciado capitán Serna... Y también ahorcó a Diego de Ocampo, y fusiló en Riobamba a tres frailecitos franciscanos y mandó ejecutar en Quito a Estacio, a Ojeda y a Carvajal... ¡Y esto, después de la estocada traidora con que personalmente víctima, a impulso de su carácter irascible, en una

acalorada discusión, al factor real Illán Suárez de Carvajal...

Así, ¿cómo no se le habían de desertar todos, soldados, capitanes, hasta el mismo teniente de gobernador Díaz Pineda, y no le había de traicionar la escuadra, y protestar contra él aun las piedras de la calle? ¡Ah, tirano, tirano, tirano!...

¡Y venir a pedirle un vaso de agua! ¡A ella! A la mujer del ajusticiado! ¡Bonito agüero para el viejo cruel que en mala hora les enviara su católica majestad el Rey!

De pronto, la dolorida y vengativa Marijuana oye un estrépito de mil demonios en las calles cercanas... Escucha atenta; y con rápido movimiento, recoge las faldas y emprende carrera veloz con dirección a su casa, gritando:

— ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Mi pobrecito hijo!

¿Qué era? Nada; que la soldadesca hambrienta entraba a saco en la ciudad, en busca de alimento... Fruto natural de la primera guerra civil entre blancos que presenciaba la ciudad heroica...

Y el virrey sudaba angustias, cada vez más desalentado. ¿Para qué se vino, pues, a estas Indias con un cargo que solamente amarguras le estaba dando? ¡Y qué larga, inmensa caminata, siempre entre sustos y peligros, hambres y necesidades, al frente de un puñado de hombres que se le desgranaban a cada momento! ¡De Lima a Quito, de Quito a Tumbes, de Tumbes

nuevamente a Quito, de ahí a Pasto, en busca de auxilios, y de Pasto otra vez a la ciudad fundada por Benalcázar, en una campaña sin fin, transmontando la agria cordillera una vez y otra, vadeando ríos enormes, medio perdido en la gran soledad americana, con el enemigo a los alcances y la traición en su propia tienda, a los pies de su mismo lecho!..

¿Qué mal había hecho? El Rey había dictado unas ordenanzas en defensa de la raza indígena, que cortaban las garras a la codiciosa crueldad de los encomenderos, quienes, según los informes del venerable Padre Las Casas, iban despoblando el mundo descubierto cincuenta años antes por Colón... ¿Que a dichos encomenderos no les convenían las ordenanzas? ¡Pues está claro! Pero él, Blasco Núñez Vela, enviado al Perú expresamente para poner en práctica la real voluntad, ¿qué iba a hacer? Pues que la obedezcan y joróbese el que se jorobase... ¿Rebelión, guerrita civil? Pues a ello; y unos estoqueados, ahorcados otros, fusilados aquellos, ya que querían sangre, en sangre había de ahogar la revuelta: sangre de rebeldes, sangre de espías, sangre de traidores, sangre de simples sospechosos. Eran las circunstancias, que se imponían con fuerza irresistible...

No le había ido bien en el empeño; destituido, preso, desterrado, abandonado de casi todos, su campaña era una fatigosa carrera, un

moverse sin término, acosado por lebreles poderosos, según la frase de Benalcázar; pero él estaba dispuesto a vencer o morir en la demanda, y ¡por Dios! ya era hora que esa venganza tuviese fin, de un modo u otro...

¡Y venirle el Padre Jodoco con la simpleza de que los astros le decían que sería vencido el que de la ciudad saliese a la guerra! ¡Cuerno! De alguna parte se había de salir, y a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga...

Lo esencial consistía en cumplir el deber.

Esto pensaba, probablemente, su señoría en tanto que Mari-Juana, escondida en el fondo de su miserable vivienda, derramaba lágrimas quemantes sobre la cabeza de su inocente niño.

III

— ¡El enemigo! ¡El enemigo!

Este grito sacó de sus tristes meditaciones a Núñez Vela. De un salto se puso a caballo, pues no obstante su ancianidad, era varón robusto y curtido en cosas de guerra, y en un santiamén ordenó su pequeña tropa y salió de la ciudad al encuentro de Pizarro. Era ya bastante entrada la tarde...

Gonzalo avanzaba con celeridad, advertido el engaño con que sigilosamente se le escapara el virrey de las orillas del Gauillabamba, y tomó posiciones en San Millán, cuidando de guardar

su flanco con defensas naturales. Núñez Vela se situó en las afueras de la entonces reducida ciudad de Quito, cubriendo su espalda con la quebrada de San Juan y extendiendo sus avanzadas por el Egido hasta muy cerca del enemigo.

Después de un momento de vacilación abrió los fuegos la infantería de los leales, y el escuadrón del virrey arremetió contra la caballería de Pizarro.

La carga fué brillante. El viejo guerrero cumplió su palabra, rompiendo la primera lanza de la jornada. De un bote descabalgó a un caballero, de apellido Montalvo, y echando mano a la espada, se metió peleando por la hueste contraria.

El choque desconcertó por un momento a los de la facción rebelde, y el escuadrón fué arrojado, no obstante su brava resistencia.

Era de ver el empuje de esos buenos castellanos fieles al Rey. Allí, Hernández de Girón, armado de una partesana, hace proezas dignas del canto; el valeroso Sancho Sánchez de Avila se revuelve entre los enemigos con un gran montante, y distribuye a dos manos tremendos golpes, que son otros tantos contrarios en tierra; Benalcázar rompe por todas partes, herido y sangriento, batiéndose con serenidad admirable... Ya vencen, ya cantan victoria los leales, cuando sale la gente de ese bribón del oidor

Cepeda, que seguía el partido de los rebeldes, en auxilio de la tropa que retrocede; a recibirlo se adelanta otro oidor, el licenciado Alvarez, que el virrey traía consigo... Los dos colegas, los dos abogados combaten como si otra cosa no hubieran hecho en su vida, con bravura digna de experimentados jurisperitos, y la acción se restablece. Toma parte la infantería, y agobiados por el número, flaquean los del virrey, se intimidan y echan a correr, en tanto que cae Benalcázar, y Sánchez de Avila, en medio de una turba de enemigos, hace prodigios de valor y destreza con su temido montante, extenuado, manando sangre por más de una herida, y al fin rueda también del caballo... ¡Ah, los bravos caballeros!...

¿Y el virrey? Al grito de *¡Santiago y a ellos!*, se había precipitado en la lid, seguido de unos veinte, y continuó combatiendo con sombrío coraje, hasta que, atacado por cuatro a la vez, que le golpeaban y le herían, muerto de fatiga, cae al suelo sin conocimiento y agotadas las fuerzas. Venle caer los suyos y se declara la derrota... Esto sucedía en Santa Prisca, en el lugar que ocupa hoy el Seminario, según lo fija y determina con escrupulosa exactitud el historiador obispo doctor González Suárez.

Derribado yace el desventurado viejo, en el punto donde sus agresores le dejaron, cuando aciertan a pasar por ahí un soldado llamado Sa-

linas y cierto sacristanzuelo que andaba en aquél del combate, no dicen las crónicas a qué título. Reconócenle, y a toda prisa van a contárselo al vengativo licenciado Carvajal, sobrino de aquel D. Illán, a quien Núñez Vela mata en Lima tiempos atrás, el cual sobrino vagaba discurriendo por el campo a los gaitos: «¿Dónde está el virrey? ¿Dónde se halla ese traidor de Blasco Núñez?»

Llega corriendo a todo galope, y, ya sobre su enemigo, le dice a grandes voces:

—¿Me conoces? ¡Yo soy el sobrino del factor, a quien tú asesinaste!...

Y se arroja del caballo, espada en mano, dispuesto a degollar al caído.

Núñez Vela abre los ojos en silencio, como atontado.

En esto se acerca Pedro Puelles y le dice con ira a Carvajal:

—¡Cómo, señor licenciado! ¿Va vuesa merced a manchar su espada ultimando a un caído? Menester es ése para otras manos.

—Pues que le mate el negro—contesta Carvajal.

Y el africano avanza con su cuchilla levantada, en tanto que unos sujetan por los pies y otros por los brazos el cuerpo inerte del anciano.

—*Miserere mei Deus*—comienza a balbucir el mísero, cuando cae sobre su cuello la cuchilla

infame; y el clérigo Francisco Herrera extiende sus manos sobre él para darle la absolución postrera.

¡Ea! Ya está concluída la tarea. Como a un cerdo le han cortado la cabeza al señor visorrey por manos de un esclavo; pero es preciso llevar esa cabeza a Quito... No era fácil. ¿Por dónde agarrarla? Esos indecentes le habían arrancado las venerables barbas para adornar sus gorras con mechones de ellas, y el virrey era calvo.

—¡Eh! ¡Lo mismo da!— dice el negro infame.

Y tira una cuchillada sobre una de las mejillas, para abrir un hueco; mete por ese hueco los dedos, sácalos por la boca, y con tan bárbaro trofeo pendiente de su mano, marcha a la ciudad tras el ejército victorioso.

.....

.....

Era ya noche cerrada.

El cuerpo del virrey había quedado completamente desnudo en la pampa, ya solitaria, y la sangrienta cabeza, amarrada a la picota en la plaza pública, era escarnio de los vencedores..

Y en los grupos de los que la contemplaban, destacábase la figura de una mujer, alta, pálida, vestida de negro, que abría mucho unos ojos en los que chispeaban el odio y el placer de la venganza satisfecha.

—Lo dije; sí, lo dije. ¿Qué podías esperar, cuando tu mala suerte te trajo a mi puerta a pedirme un vaso de agua? ¡Ah, tirano, tirano, tiranoj...

Y abrazando convulsa al pequeño que en los brazos traía, derramaba un diluvio de lágrimas quemantes sobre su inocente cabeza.

LA ENTREVISTA

I

El 25 de Julio de 1822, una noticia *sensacional*, como ahora decimos, cundió con la rapidez del relámpago de un extremo a otro de la ciudad de Guayaquil.

No era para menos. Si aun hoy la presencia de algún personaje de campanillas, la llegada de un artista de fama europea, o simplemente el arribo de un barco de guerra, sacan a la ribera a todos los papamoscas de la población, calcúlese si en aquellos días de exaltación patriótica, frescos todavía los laureles de Pichincha, no habría sonado como un cañonazo la noticia de que don José de San Martín, vencedor en Chacabuco y Maipú, general de la Argentina y Chile, «Protector» del Perú, estaba en aguas ecuatorianas e iba a llegar a Guayaquil de un momento a otro...

Por entonces se hallaba aquí Bolívar, en la tarea de organizar los departamentos del Sur que acababan de entregar a la vida indepen-

diente el valor y la fortuna del joven Sucre, y no fué él quien menos se sorprendió con el impensado viaje del héroe del Plata. ¡Ya era mucho dos libertadores en una misma ciudad! ¿Pero qué venía a hacer San Martín? El no tenía ingerencia alguna en los asuntos de Colombia; se le había auxiliado como se pudo en sus empresas en tierra peruana; y si traía la intención de apoyar el partido que quería anexar esta ciudad al Perú, ¡a buena parte acudía!

Pero era necesario hacer los honores de casa en toda regla y recibir al general extranjero como sus altos hechos y grandes servicios a la causa de la libertad americana lo merecían. Así, inmediatamente, despachó don Simón a su edecán el coronel Torres, con una carta llena de afecto y de términos encomiásticos.

«Yo me siento extraordinariamente agitado, decía, del deseo de ver realizada una entrevista, que puede contribuir en gran parte al bien de la América Meridional, y que pondrá el colmo a mis más vivas ansias de estrechar con los vínculos de una amistad íntima al padre de Chile y el Perú.»

No creyó esto suficiente el Libertador, y el 26 pasó a bordo de la goleta *Macedonia*, a saludar a San Martín.

El encuentro fué efusivo. Bolívar, hombre nervioso, amigo de las grandes frases y de las situaciones teatrales, se fué derecho, con los

brazos abiertos, al guerrero del Sur, personaje de temple moderado, modesto, frío de carácter, muy calculador y un poco egoísta. Se abrazaron como dos viejos camaradas, y los que estuvieron presentes aplaudieron conmovidos. Eran dos fuerzas que se unían, eran los elementos de una epopeya que se amalgamaban sobre las tablas de un buque, bajo la inmensidad del sol ecuatorial...

El bote estaba listo, junto a la escala del buque. Bajaron a él los dos libertadores, y presto un gentío inmenso que se había congregado en el Malecón, vióles cruzar las calles, trabados del brazo, y llenó los ámbitos con sus estruendosas aclamaciones...

II

¡Y aquí te quiero ver escopeta, señor Gobernador y señora Municipalidad!

Porque si hogaño andamos apuradillos para dar con un programa nuevo en las fiestas patrias, y una vez y otra se repite el cuento de luminarias, cohetes y músicas por todo festival, ¿qué sería antaño, cuando no existían bomberos que hagan juegos de agua, y el alumbrado de gas y el eléctrico no se conocían ni en sueños?

Pero nuestros padres no se ahogaban en un dedal, y como a falta de pan buenas son tortas,

en un santiamén dispusieron una fiesta de órdago, con comilona y baile, que no había más que ver.

Al pobre vencedor en Chacabuco no le dejaron tranquilo un momento. Las mismas señoras, sin andarse en etiqueta más o menos, impelidas por la curiosidad y el patriotismo, se metían de rondón, y como Pedro por su casa, en el alojamiento de don José, que seguramente estaría dado a los diablos con trajín semejante.

Y vino la coronita. En plena casa consistorial, una preciosa chiquilla le plantó una corona sobre la cabeza, recitando de corrida el discurso de estilo.

— ¡Gracias... gracias..., un millón de gracias! ¡Ah, no se había creído él que por estas latitudes nos solemos tener tiesos en lo concerniente a entusiasmo cívico, y que no nos cansamos hasta darle vueltas y ponerle de revés al ídolo del día!

«¡Gracias... gracias..., un millón de gracias!...» Pero el caso es que no se había molestado en hacer un viaje desde el Perú para oír discursos y tener el gusto de que las guayaquileñas fuesen a verle en su alojamiento como cosa rara y curiosa. El había venido...

¿Para qué había venido a Guayaquil el general San Martín?

Es digno de llamar la atención el hecho de

que la entrevista de los libertadores haya dado lugar a tantas cavilaciones y falsos supuestos, cuando desde el principio se supieron todos los incidentes de ella y por boca del mismo Bolívar, que no sabía callar nada cuando le convenía.

Se han publicado lindas fantasías al respecto. Como para nadie han sido un secreto las opiniones de San Martín en cuanto a la manera monárquica de organizar y gobernar los pueblos libertados, se ha dicho que propuso a Bolívar el establecimiento de uno o dos grandes imperios en América, que ellos se encargarían de conducir con mano fuerte y bajo un régimen constitucional de escasa libertad política, y que nuestro don Simón se negó categóricamente a ello, por el espíritu liberal y republicano de que dió tantas muestras en su carrera pública.

Puede ser que en las conferencias que tuvieron a puerta cerrada los dos campeones, haya habido algo de esto, al tratar sobre generalidades y forma de gobierno; pero San Martín no vino a eso: vino sencillamente a pedir auxilio para la continuación de la campaña del Perú, en virtud de un reciente convenio firmado por los plenipotenciarios del Colombia y el Perú, para auxiliarse mutuamente en la guerra con España. Esto, a lo menos, era lo ostensible. Oigámosle a él mismo, en una carta al General Miller, fechada en Bruselas, el 19 de Abril de

1827, que, con otros curiosos documentos del Protector, se publicó no hace mucho en Buenos Aires:

«En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el de reclamar del General Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú; auxilios que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América), lo exigía por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada, cuanto el Ejército de Colombia después de la batalla de *Pichincha* se había aumentado con los prisioneros y contaba con 9.000 bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el Libertador, me declaró que, haciendo todos los esfuerzos posibles, sólo podía desprenderse de tres batallones con la fuerza total de 1.070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra; pues estaba convencido que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia; así es que mi resolución fué tomada en el acto, creyendo de mi deber hacer el último sacrificio en beneficio del país. Al siguiente día y a presencia del Vice-almirante Blanco dije al Libertador, que habiendo dejado convocado al Congreso para el próximo mes, el día de su

instalación sería el último de mi permanencia en el Perú, añadiendo: ¡Ahora le queda a usted, General, un nuevo campo de gloria en el que va usted a poner el último sello a la libertad de la América!... A las dos de la mañana del siguiente día me embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote, y entregándome su retrato con una memoria de lo sincero de su amistad. Mi estancia en Guayaquil no fué más que de cuarenta horas, tiempo suficiente para el objeto que llevaba...»

Este párrafo, cuya autenticidad es incuestionable, huele a resentimiento y a despecho, y no es, desde luego, la expresión completa de la verdad. Bolívar no había pedido auxilio al Perú para libertar el territorio colombiano: sencillamente le exigió la devolución del batallón *Numancia*, que se había declarado por la Independencia en la plaza de Chancay y prestado excelentes servicios en la campaña del Perú. San Martín, con el objeto que veremos, en vez del *Numancia* le envió la división de Piura, constante de 1.100 plazas, al mando del General Santa Cruz.

¿Estaba Colombia en condiciones de entregar todo el contingente de sus fuerzas para la guerra de la independencia del Perú, una vez finalizada la suya con la batalla de *Pichincha*? La situación no era tan brillante como San Martín la pinta, ni tampoco necesaria toda la potencia

de Colombia para libertar la vecina República, según hechos posteriores vinieron a demostrarlo sellando en Junín y Ayacucho, con sello glorioso, la independencia americana.

Sea de esto lo que fuese, el hecho es que los dos hombres se separaron disgustados. «Volvió a Lima muy poco satisfecho de Bolívar— escribía el General Heres—, contra quien concibió desde entonces un odio que ha conservado y manifestado siempre.»

Bolívar le vió desde la cumbre de su altivez, considerándole como una especie de jesuita con charreteras a quien habían encumbrado los azares de la guerra; y los escritores colombianos le tratan muy mal, singularmente cuando se meten a hacer paralelos entre los dos libertadores.

III

La madre del cordero está aquí. Refiriéndose a esta venida y a esta petición de auxilios, dice el General O'Leary en sus Memorias:

«Este era en apariencia el objeto ostensible de su visita. Sin embargo, se susurró entonces que las miras del Protector eran menos amistosas y sinceras, y que creyendo llegar él a Guayaquil al mismo tiempo que la división de Santa Cruz, y mientras el Libertador estuviese ocupado en Quito, daría aliento con su presen-

cia al partido peruano y quizás lograría la anexión de la provincia (de Guayaquil) al Perú. El carácter de San Martín pudo haber dado motivo a esta sospecha, la cual adquirió más fuerza al notarse cierto desagrado y preocupación en su semblante durante su corta estancia en Guayaquil.»

¡Repetimos que a buena parte venía el protector si traía en cartera semejante proyecto! ¡Ya para entonces, a dicho partido peruano se le había llevado la trampa. Bolívar no le dejó resollar, y por acto autoritario, sin cuidarse de representaciones, había agregado Guayaquil con todas sus dependencias a la República colombiana!

No queda bien la figura de San Martín en esta intriga a todas luces innoble; y más, si pretendía apoyarla con los peruanos y argentinos que nos trajo Santa Cruz. Lo cierto es que le salió el tiro por la culata, y a poco se retiraba de la escena, lleno de despecho, y quizás con el alma mortificada por el demonio de la envidia, que no perdona ni a los grandes hombres...

Dice don Luis Cordero, refiriéndose a la entrevista, materia de este artículo:

...Y fué en tu seno,
Guayaquil hechicera, *codiciada*
por todo malhechor, donde avistados
uno y otro gigante,
el argentino resignó su espada,
y el colombiano audaz... pasó adelante.

El colombiano audaz había pensado siempre en la campaña del Perú. Recuérdese la noche terrible de Casacoima, en que vencido, en peligro de muerte y con poquísimas esperanzas (era en el año de 1817, cuando el Pacificador Morillo no tenía quien le tosiere en Venezuela y Nueva Granada), se puso a discurrir a toda máquina sobre sus futuras empresas libertadoras, hasta el punto de hacer dudar de su juicio a sus admirados oyentes. Desde entonces hablaba ya del Perú..., ¡qué!, hablaba hasta de Cuba; y el mísero no contaba sino con algunos cientos de hombres díscolos y tornadizos, desparramados por las orillas del Orinoco y sus afluentes...

Volviendo a San Martín, diremos que tal vez creyó advertir egoísmo en el Libertador, al decirle éste que no le podía dar más de esos mil y tantos hombres que, unidos a la división de Santa Cruz, formarían una fuerza muy respetable. Egoísmo, ¿por qué? Para tomar sobre sus hombros la nueva empresa, y completar su gloria. La cosa no era fácil; pues la fábrica de San Martín en el Perú estaba edificada sobre arena, como se vió en 1823, cuando hubo necesidad de rehacer todo: el Ejército, el Gobierno, la administración, el patriotismo, contra los mismos peruanos que, en unión de los soldados argentinos de San Martín, entregaron a Rodil la plaza del Callao y se pasaron a los españoles con

escandalosa imprudencia, llevados de su odio a los colombianos; la cosa no era fácil, repetimos, pero se hizo. Y no fueron, ciertamente, nueve mil hombres, ni muchísimo menos, los que llevó Bolívar de las orillas del Guayas a las márgenes del Rimac. Pero en esas escasas divisiones iban Sucre, Córdova, Lara y el tremendo Laurencio Silva, como le llama el coronel don Manuel A. López en sus *Recuerdos históricos*. E iba también la fortuna de Colombia.

IV

Lo del proyecto de coronación vino muchos años después, en 1826, y no fué, por cierto, idea de Bolívar, quien no se dejó tentar un momento, sino de sus generales y aduladores, que acaso tenían ya entre cejas el propósito de desgarrar en jirones la nueva nacionalidad, arrojando previamente al Libertador por un despeñadero sin fondo. Y conste que el autor principal de este enredo fué el general Páez, que, cuatro años más tarde, había de dar el primer hachazo sobre la unión colombiana separando Venezuela, y que en esa labor le acompañó el general Flores, que completó la muerte de la gran nación segregando de ella al Ecuador.

Este último señor estaba de comandante general de Quito en la fecha expresada, cuando el

7 de Julio le escribió al Libertador estas palabras textuales:

«Vucencia tiene (*para la proclamación de la monarquía*) la opinión de este ejército, y tiene también la de los bravos que están a mis órdenes aquí (*en Quito*) y en Pasto: ellos me aseguran, y yo le juro, que no carecen de temple como los militares de México (*que dejaron caer el efímero trono de don Agustín Itúrbide*), y que sostendrán a vucencia hasta morir.»

El coronel don Tomás Cipriano de Mosquera, Intendente de Guayaquil, le decía, con fecha 15 de Agosto:

«El ejército está decidido por la monarquía constitucional, y se han unido a esa opinión los clérigos y algunos hombres que piensan ser condes y marqueses.»

Y el general Valdez, comandante general de esta misma plaza pedía, el 8 de julio, *confederación y rey constitucional*.

¿Cómo contestaba Bolívar a estas insinuaciones descabelladas? Ahí están sus cartas a Santander y a su sobrino el general Briceño, fechadas en la Magdalena; ahí su carta famosa al General Páez, sobrado conocida para que la extractemos en este ligero estudio. De todos modos, él se atenia al parecer, sabio parecer, de su hermana, condensado en esta breve frase: *ser Libertador o morir*.

¿Cuál era en este punto el pensamiento del

general San Martín? Mucho han discurrido los historiadores acerca de esto; sobran documentos que nos permiten conocer sus ideas y tentativas monárquicas.

En la citada carta al general Miller, que preparaba sus *Memorias*, publicadas más tarde por su hermano Juan, hallamos este párrafo contundente:

«Me dice usted en la suya última lo siguiente: *Según algunas ideas que he oído verter a cierto personaje, él quería dar a entender que usted quiso coronarse en el Perú, y que éste fué el principal objeto de la entrevista de Guayaquil.* Si, como no dudo (y esto, sólo porque me lo asegura el general Miller), el cierto personaje ha vertido estas insinuaciones, digo que, lejos de ser un caballero, sólo me merece el nombre de un insigne impostor y de despreciable pillo, pudiendo asegurar a usted que si tales hubieran sido mis intenciones, no era *él* quien hubiera hecho cambiar mi proyecto.»

El único impostor en este caso fué Miller, que chismeaba a dos hombres eminentes. Demasiado sabía Bolívar que si San Martín quería la monarquía no era para sí. Nunca aspiró a ello. No era hombre don José para tanto. Criado bajo los gobiernos monárquicos, al servicios de ellos, espíritu conservador y sin ideas políticas claras, San Martín no comprendía más forma de gobierno sino la monárquica y borbónica. Por eso

solicitó Borbones, y sólo a falta de éstos se avino a cualquiera dinastía para América, con tal de tener rey europeo.

* * *

Tal es la verdad histórica en cuanto a la famosa entrevista de Guayaquil. Tal vez el General argentino procedió de manera no muy correcta al meterse aquí de sopetón, sin anunciar su venida, y con intenciones poco leales en cuanto a la integridad colombiana. Tal vez el caudillo de Colombia llevó su ambición de gloria hasta el punto de dejar desairado a su nuevo amigo y colega en la concesión de auxilios; pero es evidente que no cabe ya fantasear en cuanto a los asuntos de que en dicha entrevista se trató. Ambos procedieron según su criterio personal y las ideas de su tiempo; pero sobre las miserias de las flaquezas humanas y las suspicacias de una política que nacía, está la libertad de un continente, por ellos iniciada, y definitivamente lograda por Simón Bolívar, el Libertador.

LA HUASCA

El joven Huayna Cápac está contento.

Vese brillar la alegría en sus pequeños ojos negros y vivos; sonrío su boca y, de tiempo en tiempo, se colorea el cobre de sus mejillas y tiembla el sagrado llanto sobre su ancha frente pensadora.

Inmóvil en su alto asiento, cubierto de riquísima tela de pelo de llama, rodeado de los Incas, sus parientes y de los oficiales de la casa imperial, dirige la radiante mirada desde el andén donde está colocado a la espaciosa plaza de Haucaypata (estamos en la gran ciudad del Cuzco y en el segundo año del reinado de aquel poderoso príncipe), que es un hervidero de gente.

Igualmente satisfechos se hallan los grandes señores y cortesanos que le acompañan, sentado cada cual según el orden de su nacimiento, sus méritos y el cargo que desempeña.

De tiempo en tiempo unas venerables yanacunas traen grandes tinajas de oro y de plata,

con arte repujadas, llenas hasta el borde del rubio licor de los indios, el que calienta la sangre y hace latir apresurados los corazones, que escancian en grandes vasos de metales asimismo preciosos, que el Inca apenas prueba y que los palaciegos — más o menos hijos del Sol—apurán con delicia...

Continúa afluyendo la concurrencia a la plaza. Un torrente de indios desciende del vecino cerro de Sacsahuamán, y los barrios de la ciudad vomitan oleadas humanas, y todas esas gentes van colocándose con orden, bajo la vara de los soldados, a lo largo de los palacios reales, para dejar libre el dilatado cuadrilátero.

¿Qué sucede para semejante alegría?

Una cosa muy importante. Al Emperador le ha nacido un hijo... Sí; su buena hermana y esposa, la Coya Rava Oello le ha dado un precioso infante y se celebran las fiestas de su nacimiento, conforme al uso y costumbre de sus mayores. Aquel es el vigésimo día de la celebración, y es tanto el gozo del rey y del pueblo, que no sienten cansancio...

¡Cómo ha de ser! A las nuevas de su dicha, el Inca vino desde muy lejos; él se encontraba allá, en el fondo del Imperio, visitando los pueblos, estudiando sus necesidades y preparándose a la soñada conquista de las tierras del Norte, aquellos reinos semibárbaros o del todo bárbaros de los Cañaris, los Purrupeas, los Quitus,

los Cayambis y de las otras naciones que no había alcanzado a sujetar al blando y civilizador yugo el glorioso Túpac Yupanqui, su amado padre...

¡No había de venir!... Y he ahí que hace ya veinte días que él y su buen pueblo festejan con bailes, paseos, comilonas y ríos de embriagadora chicha, el advenimiento del pequeño in-nominado...

La plaza, en sus cuatro lados, está llena de una apretada multitud: los hombres, en cuclillas, con las manos indolentemente cruzadas sobre las piernas, ríen y bromean entre sí; sentadas a plomo las mujeres, con las mechas de los cabellos sobre la frente y los ojos muy abiertos, hilan y sueñan. Es la gente del pueblo que alborota y bebe; en tribunas especiales asisten a la fiesta las damas principales y las vírgenes del sol, las esposas y queridas del príncipe con sus ojos relumbrantes que la pintura ha agrandado, sus rojas mejillas y sus grandes y negras cabelle-ras...

¿Veis? Son ciento, doscientos, trescientos hombres que se adelantan al centro de la plaza, vestidos de colores, con vistosos tocados de plumajes y cubiertos de pesados adornos de oro; son todos ellos nobles, señores de la Corte y oficiales del ejército, curacas o individuos de la casa imperial. Se colocan juntos unos y otros en larga hilera, y danse las manos: el primero

da la mano al tercero, el segundo al cuarto, el cuarto al sexto, el sexto al octavo, y así sucesivamente, hasta formar una inmensa cadena. Al frente se ponen los músicos tañedores de chirimías, bocinas, quipas y atambores que llenan el espacio con las desapacibles notas de su sinfonía, y el baile comienza...

Baile grave, reposado, serio, en el que sólo los varones toman parte: un paso adelante y dos atrás, tendiendo a formar círculo alrededor del trono del Inca... Y en tanto que se mueve y cambia la cadena en las escasas mudanzas del baile, como los anillos de una serpiente enorme que se desarrollasen y contrajesen, los danzantes entonan un cántico que un conocido haravec de la corte ha compuesto en loor del recién nacido y de su famoso padre. Las estrofas hiperbólicas se cantan en coros, repitiendo la suya, a su vez, cada fracción de la humana cadena. Tocan los atambores, chillan las chirimías, lanza al aire su melancólico sonido la bocina formada de una larga caña hueca, y la multitud grita como elogio y voz de adoración: «¡Huayna Cápac! ¡Huayna Cápac!» El Inca sonrío con amabilidad, baja del trono; y seguido de los suyos, se precipita en la alegría común, y toma su puesto en la ondulante cadena que se mueve a la cadencia de los himnos cantados en su loor y en el de su hijo, todavía innominado...

Las fiestas terminaron; pero el Inca no anda.

ba contento. Alguna idea de las suyas andaba taladrándole el cerebro, y él no había de parar hasta verla cumplida y realizada.

En efecto: no le parecía propio de la majestad real ni de un señor de tantas campanillas como el hijo de su padre, que los bailes en honor de su casa y de sus dioses se verificasen así, tan a la pata llana... Si eso era una *huasca* (soga, cordón, cadena, etc.) ¿por qué, en vez de darse las manos los hombres no habían de tener una verdadera en que apoyarlas con mayor dignidad? La cosa demandaba tiempo y paciencia, sin duda alguna; pero puesto ya en el empeño... Y para la próxima ceremonia de destetar, poner un nombre y cortar el primer cabello al chiquitín, bien podía ser...; sí, podía ser, y sería. ¡Para eso él era rey!

Y dadas las órdenes a oficiales y artistas se puso a esperar con pachorra, esa pachorra tesonera, invencible, inalterable, que constituía gran parte de la fuerza de los dueños del célebre imperio, y con la cual habían de someter a tantas naciones de la América meridional.

Y vino por sus días contados la fecha en que debía verificarse aquella especie de bautismo y circuncisión.

«Los Incas usaron hacer gran fiesta al destetar de los hijos primogénitos y no a las hijas ni a los varones segundos y tercero —dice el buen Garcilaso de la Vega, quien, como de la familia,

debía estar al tanto de aquella ceremonia—. Destetábanlos de dos años arriba y les trasquilaban el primer cabello con que habían nacido, que hasta entonces no tocaban en él, y les ponían el nombre propio que habían de tener, para lo cual se juntaba toda la parentela y elegían uno de ellos para padrino del niño, el cual daba la primera tijeretada al ahijado. Las tijeras eran cuchillos de pedernal, porque los indios no alcanzaron la invención de las tijeras. En pos del padrino iba cada uno por su grado de edad o dignidad a dar su tijeretada al destetado; y habiéndole trasquilado le ponían el nombre y le presentaban las dádivas que llevaban: unos ropas de vestir, otros ganado, otros armas de diversas maneras, otros le daban vasija de oro o de plata para beber, y estos habían de ser de la estirpe real, que la gente común no los podía tener sino por privilegio.

«Acabado el ofrecer venía la solemnidad del beber, que sin él no había fiesta buena. Cantaban y bailaban hasta la noche; y este regocijo duraba dos, tres o cuatro días, o más, como era la parentela del niño, y casi lo mismo se hacía cuando destetaban y trasquilaban al príncipe heredero, sino que era con solemnidad real, y el padrino el sumo sacerdote del Sol. Acudían personalmente o por sus embajadores los curacas de todo el reino: hacíase una fiesta que por lo menos duraba más de veinte días; hacíanles

grandes presentes de oro y plata y piedras preciosas y de todo lo mejor que había en sus provincias.»

Al primogénito de Huayna Cápac le pusieron los nombres de Inti Cusi Hualpa, es decir, Hualpa sol de alegría, que, como ustedes ven, no deja de ser un bonito nombre que ya lo quisieran para sí, exceptuando el Hualpa, por supuesto, nuestras paisanitas cuyas cursis mamás les pusieron de Zoila Rosa Blanca, o Zoila Aurora... Piñango, con el objeto picarísimo de que la primera sílaba del primer nombre suene como la primera persona de indicativo del verbo ser; para que luego resulten combinaciones donosísimas como la de aquella señora que cuentan se llamaba Zoila Rosa Ponte de Barriga... ¡Y arre!

Y comenzaron las fiestas del destete y trasquilamiento del pequeño Hualpa.

Se cuchicheaba acerca de algo inólito, prodigioso, que iba a exhibirse en el primer baile. Unos se negaban absolutamente a creerlo—tan disparatada les parecía la cosa—; otros se encogían de hombros con desdén, signo inequívoco de complaciente burla; pero no faltaban quienes asegurasen «haberlo visto con sus ojos y tocado con sus manos.»

La plaza está llena: el gran galpón es una masa abigarrada de mujeres; en el andén está el trono; y en la mitad del vasto cuadrilátero,

esperan los nobles la señal de comenzar la danza...

Ábrese entonces la puerta de uno de los palacios reales, sale por ella una gran muchedumbre que conduce con gran trabajo y sudando un objeto de imponderable peso y enorme magnitud. Son cientos de indios que cargan una cadena; cadena de oro fino — *huasca* inverosímil y de prodigiosa riqueza, que mide nada menos que setecientos pies de largo. Relumbran al sol sus grandes anillos, grueso cada uno como la muñeca de un hombre fornido y gordo. Era el ensueño último del Inca realizado con bárbara grandeza...

Extienden la cadenita aquella a lo largo y a lo ancho de la plaza, y los bailadores orejones no se traban ya de las manos, sino que se asen de ella para sus cadenciosas mudanzas...

Suenan los pífanos y chirimías, mugen las quipas, asorda el tambor; el canto de gracia comienza con los primeros compases del baile, y la admirada, entusiasta multitud grita: «¡*Huasca! ¡Huasca! ¡Huasca!*» El Inca sonrío, y se digna bajar a la plaza para tomar en sus sagradas manos un eslabón de la cadena, a la cual estaban unidos doscientos bailarines, soportando con peso su fatiga...

* * *

Inti Cusi Hualpa — *sol de alegría* — cambió de nombre desde aquel memorable acontecimiento.

«Huasca», dijeron sus súbditos, y como no podían nombrarle con tan bajo significado de *soga* o *maroma*, añadieron una *r* final y así salió *Huáscar*, el triste primogénito del Conquistador de Quito, muerto por orden del exterminador de su familia, el sanguinario Atahualpa, a quien llaman Atabaliva los primitivos historiadores de la Conquista.

¿Qué fué de la cadena? Oculta por los indios a la codicia de los españoles, los siglos y el misterio han caído sobre ella.

Hay quienes aseguran que la arrojaron en una laguna profunda, y que de padres a hijos se conservó el secreto del nombre de aquella laguna para sacar la joya en día más propicio. ¿Qué laguna? ¿Colta? ¿San Pablo? ¿Yahuarcocha? ¿Quillucisa? ¿Buza? ¡Quién va a saberlo!

Durante la colonia se la buscó ardientemente, lo mismo que al famoso tesoro de Rumifñahui, escapado también a toda laya de inquisiciones.

Pero si no habéis perdido las esperanzas, fantásticos lectores, podéis sondear las lagunas en cuanto fué la extensión de la incaica monarquía, que bien compensados estarían vuestros afanes con una leontinita de más de doscientas varas de largo y de legítimo oro de veinte quilates, gruesa como el puño de un hombre fornido y musculoso.

LA FANTASMA

—Conque, ¿se ha atrevido el indigno?

—Sí, Apu: a la puerta está; solo, triste, miserablemente vestido, solicitando hablarte.

—¡Que se vaya! Que se vuelva inmediatamente a pastorear el rebaño del Sol, si no quiere que castigue yo su atrevimiento con la muerte...

—Lo hemos dicho ya; ¡pero él no quiere irse!

—Pero, ¿qué quiere?

—Hablar a todo trance contigo, ¡oh Apu! Insiste mucho, diciendo que no viene por sí ni a tratar el negocio de su perdón y gracia, sino que como embajador llama a tus puertas.

—¡Embajador! ¿Y de quién?

—De otro señor; sí, de otro señor; de otro Inca tan grande y poderoso como tú, que es quien le envía con palabras de importante advertencia, de las cuales pende quizás la suerte del Imperio y de la sagrada descendencia del Inti.

—¡De otro Inca! ¿Qué despropósitos son esos? Alguna nueva insolencia, sin duda alguna, que castigaré de manera terrible. Pues bien,

que entre, y ¡ay de él! si tantea los límites de mi paciencia.

Dice: y el oficial de servicio con quien el Rey sostiene ese diálogo, se postra de rodillas, besa el suelo, y luego, levantándose, va a introducir al príncipe primogénito y heredero del llauto, que solo, triste y vestido como un plebeyo, había ido a llamar a las puertas de la casa de su padre.

El Inca se sostiene en su trono de oro y piedras preciosas; recoge los pies, cruza los brazos sobre el pecho, y se queda pensativo, fija la mirada en las losas del pavimento.

Es un hombre ya casi anciano, pálido, con la verdosa palidez de la bilis, flaco y melancólico. Porque en su infancia una vez de sus ojos manó sangre, los suyos, tan amigos de bautizar con nombres significativos y pintorescos, le llamaron Yahuar Huacac—el que llora sangre—; y de tal modo influyó ese nombre en su vida y carácter, que éste fué una serie sucesiva de irresoluciones y timideces, y aquella una cadena de desgracias que terminó con su caída del trono a manos de su mismo hijo.

Y dicho hijo fué siempre su gran pesadilla. Yahuar Huácac era dulce y bueno; pero no podía sufrir las osadías del turbulento muchacho, que con sus voluntariedades e instintiva crueldad, era una verdadera amenaza para sus súbditos en cuanto llegase a reinar.

El había combatido las malas inclinaciones del rapaz con el consejo y el ruego, la advertencia oportuna y el severo castigo paternal: aguardó que la edad fuese de provecho para corregirle y que el buen ejemplo fructificaría en su alma tan temprano pervertida. ¡Todo fué inútil! Las insolencias del chiquillo se convirtieron en actos odiosos del joven; y un valor desbocado y sin ejercicio, una altivez desdeñosa, una irascibilidad vengativa, crecieron con los años...

¡Eso era demasiado! Buen padre era él, Yahuar Huácac, pero trataba, a pesar de la debilidad de su carácter y el apocamiento de su ánimo, de ser también excelente soberano; y sin consultar con nadie, arrancó del cuerpo del hijo maldito las ropas e insignias que correspondían a su elevada estirpe, y desterró al mozo, que contaba ya diez y nueve años de edad, a las dehesas de Chita, a que, confundido con los demás pastores, apacentase en ellas los rebaños pertenecientes al Sol, con pena de la vida, si regresaba. Quería, además, desheredarle y que, coronado un hermano suyo, la descendencia gloriosa de Manco Cápac se prolongase en la rama colateral.

De esto hacía ya tres años. El príncipe se había alejado sin resistencia; y he ahí que ahora comparece de manera tan singular: con una embajada; ¡con la embajada de un Inca tan pode-

roso como él!... ¿Qué significará eso? Alguna nueva desgracia, o un disparate cierto de aquel insigne pillo, que quería hacerle tragar bolas como piedras de molino.

*
* *

—¡Y bien! Ya estás aquí. ¿Querrás decir qué nueva bribonada has urdido para que tengas el arrojito de presentarte ante mí, sabiendo que en ello te va la vida?

Y el príncipe respondió, con tono humilde, pero firme (1):

—Sólo, señor, sabrás que estando yo recostado hoy a mediodía (no sabré certificarlo si despierto o dormido) debajo de una gran peña de las que hay en los páramos de Chita, donde por tu mandato apaciento las ovejas de nuestro padre el Sol, se me puso delante un hombre extraño, en hábito y en figura diferentes de la nuestra; porque tenía barbas en la cara de más de un palmo, y el vestido largo y suelto que le caía hasta los pies; traía atado por el pescuezo un animal no conocido; el cual me dijo: «Sobrino, yo soy hijo del Sol y hermano del Inca Manco Cápac y de la Coya Mama Oello Huaco, su mujer y hermana, los primeros de tus antepasados; por lo cual soy hermano de tu padre,

(1) *Comentarios reales*. Parte I, libro IV, capítulo XXI.

y de todos vosotros. Llámome Viracocha Inca: vengo de parte del Sol, nuestro padre, a darte aviso, para que se lo des al Inca, mi hermano, cómo toda la mayor parte de las provincias de Chinchasuyo sujetas a su imperio, y otras de las no sujetas, están rebeladas, y juntan mucha gente para venir con poderoso ejército a derribarle de su trono y destruir nuestra imperial ciudad del Cuzco. Por tanto, ve al Inca, mi hermano, y dile de mi parte que se aperciba y prevenga, y mire por lo que le convenga acerca de este caso. Y en particular te digo a ti, que en cualquier adversidad que te suceda, no temas que yo te falte, que en todas ellas te socorreré como a mi carne y sangre. Por tanto, no dejes de acometer cualquiera hazaña, por grande que sea, que convenga a la majestad de tu sangre y a la grandeza de tu imperio, que yo seré siempre en tu favor y amparo y te buscaré los socorros que hubieres menester». Dichas estas palabras, se me desapareció el Inca Viracocha; y yo tomé, luego, el camino para darte cuenta de lo que me mandó te dijese.»

—¿Y qué más?—dijo el Rey, que había escuchado en silencio la larga plática de su heredero, con los ojos clavados en él, inmóvil y ceñudo. ¿Y qué más?

—Nada más, padre y señor.

Estalló entonces la ira del soberano. Sin respetar la presencia de los grandes señores de la

corte que asistían al acto, llamóle indigno al príncipe, y le trató de loco y de soberbio.

—¡Vete de aquí, miserable! Huye de mi vista, demente; y no me vengas a contar los sueños de tu embriaguez

Nada quiero saber de tus fantasmas y Viracochas, y me río de las amenazas... ¡Ea, largo de aquí, he dicho! Vuélvete a Chita inmediatamente a cuidar de los rebaños de mi padre el Sol, y si de nuevo muestras tus narices por acá, ten por cierto que te las corto, y con ellas la cabeza... Por lo demás, no creo una pizca de lo que me has dicho, insigne embaucador y majadero...

El zagalón salió de estampía, y en el camino iba monologando así:

— Se lo he dicho todo. Fantasma o no fantasma, lo revelado al rey es la verdad... Sí, los chancas están levantados en armas. Lo sé, lo he visto; con mi traje de pastor lo he observado todo...

¡Y se nos vendrán encima los chancas, los uramarcas, los villcas, los utusullas, los hancuallus..., que han matado ya los gobernadores regios en plena rebelión! Se nos vendrán encima, y ¡ay del Imperio del Sol en manos de esos bárbaros!... Y como mi padre es así..., tan cobardón, ha de correr, y yo perderé mi trono... ¡Canastos con el viejo! ¿Se habrá tragado lo del barbudo Viracocha? Parece que no. Pero los

demás, los orejonos, sí se la pasaron... En fin, veremos; lo que conviene es advertir a los amigos para que estén listos a la resistencia, y válgame mi fantasma.. Pero, ¿la vi?, ¿la soñé?, ¿es inspiración de Pachacamac o un solemnísimo embuste de mi propio caletre? He ahí que ni yo mismo lo sé...

Y en tanto que él se hundía en el cercano páramo en busca de sus llamas, el Inca, en pleno consejo, proponía esta grave cuestión a sus áulicos y ministros:

— ¿Corto la cabeza al hijo rebelde que ha roto su destierro para venir a contarme mentiras, o bien le desheredo y nombro uno de mis bravos hermanos de sucesor?

* * *

Ni le descabezó ni le desposeyó. Lo que sucedió fué que se levantaron la tribus recién conquistadas, cuya traición con tanta sagacidad había averiguado el joven príncipe y reveládo-la con tanta destreza, y que cobarde Inca, y creyéndose incapaz de resistir la avalancha que se le venía encima, abandonó la capital y salió fugitivo por el camino del Sur, llevando consigo a gran parte de los moradores del Cuzco.

Aquel hubiera sido el último momento de la dinastía de Manco Cápac si la inteligencia del joven, que desde el cuento de su visión fué llamado *Viracocha*, no hubiera previsto la defen-

sa. Reunió los dispersos, organizó a las gentes de buena voluntad, pidió auxilio a las provincias distantes, armóse de la resolución de vencer o morir, y les salió al encuentro a los cuarenta mil hombres del ejército de los rebeldes en la llanura de Yahuarpampa—valle de sangre—, mientras su padre corría desalado a esconderse en la garganta del Muyna...

La batalla fué terrible. Dió el comienzo Viracocha arrojándose él primero entre las haces enemigas con valor imponderable, y presto la pelea se hizo general.

Combatíase con desesperación; los del Inca más por vender cara la vida que por esperanza de victoria, y los chancas por odio y despecho.

Lanza contra lanza, hacha contra hacha, anduvieron trabados los lidiadores durante dos largas horas, sin dar cuartel ni pedir misericordia; y aunque al principio llevaban las tropas reales la ventaja, el mayor número de los invasores hacía inclinar la balanza en favor de la traición.

Mas sucedió que los rezagados de la ciudad, los habitantes de los pueblos vecinos, los moradores de los campos inmediatos, como supiesen que el heredero imperial estaba metido en trance tan peligroso, armáronse como pudieron y en bandadas incesantes acudían al lugar de la batalla como inagotables tropas de refresco.

—¿De dónde salen tantas gentes?—pensa-

ban los enemigos—. Hace una hora que debían estar consumidas las fuerzas contrarias porque el campo está lleno de cadáveres de enemigos y, no obstante, aparecen cada vez más numerosos. ¿Qué sucede?

Y luchaban con desesperación, sintiéndose más débiles y cansados a medida que volaban los instantes.

Advierte su flaqueza el ínclito Viracocha, y como ducho en mentiras e invenciones, pónese a dar grandes voces, diciendo que las piedras y las yerbas y arbustos de la llanura se transformaban en soldados que venían a combatir en defensa de su padre el Sol, por mandato de la fantasma, su tío el sagrado Viracocha...

Creyéronle los simples de los chancas y diéronse a huir, dejando el campo y la victoria a los guerreros del Inca, el que luego, con una sabia política, les trató no como rebeldes vencidos sino como hermanos en desgracia, ganando sus corazones como había derrotado sus huestes.

Se lo creyeron los chancas. Pero, ¡qué! ¿Acaso el bribón no les hizo tragar tan gorda mentira a sus mismos capitanes, a sus propios soldados, y aun a aquellos auxiliares tan oportunos a quienes convenció que no ellos, sino las transformadas piedras y matas habían combatido en el llano de Yahuarpampa, y después del triunfo volvieron a su ser natural de seres minerales y vegetales?...

Viracocha, habiendo desposeído a su señor padre y confinádole en la fortaleza de *Quihquicancha* — como quien dice la parada del fugitivo—, fué un gran monarca.

En memoria de su hazaña elevó un grande y singular templo al Inca Viracocha, en cuyo santuario aparecía, en piedra, la propia figuración de la fantasma, con su barba de a palmo y su traje talar, según el príncipe la vió, la soñó o la inventó...

Y es lo bueno que, andando los tiempos, dijeron los españoles y los hijos de los españoles que aquella estatua era el mismísimo San Bartolomé, primer descubridor o catequizador de estas Indias, y diéronse en hacerle fiestas suntuosas...

Por donde se ve, cómo un indio semibárbaro puede dar origen a la idolatría de cristianos civilizados.

EL RESUCITADO

Entre los individuos que vinieron al Perú en los años sucesivos a la conquista, ninguno acaso más singular que aquel don Francisco de Carvajal, a quien sus contemporáneos llamaban *el Demonio de los Andes*, apodo que le ha conservado la historia.

Hombre viejo era ya que pasaba de los setenta, gordo, calvo y algo cojo, que había aprovechado muy bien su aventurera vida de soldado, y acerca del cual se ha escrito largamente, presentándole como fué: diestro militar, fecundo en ardides de guerra, cazurro, burlón y sanguinario que mandaba decapitar, ahorcar y descuartizar a las gentes por un quitame allá esas pajas.

Los sencillos españoles y mestizos de aquella edad, creían de buena fe que el viejo verdugo tenía realmente tratos con el diablo y que «la su mula bermeja», en que de preferencia cabalgaba, era el mismo Pateta en persona con el cual tenía largas y misteriosas conferencias; pues sólo suponiéndole en tan honrada compañía se po-

dían comprender los atropellos y atrocidades a que de ordinario se entregaba, al extremo de decir donaires a víctimas que pataleaban pendientes de la horca.

El maestro Palma publicó una docena de tradiciones acerca de este famoso sujeto, y aunque entiendo que el caso que quiero referir fué ya tratado por él con su donoso estilo y su buena sombra, éntrome por el mismo terreno de comunidad, con gentil compás de pies, con el objeto de presentar a mis lectores la figura de un farandulero de aquellos siglos de hierro, a quien hubo necesidad de ahorcar dos veces para que dejase de ser bribón.

I

Eran los días de la guerra civil suscitada por Gonzalo Pizarro, con motivo de las malhadadas ordenanzas reales, de que hablé en una de mis anteriores leyendas; y mientras él andaba medido en la campaña larguísima contra el virrey y Núñez Vela, su maese de campo, Carvajal recorría lindamente la tierra peruana, tras los últimos resistentes, cometiendo cada barbaridad que temblaba el misterio.

Echaba tacos y reniegos el terrible viejo después del asalto que diera a mendocinos y heredanos, quienes no habiendo podido vencerle en la casa fuerte de Porcona prefirieron, gua-

recidos por las sombras de la noche, abandonar el empeño bélico para robarle los equipajes. ¡Quitarle su impedimenta tan a manos lavadas los indignos! Tal vez hubiera sentido poco la pérdida de vestidos, vituallas, armas y municiones; pero su tesoro en manos de tales ladrones, que lo habían arrebatado sin peligro. ¡El, que en punto a avaricia podía darle quince y raya al más avariento!

Herido en salva sea la parte por un arcabuzazo disparado a traición por uno de los suyos, con el objeto de asesinarle en medio del combate, rendido de cansancio, con la negra alma llena de despecho, corrió con su ejército doce leguas, casi sin detenerse a tomar aliento, por montes y derrumbaderos, para dar alcance al enemigo y recuperar su hacienda y ver de hacer algún destrozo de los suyos en los fugitivos. Les había sorprendido de noche, y he ahí que acababa de descabezar a uno de los jefes, el desventurado Nicolás de Heredia...

Por delante tenía al otro caudillo contrario, Lope de Mendoza, que, convertido en estatua del terror, no acertaba o no quería pronunciar una palabra.

En vano le habló con moderación y cortesía; en vano le interrogó con inusitada benevolencia: se corrió hasta ofrecerle la vida. Mendoza, rígido y en pie, con los ojos fijos en el vencedor, callaba como un muerto, con una pertinacia

cia tal, que le hizo perder los estribos de su frágil paciencia. ¡Qué! Ni el mismo padre Diego Márquez consiguió de él que se confesara, que hiciese siquiera una señal de que comprendía el trance que le aguardaba, y rodó la cabeza del porfiado sin que su lengua hubiese articulado una sílaba ni exhalado un grito su garganta.

Colmó esto la medida, y Carvajal, para serenarse un poco sin duda, ordenó que diesen garrote a seis de los contrarios que más bravamente se habían defendido.

Y en esto le llevaron un soldado a quien llamaban Morales de Amburt o del Abad, natural de la ciudad de Cuenca, que había andado en la hueste derrotada.

El hombre estaba hecho una verdadera desdicha: tenía el muslo herido de un arcabuzazo, una lanzada en el hombro derecho, una cuchillada en la cabeza; señales todas de que se había batido como un hombre.

—¡Fin y remate!—iba pensando el triste—. ¡Fin y remate! De esta hecha, a los quintos infiernos, porque este viejo tirano está asesinando a todos los heridos... ¿Qué haré, Madre de Dios, qué haré para conservar el pellejo? ¡Si me fingiera bueno y sano! ¡Famosa idea!

En brazos ajenos llegó a presencia del irriado don Francisco.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Y tú cómo te llamas, buena pieza?

—Morales de Ambur, señor capitán, para servir a vuestra merced.

—¿Eres de *la entrada*?

—Sí, señor capitán.

—¡Lástima de valiente! Porque tienes una cara de ahorcado, hijo mío, que se me parte el corazón.

—¡Pero, señor, si estoy bueno y sano!

—Estás hecho un San Sebastián, pobrecito, y en concepto de herido te voy a dar pasaporte para el otro mundo. Sería cruel desaprovecharte.

—Señor...

—Nada, amigo Morales; es notorio que el herido y el vencido tiene que ser enemigo mortal mientras viva, porque se ha de acordar mientras viva de la afrenta que se le ha hecho, y es bueno acudir con tiempo a la defensa propia. ¡Guárdeme Dios de enemigos! De muertos, no hacen daño.

—¡Oh, señor don Francisco! Si estas heriducas que tengo no valen un comino. En dos días, placiendo a su Divina Majestad, me pongo como si nunca las hubiera recibido, para servir a su merced y al señor gobernador.

—Paréceme, señor soldado, que estáis muy mal herido, según las muestras que tenéis, y, por ende, no podréis dejar de morir. Perdonadme, porque siendo caballero hijodalgo, no queréis venir conmigo en el ejército de Gonzalo Pizarro, mi señor, ni serme buen amigo.

—Lo seré; sí que lo seré. Y juro a la Virgen que las heridas son verdaderos rasguños.

—Bueno, señor Morales: para que yo lo crea, ande vuesa merced un poco, y paséese saltando por este campo.

—Con mil amores.

—Pero una cosa es decir y hacer otra diferente. Al primer paso, cayó el infeliz como un costal de huesos, gimiendo dolorosamente.

—¿No lo ve, señor Morales, no lo ve? —decía con sorna el endiablado viejo—. No tiene sino que morir boníticamente, con todas las reglas del arte. Ea, señor Francisco Miguel, mi alguacil: hacedme la merced de quitarme de delante a este paladín y hacerle apretar el pescuezo hasta que reviente.

—Señor, una gracia última: sea generoso con un desgraciado que va a morir...

—No siendo la vida...

— ¡Confesión, señor!...

—Pues ¡cómo! ¿Habéis seguido al traidor Lope de Mendoza tantos días ha y no andáis confesado? ¡Cuerpo de tal, que así habéis de seguir por vuestro camino!... Ea, que lo lleven pronto y le den garrote sobre la marcha!..

Cogióle con cuidado el dicho Francisco Miguel; llevóle por ahí cerca; echóle al cuello la soga, y apretó de lo firme. Luego un ministro de la justicia le cogió de una pierna, y arrastrándole le condujo al borde de un arroyo, y allí le

arrojó con el garrote en la garganta, pues como era el último de la jornada de aquellas memorables ejecuciones, no se necesitaba ya el fúnebre aparato.

¡Descanse en paz el bravo Morales de Amburt!

II

Pasaron muchos días, durante los cuales el feroz Carvajal había continuado su carrera de crímenes con una suerte verdaderamente endiablada, ahorcando a los unos, descabezando a los otros, frustrando los planes de aquellos, victorioso, temido, invencible.

Y hallándose una vez en un pueblo llamado Caracollo, distante tres jornadas de la villa de la Plata, presentósele el mismísimo Morales del Amburt o del Abad a hacerle reverencia y pedirle sus respetos.

¡Pero en qué facha!

Alto, flaco, pálido, desmedrado, venía hecho un etcétera; un balandrán fraileSCO cubría sus huesos, y apoyado en un compañero, andaba con lento paso, los ojos bajos, las manos metidas en las mangas y bamboleante la cabeza.

— ¡Válame Dios! ¿Y quién es este ánima bendita?—dijo don Francisco, que a pesar de ser gran fisonomista y con una memoria de estampilla no las tenía ahora todas consigo.

—Es Morales del Amburt, señor capitán.

—¿Pero no le mataron de orden mía?

—Verdad es, señor; pero el caso es que ese que viene es el mismo Morales en persona.

Y todos los presentes se hacían cruces, en gran manera maravillados de semejante prodigio, en tanto que la viviente fantasma mascullaba una salutación en términos confusos:

—¿Pero no murió vuesamerced por aquello del garrote?—preguntó cándidamente Carvajal.

—No, señor.

—¿Ni porque le arrastraron de una pata, como a un perro, por entre peñas, para arrojarle al borde del arroyo?

—No, señor.

—¿Ni de las heridas?

—No, señor. Estoy bueno y sano, para servir a su merced.

—¿Y qué heridas eran esas?

—Un balazo en el muslo, una lanzada en el hombro, una cuchillada en la cabeza, y golpes, muchos golpes.

—¡Cuerpo de tall! ¿Y vive todavía?

—Por la gracia de Dios, señor D. Francisco.

Enmudeció un momento el viejo. Aun los hombres peores eran creyentes fervorosos en aquella edad y fácilmente inclinados a lo maravilloso.

—Demos gracias a Dios, señores y caballeros—exclamó al fin—por haber querido mostrar

en este hombre su divina misericordia. Y volviéndose a él, le dijo:

—Ahora cuéntame el asunto de tu resurrección.

Y el pillo del Abad refirióle un largo, increíble cuento, que los circunstantes se lo tragaron como puños; cuento que en seguida se verá copiado de boca de quien lo oyó del mismo enredador, quien, para entonces, ya andaba tramando el asesinato del maese Carvajal.

—¿En qué puedo servirlos, señor Morales?—dijo éste, cuando aquél hubo terminado.

—En hacerme la merced de continuar en vuestro campo, señor. ¡Molestaré tan poco!

—Eso no es un favor, amigo mío. Quedaos en él, en hora buena; y así vuestra presencia será un testimonio vivo de que Dios favorece la empresa en que andamos metidos.

—Muchas gracias, señor.

—¡Ea! Que le den un caballo y ropas, y de comer y de beber, y cuanto más menester haya a todo regalo y de mi particular propiedad.

—Señor, no quiero nada.

—¿Cómo nada?

—Ya esas cosas no son para mí. Me bastan un rosario y un libro de Horas: he ahí todo mi equipaje.

—Soldado sois, hombre resucitado.

—Lo fuí; pero ya dejé los sueños de la ambición y las pompas y vanidades del mundo.

Cuando volví a la vida, merced a Dios, a Nuestra Señora y a las bienaventuradas once mil vírgenes, hice un voto, en gratitud de que me habían librado de la muerte eterna y de las penas del Infierno.

— Bueno: haced lo que gustéis y podéis retiraros.

— Por lo cual, dice un cronista curioso de aquellos sucesos, alabó a Dios Nuestro Señor, y le dejó con un compañero que andaba siempre con él, y él siempre iba a pie, siguiendo el campo, mas no tenía ninguna conversación ni hablaba con los soldados, sino que allá andaba muy apartado y solo, rezando y encomendándose a Dios y a Nuestra Señora. Dormía fuera de los toldos, en el campo, que no quería cama ni frazada, sino que se cubría con un balandrán o capote que tenía que era de sayal fraileSCO, que un su amigo le había dado, y sustentábase con lo poco que un su compañero le daba, y así con esto parecía un santón.

— ¡Farsante!

III

He aquí el cuento prodigioso de la resurrección, tal como el resucitado lo refería. Escríbelo el buen Pedro Gutiérrez de Santa Clara, que andaba en esas andanzas, con el estilo adorablemente sencillo que usaron los conquistadores

que se metieron a historiar los hechos de la conquista (1).

Lo que contó Morales de Amburt o del Abad a Carvajal, es de saber: Que estando yo y él en la villa del Plata, dende a muchos días, assentados en un poyo en casa de Juan Orellana, estuvimos tratando en los milagros de Nuestra Señora y en otras cosas muy buenas, le pregunté acerca de su muerte lo que avía sentido en aquel punto que su ánima se le arrancava del cuerpo. Y también le pregunté si avía sido verdadera su muerte, y qué era lo que avía visto, como disen, én el otro mundo; que me lo dixesse todo por me hazer merced, pues éramos grandes amigos, porque tenía gran desseo de lo saber.

» Respondióme con un suspiro muy grande, diziéndome a manera de frayle bendito: aveis de saber, amigo y hermano mío en Dios nuestro señor, y él sea loado por siempre jamás, que al tiempo que me començaron apretar con el

(1) *Historia de las guerras civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias*, por Pedro Gutiérrez de Santa Clara. Tomo III, páginas 310 y 311. Este curioso manuscrito, que ha permanecido inédito durante cuatrocientos años en el archivo de la Biblioteca provincial de Toledo, y que acaba de publicarlo la casa editorial de don Victoriano Suárez, es la relación más completa del levantamiento de Gonzalo Pizarro escrita por un testigo de vista. Forma cinco gruesos volúmenes de muy tupida lectura.

cordel y con el garrote, sentí un tan grande y tan terrible y tan yncomportable dolor y tormento como aquel que estava padesciendo la cruda muerte. Esto no lo os saber dezir tan encarescidamente como ello fué, ni lo que sentí quando mi anima peccadora se apartaba desta miserable carne y triste cuerpo, porque sería nunca acavar ni se podría dar a entender si no fuesse por aquel que uviessse passado este tan tenebroso y espantoso trago.

»Pues como yo ya no tenía ningún sentido y uviessse cerrado los ojos corporales, quedando ya muerto, vide a desora una grandissima claridad puesta ante mí, y en ella, al parescer, se me representó aquella que es madre de toda piedad y consolación, la Virgen Santa María, y con ella muchas virgines y santas de la corte del cielo. Y una dellas me pareció que me tenía la cabeça alçada del suelo, y otra que tenía asida de la cuerda y del garrote porque no me diessen tanta pena y dolor; y con todo esto me parecía que estava en un vergel muy deleytoso adornado de muy odoríferas y frescas flores que de sí hechavan grandísima fragancia de olor, y si yo dixesse por entero lo que vide sería nunca acavar.

«Dende a un rato me dixo una de aquellas sanctas que me era concedido bolviessse al mundo y mudasse vida y estado con hazer penitencia de mis grandes culpas y peccados, y dicho

esto se fueron todas y la claridad que avía visto se me quitó de delante.

»Luego le pregunté si tenía devoción en alguna sancta de aquellas que avía visto; él me dixo que sí, que era en Nuestra Señora, a quien siempre se encomendava cada día muy devotamente, y que en los sábados y en las vigiliass de todo el año ayunava muy cordialmente. Y demás desto que tenía gran devoción en las once mil virgines con sancta Ursula, y que en cada un año ayunava la vigilia dellas, y que en el día de su fiesta dava limosna, etc.

»Mas que en la hora que le dexó la claridad no sintió cosa alguna, si estava herido o hechado en cama o en el arroyo, sino que avía parecido que avía estado dormiendo, y lo primero que sintió cuando tornó en sí fué tener los pies fríos y que en levantándose y tentándose las heridas se avía hallado sano dellas, y después quintándome el garrote y el cordel que tenía allé que no estava apretado, sino floxo, y luego me hinqué de rodillas, y puestas las manos al cielo y con lágrimas que en abundancia destilavan de mis ojos di muchas gracias a Dios y su benditissima madre y a sancta Ursula con las once mil virgines, y luego prometí ser frayle en el monasterio del señor Sancto Domingo y de serville allí toda la vida», etc., etc., etc.

Famosas, como se ve, eran las mentiras que zurcía el buen resucitado, y tan grandes, que

no pudieron pasar ni por las anchas tragaderas de sus compañeros, que se burlaban de él, creyendo que su curación se debía a más humanos medios, ya que todo indicaba que, de estar ahorcado con todas las reglas del arte, jamás lo estuvo para mal de sus pecados.

Pero el hombre es frágil, y alguna vez ha de morir, pese a *Santa Ursula y sus once mil vírgenes*.

IV

Si la Providencia no le hubiese destinado a patíbulo afrentoso en justo castigo de sus crímenes, más milagrosa que la de Morales le habría resultado la vida al caballero Francisco de Carbajal, *el demonio de los Andes*; de tal modo la libertó de cuantas conjuraciones y tentativas de asesinato le salieron al paso en aquella revolución del último de los Pizarros.

Estando en la distante ciudad de Charcas, sus soldados andaban descontentos de él. Es que a su recia condición unía su desmedida avaricia, y les tenía haraposos y hambrientos, mientras él bonitamente iba amontonando en su casa cuanta plata le enviaba Antonio de Mendoza de las minas de Potosí.

Esto dió el resultado lógico: el odio, y del odio a la asechanza no va un paso, cuando la ocasión se presenta.

Un soldado de Mendoza, de nombre Diego Balmaceda, urdió la trama de la conspiración, en la que entraron muchas personas de viso entre la gente del general, y entre todos dispusieron la manera de matar al aborrecido viejo.

Pero las conjuraciones mejor combinadas suelen flaquear por el lado de la lengua; pues cuando la indiscreción o la fanfarronería tiran de ella, ya pueden darse por muertos los conjurados.

Y de ese modo fué como se frustró la de Balmaceda. De boca en boca, llegó a conocimiento del amenazado jefe, y era de cajón que tal conocimiento supusiese alguna sonada barbaridad.

Harto lo sabían los míseros conjurados, y por eso diéronse a temblar, buscando cada cual su remedio como pudo; y si Balmaceda se quedó en Charcas, fué ¡por la falta de un caballo en que huir!

Preso por mil, preso por mil quinientos. El amigo Diego optó, en su desesperación, por ir solo al peligro y al sacrificio, resolviendo matar a don Francisco en media calle, cuando saliese de misa, él solito, armado de todas armas ofensivas y defensivas, encomendado a su espada y su buen sino.

Pero el cuento le salió al revés; porque en la hora de la hora, le tembló un poco la pantorri-lla, y, por mal de sus pecados, le llevaron a

rastras a la presencia del general, convicto y confeso de su intentona.

De ahí a la horca no había distancia, y no le valieron al presunto asesino ruegos de mujer — la doña María Ledesma, hembra de rechupete, más fácil que el aceite de ricino y tan honrada como las pulgas y las gallinas —, ni intersección de frailes dominicos para morir gentilmente agarrotado... Y tras él fueron otros: Espinoza de los Monteros, Bernaldino de Balboa, Pedro del Castillo, Diego de Argüello, Diego Hernández, y principalmente Alonso de Camargo, uno de los más comprometidos... ¡El viejo olía sangre y se despachaba a su gusto!

Pues en esta conspiración andaba metido hasta los topes nuestro manso y dichoso Morales de Amburí. El hombre no era tonto, y en cuanto el trueno comenzó a sonar gordo, arregangó los hábitos y dióse a correr por los montes como un venado.

¡Qué suerte la del maldito! En triste derrota llegó al pueblo de Paria, donde había una tropa al mando del capitán Alonso Caballero, que le aprehendió. Pero como Caballero era un buen cristiano, compadecióse de las lágrimas de Morales y le puso en libertad.

¡Y hala! Por montes y pedregales, con más miedo que un pájaro en caza. Los hombres que tras él había mandado Carbajal, le iban a los alcances; y al fin cayó en sus manos, cuando

menos lo imaginaba, cuando, serenado un poco el ánimo, había tomado el camino real y marchaba como un gentilhombre...

El cuerpo del desventurado Espinosa de los Monteros ha seis días que se balanceaba en la horca, y había pena de muerte para el que se atreviere a descolgarle.

Los religiosos y los vecinos acudieron al jefe, con lágrimas en los ojos, para obtener que, al fin, se le diese honrada sepultura.

—Señor — le dijeron —, por Dios y Ntra. Señora, sea su merced servido de quitar aquel difunto de la picota, y como buen cristiano que es, mandar enterrarle, porque amenaza ya a la salud de todos con su pestilencia además del triste espectáculo que da.

—Señores — contestaba el viejo —, perdónenme vuestras mercedes que no lo puedo hacer hasta que venga su amigo el *invencible* Morales de Amburt, para que lo vea en entrando en la plaza, y se le acuerde luego del mal que ha hecho, porque tengo nueva que ya viene.

Y llegó el resucitado, en una facha lastimosa; a pie, en camisa, descalzo, maniatado y en la cabeza un bonete colorado. Estaba en puros huesos, y se había vuelto negro por los ardores del sol.

—¡Señor!... ¡Señor!...

—¿Qué hay, maese Morales?

—Señor, ¡piedad!

Y arrastrándose en el suelo como un gusano, trataba de besar los pies del General.

Y el viejo exclamó, riéndose con la risa del conejo:

—¡Cómo, señor Morales de Amburt! ¿No me pudisteis matar el otro día y queréis ahora morirme los pies?

—¡Señor! ¡Perdóneme vuesa merced!

—¡Perdón! ¡La polaina! Y con todo esto me decidí cuando entrasteis por la plaza, ¿visteis ahorcado en el rollo a Espinosa de los Monteros?

—Sí, generoso señor, le vi.

—Bueno. Ahora contadme dónde está vuestro amigo Pedro González de Prado, que llaman de la entrada que fué en este motín, que tuvo por bien de acordarse de mí en este peligroso trance.

—No lo sé, señor. Cierto que Pedro González de Prado tomó parte en la conjuración; cierto que fué de opinión que se metiese fuego a la casa donde su merced vive, para matarle y sublevar a los soldados; pero, luego, atento a mi propia salvación, no he sabido más de él.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¿Con que esas tenemos? Pues, señor Morales el invencible: si usarced no me dice nada de su amigo González, yo voy a mandarle ahorcar en dos por tres, y descuartizarle en seguida, para que no tenga el mal gusto de dar ocupación a Santa Ursula y sus once mil

vírgenes, en el trabajo de una nueva resurrección posible. — ¡Eh, Francisco Miguel! ¡Francisco Miguel, mi alguacil y ejecutor!

— Señor don Francisco.

— Cójamele a este hombre y ahórquemele, y después de ahorcado, hágamele cuartos, y ¡rayo de Dios!, vea usted como no me le resucita, por que si alcanzo a hallarle nuevamente vivo a semejante bribón, que le corto a ambos la gola.

— Sí..., ¡señor!

Un cuarto de hora después, Morales era el alma de la otra vida, después de ahorcado y descuartizado... Santa Ursula y las once mil vírgenes nada le valieron en esta vez, y no tuvo más remedio que dar una pataleta y llevar memorias a su compadre Satanás.

.....
Y, no obstante esta auténtica muerte, hasta largos años después, los sencillos conquistadores esperaban verle vivo y sano el mejor día a Morales de Amburt, llamado el Abad, natural de la ciudad de Cuenca..

UNA BROMA DE CARVAJAL

Antes de cerrar el curioso libro que cuenta la vida y milagros del famoso *Demonio de los Andes* en el sencillo estilo que usaron los conquistadores, probemos a extractar una donosa anécdota, que manifiesta otra de las fases del enrevesado carácter de aquel sanguinario viejo.

Que el autor de la *Historia de las Guerras Civiles del Perú* le tiene mala voluntad a éste es cosa que salta a la vista y da lugar a que se sospeche algún resentimiento personal o acaso un mal trance que Carvajal hizo pasar a Gutiérrez de Santa Clara.

El cual Gutiérrez propala la especie de que el singular personaje de quien tratamos fué sacerdote, lo que hasta hoy ningún historiador que sepamos ha dicho, y eso que no es poco lo que sobre él se ha escrito desde Cieza de León hasta don Ricardo Palma y el obispo González Suárez.

«Estuvo este hombre (Carvajal), según las gentes que dicen lo conocían, mucho tiempo en

Italia, y dicen que fué soldado del Gran Capitán y que fué alférez en la rota de Rávena y criado después del Cardenal de Santa Cruz, don Bernardino de Carvajal, y que fué clérigo de *Evangelio*. Y más dijeron: que por respeto del dicho Cardenal, alcanzó del Papa Julio II, cuando se reconciliaron y se hicieron amigos, que se pudiese casar, pues no podía, siendo clérigo, por ciertas muertes que había hecho en Italia, y así se casó después con una viuda honrada llamada Catalina de Leyton. Y los casó el ilustrísimo visorrey don Antonio de Mendoza, de buena memoria, cuando pasó a la Nueva España, que hasta allí la tuvo por amiga y de México la pasó a estas partes del Perú.»

Cura, casado y militar, el hombre era una bendición, que más tarde hacía ahorcar clérigos con el breviario al cuello...

¿Fué sacerdote? ¿No lo fué? Importa poco averiguarlo. Es indudable que estuvo en las campañas de Italia, y aun refieren de él que cuando el saco de Roma, en vez de meterse en el barullo de los latrocinios y escándalos de aquel día memorable, se puso bonitamente a acarrear a lugar seguro los papeles de una escribanía, cuyo rescate le valió más ganancia que las tropelías de sus compañeros.

Y es asimismo evidente que estaba ya para irse a España, harto de edad y dineros, cuando Gonzalo Pizarro le metió en el ajo de la cons-

piración que había de llevarle al suplicio en Yaquijahuana. ¡Y había de ser un cura, el licenciado la Gasca, quien ordenase aquel suplicio, al que fué Carvajal con serenidad admirable e inoportunas chanzonetas en la boca!..

* * *

Estaba, pues, un día nuestro hombre en un pueblo llamado Viacha, allá por el sur del Perú, cuando compareció ante él un individuo llamado Álvaro Nieto, arriero, mercachifle y tratante en carneros y en coca.

—Y ¿qué quiere de mí el buen hombre?—preguntó rudamente don Francisco, al ver el triste pelaje con que venía el Nieto.

—Señor General—contestó éste —, vengo a implorar la justicia de su señoría.

—A ver, cuánteme eso—replicó Carvajal incorporándose un poco y poniendo atención.

—Es el caso, señor de mi alma, que yo soy un pobre cristiano que se gana la vida vendiendo coca y carneros.

—Está bien, hermano; cada cual se la gana como puede. ¿Y qué más?

—Pues andando por estas tierras topé un día con los soldados de Lope de Mendoza, cuando éste iba a Pocona, los cuales me arrebataron el ganado, me llevaron ante el jefe y por la fuerza, señor, me hicieron soldado.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Conque hemos hecho armas contra el señor Gobernador!..

—No, don Francisco; yo no he hecho armas chicas ni grandes contra nadie.

—Pero, hombre, ¿no dices que te llevaron a Pocona?

—Me llevaron.

—Pues ahí se pelea fuerte... Y aún me duele el balazo que a traición me metieron aquí..., en salva sea la parte.

—Señor...

—Sí, vamos, que me duele; sobre todo al sentarme.

—Ello será así, don Francisco; pero yo no entré en combate.

—¿Y cómo te libraste?...

—Porque el día en que se había de atacar la casa fuerte yo me salí bonitamente del pueblo, me metí en el monte, y que me busquen.

—¿Y por qué hiciste eso?

—¡Claro! Por no deservir al señor Gobernador y no estarme con ese condenado de Lope Mendoza.

—¿Y por miedo, hijito, ¿verdad?

—Pudo haber algo de ello; mas, ¿a qué cuento combatir por los que me llevaban a la fuerza, tras de haberse robado mis animalitos y la carga que iba en ellos?

—Hombre; la salida no deja de estar buena.

—Es excelente.

—Pero hasta aquí no veo qué tenga que hacer mi justicia; Alvaro Nieto.

—¡Cómo no, señor! Porque como su señoría les quitó luego; a los de la entrada; todo lo que habían tomado; sucede que esos carneros están en poder de los soldados de vuesa merced.

—¿Y...?

—Y aquí de mi petición. Suplico, pues, que, por reverencia de Dios, mande a los soldados que tuvieron mis carneros, que están señalados...

—¿Que te los devuelvan?

—No tanto, señor, ¡ay!, aunque fuera lo mejor.

—¿Y entonces?...

—Que el que tuviese dos, me devuelva el uno; el que cuatro, dos, y así sucesivamente. Ya ve usted que es un amigable reparto el que propongo, y eso que a mí solo me costaron el dinero y el trabajo de ganarlo.

Soltó el trapo a reír Francisco de Carvajal, al oír tan peregrina solicitud, y en seguida, volviéndose al mísero, le dijo con ira:

—¡Oh bellaco, gallina! En un cabo o en otro se han de hallar los hombres de bien para mostrar sus valerosas personas, ejecutándose en las batallas campales que se diese en servicio del rey...

—Yo, señor..., soy... un... pobre...

—¡Eh! ¡Y qué me importa! Ven acá, gallina; si estos caballeros de la entrada no se hubiesen hallado con Lope de Mendoza en la batalla,

¿cómo Francisco de Carvajal y estos señores paladines de Pocona que andan conmigo, hubiéramos ganado tanta honra?

—Yo, señor...

—Andad, bellaco, alistaos en la compañía del capitán Castañeda y no me pidáis los carneros, porque por ello os mandaré luego ahorcar...

—Señor, suplico a vuestra merced de no mandármelo—contestó el hombre ya tembloroso—, que prometo a vuestra merced que no soy bueno para soldado, ni en toda mi vida maté jamás otra cosa que siete ratoncillos que me roían el sayo y el capote, que tenía liados en una petaca...

—¿Ah, sí? ¿Conque siete ratoncitos?... ¡Julián Puelles! ¡Ohé! ¡Julián de Puelles!

Acudió el criado a estos gritos.

—Mande, mi general.

—¡Vivo! Traedme presto las coracinas y los zaragüellos y la cota de malla y la celada borgoñona, ¡mi mejor armadura! Y buscadme una espada, y aquí mismo ved cómo armáis a este mozo...

—¿Cuál, señor?

—A esta gallina fiambre que está aquí en figura de hombre.

En dos por tres le armaron a Nieto Puebles y su compañero Marco Rodríguez.

—Ahora desenvaina la espada... Bien... Ponte a andar con ese impedimento a cuestas. ¡Lis-

to! Y bracea fuerte.. ¡Cuidado con el sable, héroe ilustre de la ratonera! Mar... una, dos.. ¿Cómo te hallas?

—Muy bien, señor; gracias...

—Acércate.

—¡Presente, mi jefe!

—Vas a ver lo que te pasa.

El hombre creyó llegado el fin de su vida cuando vió que el viejo, desenvainando la daga, se le fué encima con ira...

—¡Toma! ¡Toma! Y le daba gentiles puñaladas sobre la armadura. Así, bellaco gallina, así sabrás matar hombres y les perderéis el miedo que de ellos tenéis y no ratones encerrados en petaca...

—Sí... ¡señor! —gemía el otro desde las profundidades de su celada de acero.

—Y mira que te mando que mientras anduvieras conmigo no te has de quitar estas armas; y si no ¡por vida de quien me parió y de la sacratísima Trinidad, que te mando luego a ahorcar como un pájaro, y en seguida te hago trizas!... Y sigue la marcha: una, dos; una, dos; una, dos...

La broma era pesada; pero como no había de faltar la crueldad en todos los actos del Demonio de los Andes, llamó a dos criados suyos y les ordenó que vigilaran a Nieto y no le desamparasen un momento, de día y de noche, para no permitirle quitarse la armadura.

¡Y cinco días anduvo así armado el infeliz Alvaro! Armado comía, armado dormía, armado caminaba a pie y sin cesar por el pueblo, rendido, materialmente agobiado, sudando como un pollo! No pesaban poco aquellas defensas de hierro con que iba cubierto de la cabeza a los pies.

Al cabo de esos cinco días, varios capitanes y personas de importancia de su ejército, obtuvieron gracia para el desdichado.

—Bueno—dijo D. Francisco—, que se quite las armas. Así como así no merece llevarlas un cobardón como él. Una vez que esté aliviado, que se me presente.

Vino el hombre.

—¿Estás hecho ya a las armas, buena pieza?

—Sí, señor.

—¿Podrías ahora matar hombres y no ratones?

—Sí, señor: a cuantos se me pongan por delante.

—No tanto, hijo, no tanto; a alguien has de dejar para cría.

—Como su merced quiera; y desde hoy en adelante puede mandarme como su criado que soy, en cuanto fuere de su servicio.

—Bien hombre, bravo. Así me gustan los valientes.

Nieto se retiró, pálido y enfermo. Pero de allí a poco tomó soleta y desde entonces no se le ha vuelto a ver la cara.

Con lo cual y un bizcocho...

PARADA EN FIRME

I

—Sí, es muy extraño, muy extraño—había contestado D. José Villamil, más tarde general de la República, al capitán de la goleta que navegaba de su cuenta, al comunicarle éste que en la isla de Puná estaban fondeados muchos buques.

—Mire usted, D. José —añadió el capitán, dándole el anteojo.

—¡Hola! ¡Hola!—exclamó el simpático lusianés, tras de haber observado el horizonte, a la naciente claridad de aquella mañanita de febrero de 1816, a la altura de la isla Verde—. Cinco..., siete..., nueve velas: ¡una escuadra! Esto no ha acontecido jamás en Puná, y los buques a la vista no pueden ser otros que los del comodoro Brown... ¡Guayaquil en peligro! ¡Malditos piratas, que no han de dejar tranquilas estas costas del Pacífico!

—¡María Santísima! Ahora van a cometer alguna barbaridad en la ciudad.

—Es preciso ir a prevenirla.

—¿Y cómo?

—Pues... ¡yendo!

—¿Y de qué manera pasamos?

—Pues... ¡pasando!

—Sí, pasando, camino de bajada; pero dudo que nos deje contramarchar ese Mr. Brown de nuestros pecados.

—En mi carácter de ciudadano americano, yo aseguro a usted que me dejaría pasar; aún más, me diera un voto de gracias porque pasara; pero ¡sacrebleu!, es necesario volver al escape, suceda lo que suceda, pues de otro modo, Guayaquil está entregada, sin el menor preparativo de defensa... ¡Quedan allá tantos amigos! ¡Queda una población inerme que será entregada a saco!...

—Verdad es; mas la aventurilla es fuerte.

—¡Y qué, capitán! Así me cueste mi ruina, corramos a salvar la ciudad. ¡Dé la voz de mando!

Viró la goleta a las barbas mismas de Brown, el que se había estado quieto hasta ver lo que hacía; pero al advertir que tomaba río arriba, con propósito evidente de traer a este puerto noticias de su presencia en el Golfo, se disparó tras ella, con dos barcos armados en guerra. Eran las diez de la mañana.

Villamil era perito en cosas del mar, conocía la costa como el mejor práctico, y forzó velas

confiado en la baja marea que ya comenzaba.

Porque era natural que en seco el río tendría el corsario que fondear, lo cual daba algunas horas de respiro a Guayaquil, para mejor proveer a su defensa.

Verdad es que la goleta corría el mismo riesgo; pero como llevaba alguna ventaja era difícil que fuese abordada antes de la alta marea, y para entonces ya habría reanudado la marcha.

Y, además, contaba con llegar el primero a Punta de Piedra; y, entonces, era otra cosa...

Comenzó a soplar una fuerte brisa del Sur, y la goleta, que se veía a las chiquitas ya, volaba sobre las ondas seguida a la distancia por las naves filibusteras.

Y llegó a Punta de Piedra. En ese lugar había, con el pomposo nombre de castillo, un miserable tinglado con media docena de cañones y quince hombres a su servicio, al mando del sargento Canales.

Con la precipitación que el caso demandaba, Villamil ordenó al sargento que enviase en el acto un posta a la ciudad con la nueva temible, y que al ponerse a tiro los buques de Brown, hiciese fuego sobre ellos, resistiendo cuanto pudiese.

En esto había cerrado la noche y la marea se retiraba. Canales abrió sus fuegos; contestaron con descargas de fusilería los botes que se ha-

bían acercado... y siguió el combate en medio de la sombra.

Resultado: que los buques atacantes se vararon; cosa prevista y hasta preparada por Villamil; el que, sacándoles la lengua a los filibusteros, se deslizaba río abajo, sin que le importase un pito el triunfo del Comodoro sobre quince soldados ociosos mandados por un miliciano...

II

Larga y curiosa historia la de la piratería en las costas del Pacífico. Ingleses, franceses, holandeses, las hostilizaron durante más de dos siglos, manteniendo en alarma constante a los navíos españoles que surcaban las aguas del Grande Océano.

Organizábanse las expediciones en Europa con una publicidad escandalosa, como si se tratara de un objeto lícito, y a ellas solían acudir no solamente bandidos y gente de la hampa, sino también a veces hijos de buenas familias, atraídos por el espíritu aventurero de la época y el cebo de la fácil ganancia.

Si en los comienzos, las guerras de la dinastía austriaca pudieron dar origen a aquellas correrías de filibusteros y corsarios que infestaban el mar de Balboa aun en tiempos en que algún Tratado había puesto fin a la campaña —, regularmente no se necesitaba de pretexto, y a ellas

se lanzaban sin patente ni autorización quienes podían armar un buque y tenían el suficiente valor para la empresa.

Y entre esas expediciones no debemos olvidar la del vice-almirante inglés Jorge Anson, ordenada y dispuesta por su Gobierno, constante de un número de buques, cañones y tropas de desembarco formidable para aquella época y famosa por sus aventuras, la última de las cuales fué el ahorcamiento de Anson por orden del almirantazgo británico.

Drake, Cavendish, Oliverio Nort, Spilberg, Jacobo Mairr, Woodes Rogers, Clipperton, Cornelio Andrés Anson, David, Grognet y otros muchos, forman un grupo fantástico y a veces sanguinario que se pasea desde el Estrecho de Magallanes hasta el Golfo de México... Estos tales abordan buques mercantes o de guerra, entran a saco poblaciones indefensas, talaban, incendiaban, mataban, imponían contribuciones, señalaban rescates, se llevaban prisioneros, y la mayor parte terminaban de manera desastrosa.

Culpables fueron de muchas atrocidades, pero algo les debió la ciencia geográfica, y es admirable su valor cuando, entregados a sus propios esfuerzos, desafiaban el poder de España... Verdad que España poco o nada se cuidaba de la defensa de sus posiciones en América, que tenía casi completamente desarmadas, sin fijar-

se en que la intención de muchos de esos aventureros—corsarios o piratas—consistía en hallar un pedazo de tierra donde establecerse bajo la sombra de la bandera de su respectiva nacionalidad, lo cual era ya un ataque directo contra la soberanía y dominio de los reyes españoles en estas apartadas regiones.

No lograron su objeto, y algunos, tras reñidos combates, tuvieron que volverse con las manos en la cabeza sin haber hecho ninguna presa de importancia, murieron otros en las refriegas y no faltó quienes acabasen en la horca.

La relación de sus aventuras es divertida y consta en muchos libros de no difícil consecución, a los cuales remitimos al curioso lector que llegue a interesarse en este asunto.

III

Villamil había llegado a las once de la noche.

Ya Guayaquil estaba alarmada; había oído los cañonazos de Punta de Piedra y acababa de llegar el posta enviado por Canales. El marino lusianés amplió la información, y el Gobernador, D. Juan Vasco Pascual, dió las órdenes necesarias a la defensa.

Con escasos recursos contaba ésta: cuarenta soldados del «Real de Lima», he ahí todo. Sin embargo, dos horas después había sobre las armas doscientos hombres del batallón «Milicia

del Guayas», a las órdenes del coronel D. Jacinto Bejarano y teniente coronel D. José Carbo, agrupados en el único punto fuerte de la ciudad, y una irrisoria batería de dos piezas emplazada fuera de la población y mandada por D. Juan Ferruzola.

Al aparecer Brown al día siguiente fué esta batería la que comenzó el combate disparando sobre los agresores.

El comodoro sonrió con desdén, observó las escasas fuerzas de resistencia y se preparó a atacar inmediatamente.

—Póngame a tiro de pistola de esa batería—dijo brevemente al práctico que había tomado en Puná.

— Señor — le contestó éste —, la marea está al vaciar, la ventolina es del Norte, y si el buque falta a virar irá a la costa.

— Si usted ama su vida — replicó el inglés colérico — obedezca en el acto.

El práctico ejecutó el movimiento que se le ordenaba.

Entretanto las fuerzas de defensa habían acudido al lugar del tiroteo, y seguía disparándose con viveza de una parte y otra. En estos tiempos de perfección balística la función no hubiera durado un minuto; entonces había para rato con el sistema de cañones y fusiles que se conocía.

El bergantín continuaba avanzando.

De pronto, ¡tracl, una brusca sacudida, un balanceo rápido y nada más. El práctico tenía razón: el buque había varado en firme a pocos metros de la costa.

Los defensores acaso esperaban también que sucediese esto, al ver cómo una nave de esa clase se acercaba con tanta imprudencia, pues inmediatamente, el medio batallón de milicianos se arrojó a nado con la bayoneta en la boca, mientras la otra mitad sostenía los fuegos para entretener al enemigo.

El abordaje fué terrible. Intimidados los ingleses abandonaron la cubierta, y los asaltantes comenzaron a matar a diestra y siniestra.

Ya la mitad de la tripulación yacía mutilada y sangrienta, cuando advirtiendo desde la orilla lo que pasaba el caballero guayaquileño don Manuel de Jado tomó una canoa, se lanzó al lugar de la carnicería, y precipitándose en medio, exclamó a gritos:

— ¡Muchachos! ¡Estáis manchando vuestra victoria! ¡Cuartel a los vencidos!

«Estas palabras, proferidas con voz imponente por un hombre imponente de suyo — dice el mismo Villamil, de cuyo curioso folleto sobre la revolución de Octubre extractamos esta relación —, hicieron caer las bayonetas de las manos de los vencedores.»

«He visto—agrega—, sin haber estado a bordo, lo que acabo de referir.»

El bergantín y el comodoro estaban, pues, en poder de los guayaquileños. ¿Qué se había hecho de la goleta, cuya acción, aun después del suceso victorioso, podía ser funesta a los defensores?

«Se había contentado con hacernos pocos tiros, y aprovechando de la vaciante y de la ventolina favorable, fué a llevar a Puná la noticia del descalabro del jefe de la escuadrilla.»

El comodoro estaba preso en el edificio de la gobernación, y temía por su pellejo con sobra de fundamento.

Cuando Villamil fué a hablarle, enviado por el gobernador:

—Espero, señor—le dijo—que mi vida no correrá peligro, supuesto que encuentro aquí un inglés influyente

—No soy inglés, señor — le contestó don José—, soy de los Estados Unidos, y amigo de todo hombre que se halla en la posición de usted. No creo su vida en peligro; y si es cierto que tengo alguna influencia en el país, será empleada en obsequio de usted.

—*All right.* Ahora, ¿gusta hacerme un favor?

—El que usted quiera y yo pueda.

—Gracias. Quisiera que me proporcione recado de escribir y se me dé el permiso necesario para dirigirme a mi segundo, que quedó en Puná con el resto de la escuadrilla.

—Voy a traerle uno y otro.

IV

La fiestecita no había hecho sino comenzar, ya que en la isla histórica quedaban tres navíos y se podía armar un cuarto, con los cuales los corsarios habrían barrido toda resistencia, y para ordenar ésta se hicieron todos los preparativos del caso.

Había ya más de trescientas plazas, los cañones y armamento del bergantín rendido y una excelente moral militar, debida al triunfo.

Y había, además, la cabeza de Brown al alcance de la mano.

No tardó en presentarse la escuadrilla y ancló fuera de tiro, a la vista de la ciudad.

Por su parte, el coronel Bejarano distribuyó sus tropas en los puntos que creyó conveniente y esperó sobre las armas el desarrollo de los acontecimientos.

Mas los piratas traían pocas ganas de pelear, no tal vez porque dudasen del suceso favorable a sus armas, sino por temor de que la toma de Guayaquil se iniciase con el asesinato de Brown.

Desembarcaron dos comisionados, el coronel Bouchard y el médico Sandford, y tras breves discusiones obtuvieron la libertad del jefe mediante la promesa de inmediato retiro, la entrega de más de ochenta españoles que traían presos, entre los cuales se contaba D. Juan Manuel

de Mendiburu, que venía a reemplazar a Vasco Pascual en la gobernación de Guayaquil, y la devolución de todas las presas, menos las fragatas *Constancia* y *Gobernadora*.

Cumplido el trato y tomadas las indispensables medidas de seguridad, la población vió tranquila cómo la escuadrilla, con su comodoro Brown a bordo, levaba anclas y se largaba con viento fresco, bien avergonzada por una aventura que no decía bien del valor ni la pericia de su tripulación.

«Un pueblo que toma las armas por primera vez—dice el tantas veces citado Villamil, actor e historiador de estos sucesos—; que se expone en pampa rasa a la metralla de un bergantín bien armado, que aborda ese buque a nado por bien varado que haya estado, y que deja caer sus armas a la voz de un hombre sin autoridad pública, no podía ser menos que apasionado, valiente, dócil y humano.»

Cuatro años después, el 9 de Octubre de 1820, así lo probaba.

ESPERANZA DE ISRAEL

Si no alumbra la luz de la fe y creemos con la del carbonero en el Adán y la Eva del Génesis, fácil es que las discusiones sobre el origen de las razas y la unidad del linaje humano no terminen ni después del Juicio final: tal andan las opiniones en el mundo y de semejante manera la ciencia y la filosofía experimental han venido a confundirlo y malbaratarlo todo. Antes era de ley eso de que blancos, negros, amarillos y bronceados nacieron de un mismo seno, seno de contradicciones fecundas, en donde se originaron por igual el hotentote y el cosaco, el esquimal y el africano, el malayo y el francés, asimismo igualmente pecadores por aquello de la paradisiaca manzana, y redimidos todos con la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo.. Ahora, después de Darwin y de Heckel, tras los adelantos de la antropología, la biología y demás ciencias afines, ¡cualquiera va a creer en la versión bíblica, con su habladora serpiente, su torre de Babel y su arquita de Noé!

Y entre los problemas que se han originado de la cuestión principal, no ha sido tal vez el menor el referente a la población de América. La filosofía ha agotado sus argumentos y suposiciones; la antropometría ha tomado todas sus medidas y hecho todas sus comparaciones; la geología y la arqueología han metido la nariz en todos los rincones, y, no obstante, el enigma permanece en pie. ¿De dónde son oriundos los americanos? ¿Por dónde vinieron? ¿Cómo se establecieron? ¿Forman una raza especial, o son la degeneración de otra u otras? ¡Misterio que los tiempos no han alcanzado a revelar! El hecho es que, a pesar de las negaciones de los sabios, vivimos tan campantes y, a veces, sin necesitar de nadie.

Al autor de estas crónicas le importaba un comino el saber en qué clase de árbol enroscaron el rabo sus abuelos de las edades prehistóricas, ni cómo inmigraron a este continente tan separado de aquellos felices lugares en los que, según Moisés, tuvo su cuna la humanidad doliente; cuando he ahí que la lectura de un antiquísimo librejito, últimamente redivivo merced al celo de curiosos bibliófilos, le ha hecho dar un salto en la silla, con la cristiana exclamación de:

—¡Carape! ¿Si seré descendiente de judíos? Porque puedo ser todo lo indio y lo mestizo que ustedes quieran; y eso no quita la posibilidad de pertenecer a la raza maldita y haber, origina-

riamente, clavado en la cruz a Nuestro Divino Redentor... Y eso no, Madre y Señora de las Mercedes; eso no...

¿Por qué? Porque... Porque... porque...
¡Ah! Porque aquí está el cuento.

* * *

La responsabilidad de la historieta se la dejó al venerable teólogo y filósofo hebreo Menassehben Israel, que en su libro sobre el origen de los americanos publicado en Amsterdam el año del Señor 5410 (1650 de la era cristiana) la cuenta con sus pelos y señales, y la reforza, luego, con una larga y soporífera exposición en que los autores son citados por docenas.

¿De qué se trata? Pues de nada: de la existencia de judíos en el siglo XVII, por ahí cerquita, entre Honda y Popayán; judíos llegados a la América después de la gran cautividad de Babilonia, según lo demuestra el erudito autor, nada menos que por el estrecho de Anam...

Pondremos en castellano corriente la relación del buen rabino, si no por lo interesante de ella, a lo menos por la extrañeza del caso.

Es el cuento que allá por 1642 el español Antonio Montesinos, que además era un judío llamado Aarón Leví, como quisiese hacer un viaje del referido puerto de Honda a la provincia de Popayán, alquiló unas mulas a un indio mestizo, de nombre Francisco del Castillo, a

cuyo servicio se hallaba, en calidad de arriero, otro indio nombrado igualmente Francisco, al cual los otros le llamaban Cacique.

El judío español iba a sus negocios, y al traspasar un día la cordillera, como sobreviniesen mucha agua y fuerte viento, y cayesen a tierra las cargas y renegase el amo y anduviese la fusta por todo lo alto, los pobres conductores comenzaron a dolerse de su fortuna, que en tales trances y desamparos les ponía.

—Esto y mucho más merecemos, ¡ay!, por nuestros pecados—exclamó uno, con acento compungido.

—¡Eh, ánimo, ánimo, hombres!—les dijo el indio Francisco—. Y tengan paciencia, que día llegará en que todos habremos de descansar...

—No, no hemos de descansar nunca—replicó el quejumbroso—; y pues tratamos tan mal a una gente tan santa y la mejor del mundo, todas las inhumanidades que con nosotros usan los españoles bien merecidas las tenemos.

Exhalaron todos largos sollozos y se entregaron al silencio.

—¿Por qué hablas mal de los españoles?—le dijo Montesinos al Cacique, en la noche siguiente, poniéndole en la mano bizcochos y dulces de los que traía en una caja de cuero.

—Yo no hablo mal de ellos, amo—contestó Francisco—; pero sí me quejo de su trato, por ser gente cruel y mala.

—¿Te parece, indio?

—¡Sí, ya lo creo! Pero en breve nos veremos bien vengados de ellos por medio de una gente oculta.

—¿Quién es ella?

—Ahí lo verás en su día...

Pensativo quedó Montesinos, pero luego lo echó al olvido en el duro tráfago de su diaria labor. Y pasó el tiempo y por sus judías culpas fué a dar en poder de la inquisición de Cartagena; y como estuviese en prisión, al encomendarse una mañana a Dios—es él quien lo relata—prorrumpió en estas palabras:

—¡Bendito sea el nombre de Adonai, que no me hizo idólatra, bárbaro, negro ni indio!

Y al decir *indio*, vaciló un poco, y salió con esta cantaleta:

—Estos indios son hebreos... Pero, ¡qué disparate!—continuó—, ¿por qué hebreos?... Sí, hebreos son... No, no pueden ser hebreos.

Y dando y cavando en tan peregrina ocurrencia, el hombre estuvo para perder la poca cholla que le quedaba, hasta que se serenó al tercer día, con el firme propósito de atar cabos en cuanto saliese de prisión y pudiera hallar a aquel indio Cacique que tan extrañas palabras le había dicho en su memorable viaje a Popayán.

*
* *

Una por una se puso en la calle, por un mi-

lagro de la Providencia el buen Montesinos; y en cuanto le fué posible, volvióse a Honda y se dió a buscar a Francisco el Cacique, con tan buena fortuna que no trabajó mucho para hallarle.

—Hola, Francisco.

—Salud, amo Montesinos.

—¿Qué? ¿Me conoces?

—Cómo no voy a conocerte si hemos viajado juntos. Yo no me olvido de nada.

—Luego, ¿te acuerdas de lo que me dijiste en la montaña, de aquella gente oculta que te había de vengar de los españoles?

—Me acuerdo.

—¿Y quién es ella?

—¿Y a ti que te importa?

—¿Cómo no va a importarme si soy español?

—Pues por lo mismo no te lo digo.

—En fin, sea como gustes. Pero oye, ¿quieres hacer otro viajecito conmigo?

—Manda la plata.

—Entendido.

Y viajaron de nuevo. Al curioso Aarón no se le cocía el pan hasta saber lo de la gente aquella que, por una manía singular, ligaba con sus judaicas inspiraciones en la cárcel de Cartagena, hasta que un día, no pudiendo más, le dijo a su compañero:

—Oye Francisco, y no me vendas. Yo soy hebreo, de la tribu de Leví; mi Dios es Adonai, y todo lo demás es engaño.

—¿Cómo se llaman tus padres?—le preguntó alteradamente el indio.

—Mis padres se llamaban Abraham, Isaac y Jacob.

—¿Y qué más? ¿No tienes otros?

—Sí, se llama Luis de Montesinos.

—El diablo que te entienda. Blanco, me has dicho cosas que me han causado contento; pero estoy por no creerte, ya que no me sabes dar cuenta de quiénes fueron tus padres.

—¡Pero, hombre! Si no hay cosa más fácil. Yo soy judío.

—¿No eres español?

—Español soy.

—¿Y entonces?

—Es que lo uno no quita lo otro, y se puede ser y se es ambas cosas a la vez. Así: judío-español.

—No entiendo.

—Pues vas a entenderme.

—Bueno; pero ante todo, júrame que no tratas de engañarme.

—Lo juro por Sabahot, Dios de los ejércitos.

Y hubo necesidad de paciencia y saliva para meter tan obvia explicación en tan obtusa inteligencia. De cómo los hebreos se desparramaron por todo el mundo tras la caída de su nación, y cómo pasaron por los pueblos y los siglos, sin perder su nacionalidad, su fe ni las características de su raza. Y él, aunque espa-

ñol, era tan judío como Anás, Caifás, los Profetas y los Patriarcas.

Silencioso le escuchó Francisco, hasta que al cabo de un rato, le dijo:

—Escucha: si eres hombre de ánimo, valor y esfuerzo que te atrevas a ir conmigo, sabrás lo que descas saber; pero adviértote que has de ir a pie, has de comer maíz tostado, y hacer en todo y por todo lo que yo te dijere. ¿Quieres así?

—Así lo quiero.

—¿Convenido?

—Convenido.

—Pues andando.

* * *

Y a pie, sin espada, calzado con unas alpargatas, en las manos el bastón, sin más provisiones que un poco de maíz tostado, sin más armas que un machete ni otros instrumentos que unas cuerdas nudosas con garfios, para descender y subir por abismos y atar balsas para esguazar los ríos, caminaron y caminaron durante ocho días por selvas casi impenetrables: al noveno, llegaron a un gran río, y el indio dijo:

—Aquí has de ver a tus hermanos.

Y haciendo bandera de dos paños de algodón que llevaban ceñidos al cuerpo, hizo una señal, la que fué contestada con una humareda. Ahí estaban ellos: ¡por fin!

— Ya saben que estamos aquí—dijo Francisco—, y levantando nuevamente la bandera hizo otra señal, que fué contestada en el acto.

En la margen opuesta del río se veían unos bultos que con afán iban de aquí para allá.

Eran tres hombres y una mujer, de extraña catadura, que entraron en una canoa e hicieron fuerza de remo hacia donde los advenedizos se hallaban.

Bien pronto estuvieron en la orilla donde los viajeros les esperaban, los extraordinarios personajes.

No pertenecían, desde luego, a la raza indígena: tenían el cutis algo tostado por el sol, llevaban largos cabellos y un paño a la usanza hebrea alrededor de la cabeza. Por lo demás, eran de alta estatura y hermosa conformación de miembros.

La escena que luego sucedió fué ridícula.

Saltó en tierra la mujer y tuvo una larga conversación con Francisco, mientras los tres hombres aguardaban en la canoa. Volvió la mujer, saltaron los hombres, abrazaron al indio y regresó a la embarcación uno de ellos,

Montesinos se hallaba papando moscas, hasta que el guía le dijo:

—No te asombres, perturbes ni imagines que estos hombres te han de decir segunda cosa hasta que hayas entendido bien la primera.

Y dicho y hecho. Los desconocidos pusieron-

le en medio al español y sopláronle a las narices estas palabras: *Semah Israel A. Ei o Henv A. Ehad*, que son nada menos que las que componen el versículo 6.º del Denteiremonio, capítulo IV: «Oye Israel a nuestro Dios», etc.

Y luego, valiéndose de Francisco como intérprete, le dijeron lo que a la letra copio, por ser tan tonto como inexplicable: Entre número y número hacían una gran pausa como para que su mudo escuchante rumiase mejor sus palabras y gestos:

Primera. Mi padre es Abraham, Ishak, Iahacob... Y al nombrar a los cuatro alzaban tres dedos..., y Reuben, añadieron, levantando el cuarto dedo.

Segunda. Los que quisieren venir a vivir con nosotros les daremos tierras.

Tercera. Ioseph vive en medio de la mar—enseñando dos dedos juntos—; ¡y en dos partes!—abriendo los dedos en ángulo agudo.

Cuarta. (Y hablaban muy de prisa, moviendo los ojos y pateando la tierra). Luego con brevedad saldremos unos pocos a ver y a pisar.

Quinta. Un día hablaremos todos (y hacían con la boca *ba, ba, ba, ba*) y sabremos cómo nos parió la tierra.

Sexta. Irá un mensajero.

Séptima. Francisco dirá más un poquito. — Y señalaban con el dedo una miaja.

Octava. Danos lugar para que nos aperci-

bamos. —Y con las manos y con la boca le hacían enérgicas señas de que no se detuviese en aquellos lugares.

Novena. Envía doce hombres *de todos* (señalando barbas) para que escriban.

Y esto le repitieron los malditos el martes, el miércoles y el jueves, sin ser posible arrancarles una palabra más.

Y vinieron muchos de igual catadura, relevándose de cuatro en cuatro, y todos ellos (más de trescientos aseguraba Aarón) no sabían decirle sino las consabidas nueve cosas.

Esto era para volver loco al mismo Job. Tal vez habría sido mejor pasar el río, pero los sedicentes hijos de Iahacob no sólo se lo impidieron, sino que le arrojaron al agua, de donde salió con mucho trabajo.

—No pienses que por fuerza o por locura te has de salir con lo que intentas—le dijeron airados al judío español los hebreos americanos.

En consecuencia, decidió aquel marcharse con su curiosidad a otra parte, como lo hizo el jueves por la tarde, cargado de batimentos de que le habían provisto en grande, y no sin que hubiese observado que no les faltaba en telas, semillas, ganado, etc., artículos que no había en estas Indias y que sólo los españoles los importaban.

Extraordinaria era la aventura, pero el curio-

so Montesinos quedaba en ayunas. Cabizbajo y malhumorado iba por aquellos peligrosos vericuetos, con más gana de reflexionar que de charlar, considerando en que no podía ser objeto de tan extraña mixtificación de parte de unos rústicos de una selva americana... ¡Que le habían hablado en legítimo hebreo de Abraham, Isaac, Jacob, Israel y Rubén...

Todo el día anduvo hosco y meditabundo, pero en cuanto se procuraron alojamiento por la noche, no pudo más y soltó la sin hueso, con ansiedad manifiesta:

—Oye, amigo Francisco: ya sabes que *mis hermanos* me dijeron que tú me dirías más un poquito... ¡A ver ese poquito, hombre, a ver ese poquito; y adviértote que me estoy muriendo de curiosidad! ¡Vamos! ¡Ya soy todo oídos! ¿Quiénes son ellos? ¿Qué hacen? ¿Por dónde vinieron? ¿Cómo subsiste al través de los siglos, enclavada en el riñón del Nuevo Mundo una raza tan extraña, que no ha perdido su idioma y sus costumbres en la montaña abrupta? Habla, hombre del demonio, y dime si tienen ciudades, si tienen templo, y cuáles son sus leyes y su manera de vivir... ¿Hablarás algún día, indio bribón?

Y anhelante, metía su gran nariz hebrea en el rostro de Francisco, sacudiéndole de un brazo, sin darle tiempo ni lugar a meter baza; tal era su afán.

Francisco se encogía de hombros. Al fin, poniéndose muy serio, pronunció estas palabras:

— Escucha, amo Antonio Montesinos, amo Aarón Leví, o como te llames. Yo te diré lo que supiere sin que me apures, y te diré la verdad, como lo supe por tradición de mis padres. Mas, si me apuras, a lo que te veo dispuesto según te hallas violento, me has de obligar a que te diga mentiras. Así, pues, ya sabes a qué atenerme, y ruégote tengas paciencia... ¿Te calmaste? Ahora atiende.

* * *

Y le espetó un largo discurso en el que le refería cómo originariamente llegaron a estas tierras los hebreos rodeados de maravillas increíbles, dignas de constar en el *Exodo*, y se establecieron en ella, poblándola y cultivándola; cómo tras ellos vinieron los indios y les movieron una guerra cruel e interminable, tratándoles peor que en aquellos momentos trataban los españoles a los indios, hasta obligarles a meterse tierra adentro en lugares fragosos, como fieras acosadas sin misericordia...

Y entran en la danza los *Mohanes*.

¿Quiénes eran estos caballeros?

Pues los *Mohanes* eran los hechiceros, los brujos, y por la cuenta los había a centenares entre los crédulos indios, y eran ellos quienes llevaban la batuta.

Y estos señores ordenaron a los suyos que entrasen hasta el lugar donde los hebreos se habían refugiado, que era el mismo en cuya *línea fronteriza*, por decirlo así, acababa de verles Montesinos.

Armaron un ejército los endiablados indios y cayeron como mosquitos sobre los cachiforrados judíos.

¿Cachiforrados? No salió indio vivo para contar el cuento.

Alzaron nuevamente tropa, y nuevamente pereció toda ella, y así siguió la guerra, hasta que un día todos los indios se levantaron, sin dejar más que las mujeres, los viejos y niños, y jugaron el todo por el todo.

¿Volvió alguien? ¡Ni que hubieran sido la hueste del Faraón que se metió en el Mar Rojo tras el pueblo escogido!

Y los viejos, mujeres y niños que habían quedado para cría, cosieron a los pérfidos Mohanes e hicieron jigote de la mayor parte de ellos en justo castigo de sus malos consejos.

Eran unos pícaros y sinvergüenzas, porque como quedaron vivos algunos se dieron a partido, y por salvar la pelleja, bonitamente declararon lo que sigue:

«El Dios de estos hijos de Israel es el verdadero Dios: todo lo que está escrito en sus piedras es verdad; al cabo de los tiempos ellos serán señores de todas las gentes del mundo,

vendrá a esta tierra gente que os traiga muchas cosas, y después de estar toda ella abastecida estos hijos de Israel saldrán de donde están y se enseñorearán de todo el país, como era suyo de antes. Y si algunos de vosotros quisiéredes ser venturosos pegaos a ellos.»

Esto dijo el indio Francisco, sin duda mintiendo con descaro, y prosiguió de esta suerte:

—Mis padres fueron caciques, y habiendo oído hablar de este pronóstico de los Mohanes, viniéronse a vivir a estas inmediaciones, con el objeto de procurar relacionarse con tus hermanos.

—¿Y se relacionaron?

—Después de muchos esfuerzos y tentativas, y tras de que cuantos indios entraban allá eran muertos.

—¿Y ellos venían?

—Absolutamente. Ni siquiera hablaban si en algún paraje apartado se encontraban.

—¿Y al fin?

—Al fin la mujer que viste lo arregló todo. Entrar de ninguna manera lo consentían, pero podían tratarse amigablemente cada setenta lunas los varones hijos de los caciques en este mismo lugar, con tal de que no fuesen más de cinco y el poseedor del secreto tuviere más de trescientas lunas (veinticinco años). Nada de esto se podría revelar en poblado, y si existía recelo se habían de reunir en el campo todos los caciques.

Ahora bien, continuó, conservamos entre nosotros el secreto por el gran premio que esperamos tener por los grandes servicios prestados a tus hermanos. Te he dicho que no podemos ir allá sino cada setenta lunas, no habiendo ninguna novedad. No la ha habido en mis tiempos sino ésta que ellos estaban deseando y aguardando. Por mi cuenta, concluyó el cacique, no hubo más de tres novedades: la venida de los españoles, la de los navíos en la mar del Sur (¡cómo se aturdía el bellaco!) y la tuya. Todas tres les han alegrado mucho, porque dicen se cumplen les profecías.

*
* *

No acaba aquí la relación de Montesinos, quien añade, según el testimonio del veracísimo Manasseh ben Levi, que estando ya en Honda, le llevó un día Francisco tres jóvenes indios, cuyos nombres le encubrió y a quienes le previno podía hablarles con confianza, pues eran los compañeros que iban a orillas del río aquel de nuestra historia, que está por averiguar cuáles y cómo se llama.

Los tres indios le abrazaron, preguntándole: —¿Quién eres?—pregunta que parecía excusada, pues se suponen informaciones anteriores de Francisco.

—Soy un hebreo de la tribu de Leví—contestó con gravedad Montesinos—. Adonai es mi

Dios, Abraham, Isaac, Jacob mis padres. Y lo más de la jerga judaica.

Ellos volvieron a abrazarle exclamando:

—Algún día nos verás y no nos conocerás. Todos somos hermanos, por la merced que Dios nos hizo. Y de esta tierra no te dé cuidado; pues en acabando con los españoles iremos a sacaros a vosotros del cautiverio en que estáis, si quisiese Dios, que sí querrá, pues su palabra no puede fallar.

.....

.....

¿Soñó Montesinos o mintió por la barba al contar esta peregrina historia?

Esto es lo que debía averiguar el israelita portugués de quien hemos extractado este artículo, antes de ponerse a probar con sinnúmero de autoridades:

1.º Que las diez tribus de Israel no volvieron todas a Palestina después de la cautividad de Babilonia, sino que se desparramaron por la tierra, en vez de seguir las huellas de las otras dos que fueron a reedificar el templo.

2.º Que de esas tribus, pasaron algunas a este Continente por el estrecho de Anam, de una manera milagrosa.

3.º Que encontrando vacía la tierra, la ocuparon y poblaron.

4.º Que tras ellos vinieron mangas de cosacos, por el mismo camino, los cuales les hicie-

ron la guerra y exterminaron, dejándoles reducidos a la última expresión, y originando la raza indígena, dueña, luego, del Nuevo Mundo.

5.º Que de ese grupito de judíos metido en la cordillera central colombiana, ha de nacer en tiempo breve—y ya ha llovido desde entonces—el Mesías prometido que junte, redima y glorifique a la raza judía y la haga reinar en el mundo, como en los mejores días de David y de Salomón...

¡Patarata! Pero, ¿qué más da? Es el ensueño mesiánico prolongado al través de las edades y que alienta en sus derrotas a los hijos de Judá.

Y en pie queda lo principal: ¿soñó o vió realmente Montesinos eso que cuenta?

Porque en aquellos tiempos eran muy mentirosas las gentes; pruébanlo las informaciones *de visu*, mediante las cuales emprendió Gonzalo Pizarro su famoso viaje en busca de El Dorado, ciudad de edificios de oro que relumbraban al sol, según quienes aseguraban haberla visto, y aquel pecador de Orellana, que juraba y perjuraba haber contemplado *amazonas* a orillas del gran río por él descubierto.

Los descubrimientos —la geografía en general—adelantó mucho con las mentiras que impulsaban a la aventura a los valientes y codiciosos; pero del viaje de Montesinos, ¿qué se ha sacado?

Una *esperanza de Israel* tocante a su final redención.

Pero si los judíos de la tierra creen que la redención ha de salir de Colombia, ya pueden aguardar sentaditos.

RECUERDOS DE UN BAILE

Se habla mucho de la *actuación* (ya esta palabreja curialesca se ha abierto campo en el lenguaje político y hasta en el diplomático: ¿por qué negarla lugar en el literario?), de la señora Manuela Canizares en la conspiración patriótica, que dió por resultado el consabido *grito* del 10 de Agosto; y los que de esa *actuación* tratan, hacen bien en poner en las nubes la memoria de aquella noble dama quiteña que, si no encendió, avivó por lo menos con su entusiasmo, su cooperación y presencia, el fuego que ardía en el alma de los próceres que, a costa de su vida, nos dieron independencia y patria.

Eso está perfectamente, repito; mas cuán pocos son los que se acuerdan de que al infantil capricho de una hermosa niña guayaquileña se debió, en parte, el golpe salvador del 9 de Octubre, que fué la verdadera preparación de las glorias del Pichincha.

Cherchez le femme, buscad la mujer—dicen

los franceses, empleando una frase popular tan sabia como la nuestra —. *¿Quién es ella?*—que puso Bretón de los Herreros en boca del gran Quevedo, en una letrilla inolvidable —. Cuestiones de filosofía de la Historia, que se anda a la rebusca de las pequeñas causas originarias de los grandes acontecimientos...

No crea el lector que vamos a meternos él y yo en el escabroso cuanto largo camino de averiguaciones que no hacen al propósito de estas narracioncillas, y demos principio al cuento... histórico, sobre la palabra del viejo general Villamil, que lo relata con fruición en el curioso folleto que ya más arriba dejo citado.

* * *

Este buen señor, a quien la República ecuatoriana debe muchos favores, inclusive la tentativa de colonizar Galápagos, hallábase, según él lo refiere, de visita en casa del tesorero real D. Pedro Morlás, el domingo primero de Octubre de 1820.

En íntima reunión, hablábase de cosas indiferentes, cuando una chicuela, ya talludita para sus trece años, metió cuchara en la conversación de los mayores, con una oportunidad tan divina como la siguiente.

—Bueno, pero oigan ustedes: ¿será posible que no bailemos esta noche?

La descarga maldito lo que tenía que ver con

los asuntos de que se trataba; pero, como expresión de un deseo, era a quemarropa.

Y disparada, la niña calló, confusa y ruborosa.

¡Y vaya si era bellísima esa Isabelita hija del señor Morlás, con su trajecito a *medio apear* aún, cual a su edad convenía, y su faz radiante de inocencia y gracia!

—¿Será posible que no bailemos esta noche?

—Cállate, Isabel: tú no piensas más que en bailes— le replicó la mamá con voz un tanto cuanto severa.

—¿Y en qué quiere usted que piense?—intervino Villamil—; y volviéndose sonriendo a la niña, agregó: ¿Quiere bailar esta noche, Isabelita?

—Si no tenemos otra cosa que hacer, me parece que...—contestó la interpelada.

—¡Por Dios, Villamil, no la haga usted caso, que...—argüía la buena señora, en tanto que el lusianés decía vivamente a la preciosa chica:

—Pues bailará usted...

Y súbito en sus resoluciones, a pesar de las corteses excusas de los dueños de la casa, pidió recado de escribir, y de ahí mismo dirigió una esquila a «su hermosa mujer», señora Ana Carraicoa, indicándole que se preparase y enviase invitaciones a sus parientes y amigos.

Incontinenti, se puso a hacer la lista de los

individuos a quien él quería convidar en su propio nombre...

La mamá miraba de reajo a la Isabelita, entre severa y tierna; el padre se encogía de hombros; la niña estaba con las mejillas como una grana, aunque, en realidad, contenta de haberse salido con la suya; y D. José Antepara, también de visita, sonreía bonachonamente.

Concluída la lista, Villamil se la pasó a Antepara, diciéndole:

—Vea usted, amigo D. José, y dígame quién está de falta o de sobra.

—Veo aquí a los oficiales del *Numancia*— observó Antepara, después de leer la lista—; pero no a los del *Granaderos*.

—No he visitado a esos señores a su llegada, y creo que no aceptarán la invitación.

—Déjese usted de eso. Los jóvenes no se paran tanto en una falta de pura etiqueta que dejen de aceptar a una invitación a una agradable *soirée*. Preciso es invitarlos. Es de absoluta necesidad reconciliarles con tantos jóvenes comprometidos en la revolución. Cordero me ha dicho que nada podemos emprender si no contamos con los oficiales del *Granaderos*, que se entienden ya con los del *Numancia*. Ellos han llegado aquí como opresores; es indispensable que todos los patriotas sepan que, al contrario, son favorecedores.

—Bien. Invítelos, pues, lo mejor que pueda.

—Entonces me marchó.

—Que tenga usted suerte. En cuanto a mí, para no molestar en mi casa me convidó también; comeré aquí, si los dueños son tan amables que...

—Pues no faltaba más, Villamil. Quédese aquí. Nos hará un favor.

—Mil gracias. En fin, así como así, que mi mujer y mi madre se las arreglen según esté a sus alcances. Ya irá Antepará a echar una mano.

—¡Pero qué Isabel ésta! En los compromisos en que le pone a usted!

—Mamá, es que yo...

—Nada, nada, niñita mía. Su viejo amigo le dice que a comer, y luego a arreglarse. Es preciso, como diría Antepará, que esa donosa cara les vuelva locos a los buenos indios del Cuzco que va a conocer esta noche.

—¡Jesús, Villamil! ¡Está usted atroz!

—¡Y qué! Le doy un baile y se queja.

* * *

En aquellos tiempos conspiraban fuerte nuestros padres; mejor dicho, la conspiración estaba en la atmósfera, en toda la amplitud de la América española, y ellos no hacían otra cosa que seguir la corriente general que convergía a un mismo propósito de emancipación política.

Los desastres de la pobre campaña del año 13, que dieron por resultado la completa pacifica-

ción de la Presidencia de Quito, habían hecho poca mella en las provincias costaneras, que no pudieron o no supieron secundar como se debía y era menester el movimiento independizador. Era ya asunto casi olvidado; y más que el dolor de las derrotas de la *patria boba*, resonaba el eco de los éxitos de Bolívar, mucho más cuando la noticia de la victoria de Boyacá fué un espolazo para el entusiasmo de los insurgentes *in fieri*, que calentaban su patriotismo al sol de estas ardientes latitudes.

Pero faltaba todo para la consecución del buen intento: hombres, armas y dinero.

Y, para mejor proveer, había mil quinientos hombres de guarnición en la plaza de Guayaquil, con una respetable artillería y una flotilla de lanchas cañoneras, que ya la quisiéramos ahora en estos tiempos de patria y libertad.

La cuestión, pues, quedaba reducida a su más simple expresión. O se conquistaba para la libertad aquellos soldaditos del rey, o se les daba una buena sorpresa, que les dejase patitiosos, o a todo se lo llevase el diablo.

Pero, ¿cómo conquistarles? ¿Cómo sorprenderles? ¿Cómo volverlos siquiera inofensivos?

Pues... la Isabelita de nuestra leyenda, esa virgen de trece años, bella como un ángel y chiquilicuatro por su edad, dió, sin saberlo ni sospecharlo, ocasión ajustada para que todo se llevase a cabo.

Porque los muchachos de Guayaquil, hijos de buenas familias, y algunos vejancones que hacían filosofía alrededor del tema que hoy podemos llamar *bolivarense*, se perdían en proyectos, cuando lo mejor y más conducente era ir al fin.

¿Cómo? A la ocasión la pintan calva, y desdichado de aquel que, en caso de necesidad, no supo cogerla por su único cabello.

Ya en otra parte hemos hablado de aquel batallón, *primero de Numancia*, tan famoso en las guerras de la Independencia, ya bajo la bandera española, ya bajo el pendón de los libertadores. Tres de sus oficiales se encontraban en Guayaquil, en la época a que estamos refiriéndonos: el mayor Miguel Letamendi y los capitanes León Febres Cordero y Luis Urdaneta. Volvían del Perú a Venezuela, su patria, separados del ejército realista por inclinados a la revolución.

Estos oficiales vinieron y soplaron en el fuego patriótico de la juventud y, luego luego, diéronse todos a hacer planes, sobre la base de un acercamiento a los jefes y oficiales de los cuerpos de la guarnición, para ver si podía intentarse una sedición militar o un golpe a los cuarteles.

Pero era indispensable reunir a todos, hablar, entenderse y comprometerse en la empresa.

Y esto es lo que Villamil trataba de hacer.

— ¡Ah! Nos olvidábamos de una cosa. El joven Cordero amaba a Isabelita Morlás.

— ¡Tan chiquilla! — dirán ustedes.

— Pues ahí lo tienen.

* * *

Después de comer, y ya medio obscuro, regresó a su casa Villamil, para ver cómo iban los preparativos del improvisado baile, y se encontró que todo estaba hecho.

¡Ah! *¡C'est bien! ¡C'est très bien!*—murmuraba frotándose las manos ante el arreglo del salón, la multitud de luces, las mesas de refrescos, el comedor listo, para lo que los antiguos llamaban *ambigú*, las flores, los festones — *¡C'est très bien!* Pero de pronto se acordó de alguien, y preguntó con la viveza que le era genial:

— *Mais... ¿où est Monsieur d'Antepara?*

— ¿Quién? ¿Antepara?—le contestó su esposa doña Anita—. Pues... por ahí anda: por los cuartos interiores, a lo último.

— ¿Y qué demonios hace allí?

— ¡Yo qué sé! Anda y vele.

Fué el esposo, y halló a D. José entregado a una extraña ocupación: cubría una mesa de... *cosas excitantes*, dice Villamil en su folleto; pero, hablando pronto y mal, debemos entender que era de botellas.

— ¿Y esto, amigo Antepara?

— Pues esto es necesario.

— Yo creía que bastaban las dos mesas servidas en las piezas principales.

— Pues ahí verá usted.

— Es que...

— No se meta en mis cosas. Esta mesita se va a convertir en la *fragua de Vulcano* esta noche.

— ¡Ah! ¡Ya!

— ¡Por fin! Me alegro mucho.

A poco comenzaba el baile, a los acordes de una bien escogida orquesta. No he de referir lo que por sabido se calla, que ponerme a describir un baile aquí donde no hay quien no haya *actuado* (¡vuelve la palabreja!) siquiera en media docena de ellos, sería tamaño despropósito.

Se bailó largo y por lo fino. En aquellos benditos tiempos, las danzas complicadas no existían aún, y se miraba un poco más por el decoro de las muchachas danzarinas.

Había mucha gente, y entre todos se distinguían por lo bronceado de su tez, la corrección exquisita, si bien un poco tímida, de sus maneras, y por lo solicitados y obsequiados que eran, dos jóvenes indios con charreteras de oficiales realistas. Ambos eran capitane del *Granaderos*; ambos caciques del Cuzco; ambos se inclinaban a la causa de la Independencia, y se llamaban Alvarez y Farfán; este último llegó a ser General de la República y casó en Guayaquil con una dama distinguidísima. Ya era bastante avanzada la noche, cuando Cordero, que estaba

en sus glorias, sintió que le trababan del brazo.

—¿Qué hay?—dijo volviéndose malhumorado.

—Hombre, Cordero, es preciso que dejes ya un poco a la muchacha y te acuerdes del objeto de esta reunión.

—¡La muchacha! Y a ti Letamendi, ¿quién te mete?...

—No, hijo; no me mete nadie; yo es quien quiero meterte por ahí dentro, donde haces falta.

—Maldi... Pero, en fin, vamos.

Ya la mayor parte de los conspiradores le habían precedido. Alrededor de la *Fragua de Vulcano* se decían cosas estupendas, bien que no menudeasen mucho las copas, porque el caso era peliagudo y se arriesgaba el pellejo.

Los del *Numancia* abrazaron a los de *Granaderos*; los del *Granaderos* se deshacían en cortesías a los jóvenes paisanos; los jóvenes paisanos, por la cuenta que les tenía, adulaban descaradamente a los militares, y no hubo necesidad de mucho esfuerzo para llegar a un acuerdo.

A las doce todos juraban, extendiendo el brazo en ademán solemne, conquistar la libertad o morir en su demanda.

—¡Viva la Patria!—murmuraban estrechándose las manos con recelo de ser oídos de los demás.

Y en oleadas armoniosas entraban en el ar-

diente cuarto las notas del baile de los salones de fuera.

Cordero había desaparecido.

Mientras los otros vitoreaban a la Patria, él danzaba cariñoso con la que, andando los tiempos, fué su esposa y madre de sus hijos.

* * *

El resto es conocido. Ocho días después, y casi a la misma hora, los cuarteles estaban tomados, dado el grito de independencia... La fecha es indeleble en nuestra historia. NUEVE DE OCTUBRE DE MIL OCHOCIENTOS VEINTE.

En la mañana del 10, Cordero, que indudablemente fué de los principales en verificar aquella verdadera transformación, corrió a casa de Villamil para cambiar impresiones con la familia y estrechar su mano.

La madre de Villamil, una excelente señora de la Luisiana; al verle en un corredor, fué a él y, barajando dos idiomas en un solo cumplimiento, le dijo con gracia:

Monsieur Corder, je ne me fiaré más a las corder; he visto que saben quand il leur plait se convertir en lions.

El cumplimiento era delicado; recuérdese que el nombre de pila de Cordero era León.

—Permítame darle un abrazo; madama Villamil — dijo Cordero estrechando respetuosamente en sus brazos a la buena señora.

—Oiga — le dijo ésta al tiempo que se retiraba—. Voy a escribir un *mot* a la *belle enfant*. Ha pasado mala noche, *sans doute*...

—Pero, ¿quién, señora?

—¡Vaya, la reinita de la *soirée du dimanche*, Isabelita.

—¡Señora!

—¡Vaya, vaya! Yo lo sé todo.

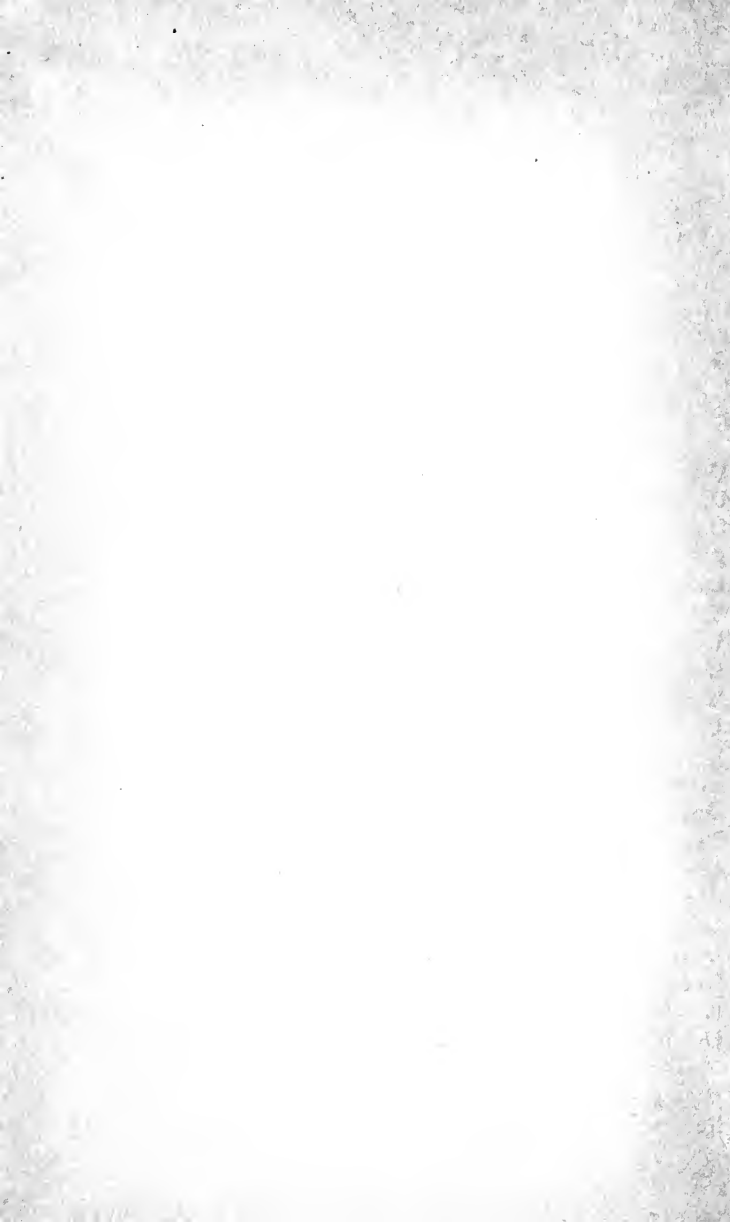
El otro se quedó lelo. Lo que creyera un gran secreto, su amor por la niña Morlás, era un secreto a voces.

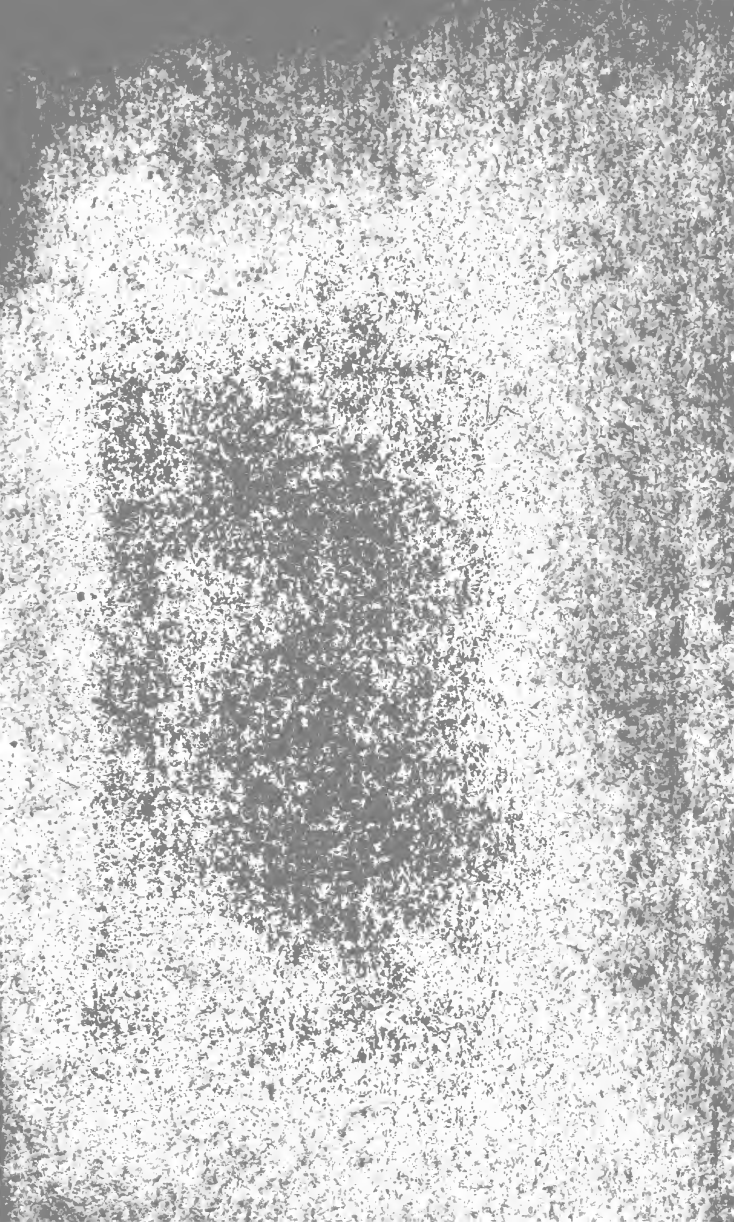
Horas después, ya constituida la Junta patriótica, se hacía saber, por bando solemne, al pueblo guayaquileño que era libre y soberano.

FIN

I N D I C E

	<u>Páginas</u>
Dice el autor.....	9
Un matrimonio in extremis.....	15
Un asesino de Bolívar.....	25
¡Ese viento!.....	35
La S volteada..	52
Estar de malas....	61
La muerte de un filósofo.....	70
Los dos campeones.....	84
El demonio de los llanos.....	99
De cómo un gobernador sirvió de candelero....	115
La novia del sargento.....	124
El desquite.....	135
Desinterés.....	145
Después de Boyacá.....	153
Las libertadoras.....	162
El vaso de agua.....	168
La entrevista.....	184
La Huasca.....	198
La fantasma.....	207
El resucitado.....	217
Una broma de Carvajal.....	236
Parada en firme.....	244
Esperanza de Israel.....	255
Recuerdos de un baile.....	274





YB 20632

470883

E 178

.3

C3

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

